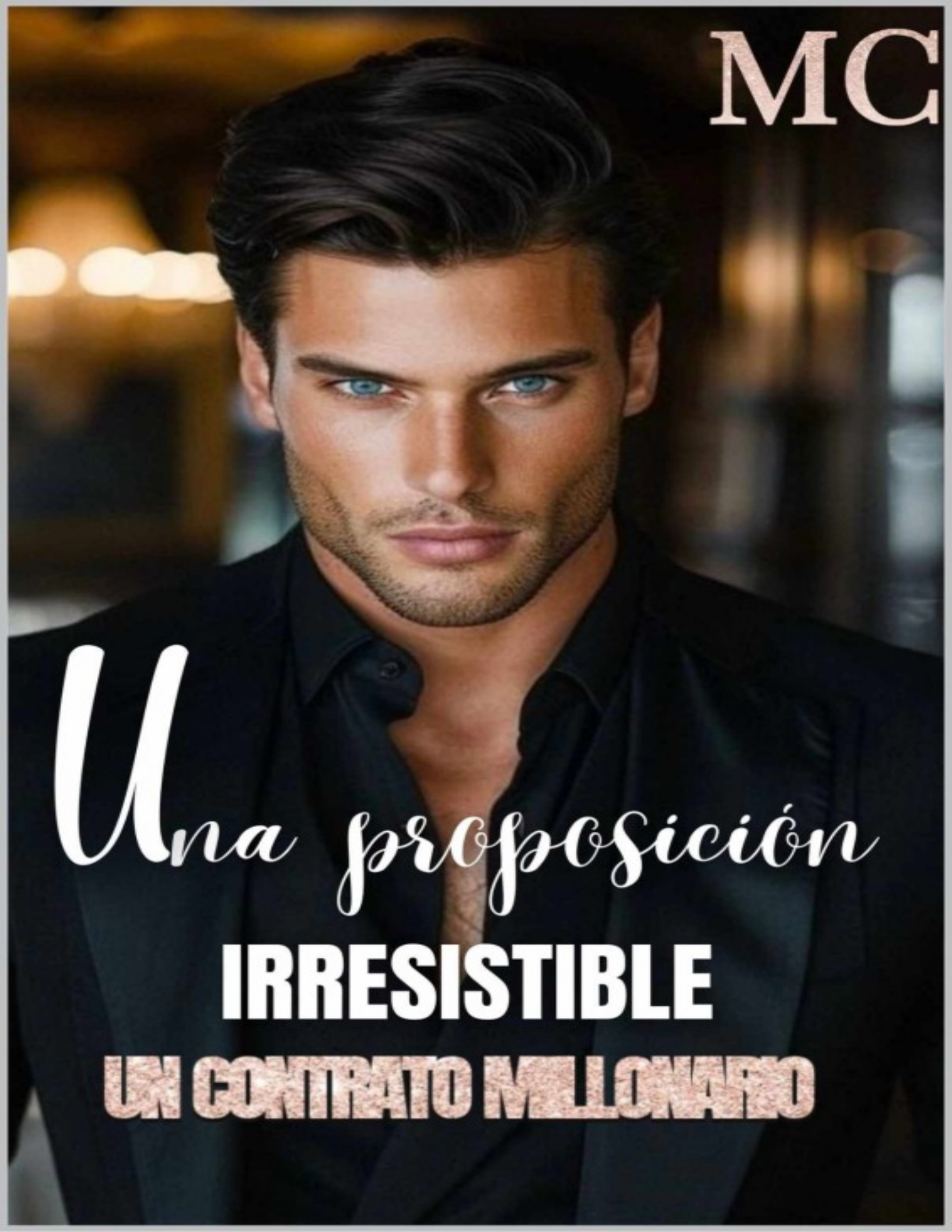

MC
Una proposición
IRRESISTIBLE
UN CONTRATO MILLONARIO

Una propuesta irresistible

Solteros Millonarios

MC

Copyright © junio 2025 MC

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Contents

Title Page
Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Continuará…



Capítulo 1

Dylan

—No puedo ponerte al frente de la empresa si no eres capaz de mantener tu vida en orden.

Su voz suena como un veredicto, como una condena. Como todo lo que llevo escuchando desde los dieciocho años.

Mi padre me mira desde su asiento, ese trono de cuero oscuro en el que se sienta cuando quiere dar miedo. Apoya las manos cruzadas sobre el escritorio y me observa como si fuera un mal negocio. Como si yo, su hijo, fuera una inversión que no está dando los resultados esperados.

—Mi vida está en orden —respondo, conteniéndome. Siempre conteniéndome.

—¿Ah, sí? —Alza una ceja—. Vives solo. No tienes pareja estable. Te relacionas con modelos, con actrices, con... —Hace una pausa despectiva—. *Influencers*.

—¿Y?

—Pues que eso no es lo que representa un Lancaster. No es lo que se espera que represente el futuro CEO de *Lancaster Holdings*.

Miro hacia la ventana. Desde el piso cuarenta y dos, todo parece pequeño. Todo, menos él. Porque mi padre, sentado frente a mí, tiene una habilidad inhumana para hacer que incluso yo me sienta insignificante.

—No necesito una esposa para dirigir una empresa —suelto entre dientes.

—Pero sí para que el consejo confíe en ti —responde con rapidez—. ¿O crees que los accionistas van a votar por un soltero que cambia de pareja cada dos semanas? Quieren estabilidad. Quieren un líder, no una cara bonita para una portada de revista.

Él sabe que tiene razón. Lo sabe, y lo usa como un arma.

—Mamá no tenía un máster en economía —digo, sin mirarlo—. Y sin embargo nadie cuestionó tu liderazgo cuando te casaste con ella.

—Porque ella era la mujer adecuada. Y tú, Dylan, no has dado señales de tener idea de lo que eso significa.

Me levanto.

Estoy a punto de mandarlo al demonio. A punto de decirle que si quiere un heredero modelo, que lo encargue por catálogo.

Pero entonces, algo se enciende en mi cabeza.

Una idea.

—Estás equivocado.

Mi padre se queda quieto. Frunce el ceño.

—¿Ah, sí?

—Estoy comprometido.

La palabra comprometido cae como una bomba a cámara lenta.

—¿Comprometido?

—Sí —asiento, sin pestañear—. Iba a esperar a la cena familiar de todos los años para presentarla, pero me temo que necesitas conocerla antes para confiar un poco más en mí.

Se hace un silencio absoluto por su parte. Solo se oye el zumbido lejano del aire acondicionado.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —al fin habla.

—Porque pensé que no era necesario justificar cada aspecto de mi vida personal. Pero está claro que me equivoqué.

Él me observa. Intenta leer algo en mi rostro. Cualquier señal que le dé una pista de que estoy mintiendo.

No la encuentra.

—Bien —dice al fin, cruzando los brazos—. Tu madre y yo cenaremos con vosotros mañana. A las ocho. Queremos conocerla.

—Perfecto.

Me giro y salgo del despacho antes de que pueda hacer más preguntas.

Y esta vez, mientras camino por el pasillo alfombrado, ya no pienso en lo injusto que es todo esto.

Entro al ascensor. Solo entonces dejo que se me escape el aire de los pulmones.

Estoy comprometido. Claro. Comprometido con mi ambición, quizás. Porque no tengo a nadie para presentar a mis padres mañana.

Y peor aún, él tiene razón. Solo me rodeo de mujeres que se ven bien en una alfombra roja pero que no soportan una conversación sin fotografías de por medio. Mujeres a las que no llevaría a una cena con mi madre sin sentir que estoy presentándole a un problema envuelto en alta costura o tacones de diseñador.

Hago memoria. Me paseo mentalmente por todas las mujeres que conozco. Cuerpos espectaculares. Cerebros de adorno. Relaciones de una noche, sin rastro de ellas al amanecer.

Nada.

Nadie.

Y entonces…

Una cara aparece en mi mente.

Una sonrisa. Un comentario sarcástico. Unos ojos que no me miran como si yo fuera el heredero de nada. Solo ella.

La hermana de Ethan.

Impredecible. Honesta. Y está tan lejos del mundo en el que me muevo que por eso mismo funcionaría.

Y, conociendo a mi madre, probablemente le encantaría.

No es una idea brillante, más bien es una locura.

Una escandalosa y jodida locura.

Pero a estas alturas, ya no se trata de lo correcto.

Se trata de ganar.

Y ella es la única jugada que tengo.



Capítulo 2

Tessa Carter

Nada como el olor a fritanga para recordarme que esta no es la vida glamourosa que imaginaba tener a los veinte. Ni de lejos.

—¿Puedes cubrirme en la caja un segundo? —le digo a Carla mientras dejo la bandeja vacía sobre el mostrador—. Tengo que ir a por más servilletas.

—Sí, claro. Aunque… —Se queda congelada mirando hacia la entrada.

Levanto una ceja.

—¿Aunque qué?

Y entonces lo noto.

Ese murmullo sutil que no encaja con el sonido habitual de la plancha, las patatas friéndose o los niños chillando por más kétchup.

Un susurro colectivo.

Miro a mi alrededor.

Tres compañeras se han asomado por el lateral del mostrador. Incluso Tom, que rara vez levanta la vista del pedido de alitas, parece curioso. Me asomo yo también, sin saber qué demonios ocurre.

Y ahí está.

De pie, al otro lado del mostrador, como si fuera una aparición celestial caída en el peor sitio posible.

Dylan Lancaster. Con su traje perfectamente entallado, reloj de marca, cara de revista y esa aura que grita: sé que soy el centro del universo, y que no ha perdido desde el instituto. Apostaría mi cuello a que tiene el mismo brillo en sus ojos color turquesa de siempre cuando está a punto de sacarme de quicio.

—¿Lo conoces? —susurra Carla a mi lado, casi saltando de la emoción en su sitio.

Asiento sin decir nada, deseando que la tierra me trague y me escupa en cualquier sitio que no huela a hamburguesa rancia.

—¿En serio? ¿¡Le conoces!? —insiste, emocionada—. ¡Está bueno de una forma ilegal! ¿Puedes presentármelo?

—No —respondo, dándome media vuelta.

—¡Anda, porfa! Solo dile mi nombre. Dile que soy simpática. Dile lo que quieras. Pero haz algo antes de que se marche.

Resoplo.

Genial. Justo lo que me faltaba para rematar la semana: servirle patatas fritas al jodidamente irresistible mejor amigo de mi hermano, mientras mi compañera de turno se desmaya en una esquina del mostrador.

Respiro hondo, me aliso la camiseta del uniforme —una hazaña imposible después de llevar seis horas sudando dentro de ella—, y me obligo a salir del mostrador.

Dylan me ve acercarme. No sonríe ni me saluda. Solo me mira. Nada extraño en él.

Parece cómodo, como si estuviera exactamente donde planeaba estar.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sin rodeos, sin adornos. Nada de hola ni qué sorpresa. Porque si algo tengo claro, es que esto no puede traer nada bueno.

—Necesito hablar contigo —responde con esa voz baja, y que suena tan segura, que parece hecha para convencer a cualquiera.

—Estoy trabajando —le recuerdo.

—Lo sé. Prometo que no te quito más de cinco minutos.

—¿Qué clase de multimillonario viene a una hamburguesería a las seis de la tarde?

—Uno desesperado.

Frunzo el ceño.

Dios santo. ¿Qué se supone que significa eso?

—Dame un minuto —digo, girándome sin esperar respuesta.

Carla me hace señales de: ¡cuéntamelo todo después!, pero la ignoro.

Porque si hay algo que tengo claro…

Es que Dylan Lancaster no aparece nunca sin motivo.

Y que el motivo, me guste o no, tiene que ver conmigo está más que claro.



Capítulo 3

¡Te has vuelto loca!

Eso fue lo primero que me dijo Emma cuando le conté que iba a fingir estar comprometida con Dylan Lancaster. El mejor amigo de mi hermano. El heredero del imperio Lancaster. El hombre que ha protagonizado la mitad de mis fantasías desde que tenía diecisiete años. Y ahora, el tipo que me ofrece una suma obscena de dinero para que me mude a su apartamento, finja ser su prometida y lo ayude a convencer a sus padres de que está listo para ser CEO.

—Te has vuelto loca —me repite, mientras yo miro el anillo que Dylan me puso hace exactamente tres horas, justo después de sellar el acuerdo con una copa de champán francés en el interior de su coche que probablemente cuesta más que todas las propiedades que posee mi familia.

Quizás sí me he vuelto loca. Pero si lo estoy, al menos esta locura seguro que viene con vistas a Central Park y un armario del tamaño de la casa de mis padres, en la que resido hasta ahora.

—¿Qué va a decir tu hermano? —pregunta Emma con los ojos como platos—. Porque no creo que le haga mucha gracia que su *hermanita* se tire a su mejor amigo.

—Eh, eh, eh. De *tirarse a su mejor amigo*, nada. —Le levanto un dedo—. ¿Te has perdido la parte en la que todo esto es una farsa?

—¿Una farsa? —me lanza, cruzándose de brazos—. Porque ya me dirás dónde vas a dormir. Estoy segura de que pretende que lo hagáis juntos

—¡Puedo dormir en el sofá!

—¿En el sofá?

—Sí… —murmuro—. Será uno de esos pequeños. Italiano. De los que parecen arte moderno.

Emma me mira. Yo la miro. Ella cree que no voy a poder con esto, pero se equivoca.

—Vas a acabar tirándote al amigo de tu hermano —sentencia.

—¡No pienso hacerlo!

—*Todavía* —dice ella.

Me dejo caer en el sofá —el de la casa de mis padres, aún, no en el de Dylan— y me cubro la cara con las manos.

—Dios mío. ¿Qué estoy haciendo?

—Algo escandaloso, eso seguro. —Emma sonríe con esa mezcla de diversión y alarma que solo las verdaderas amigas dominan a la perfección—. Pero tranquila, estaré aquí para recordarte que fuiste advertida cuando termines enamorándote de él.

Levanto la cabeza despacio.

—Eso *no* va a pasar.

Emma arquea una ceja.

—Bueno… ¿y cuándo se supone que empieza el trabajo? —pregunta Emma, usando comillas en el aire.

—No lo llames trabajo, tía. Es como un juego.

—Un juego en el que se cobra. Se llama trabajo.

—Bueno, pues *mi trabajo* empieza justo en media hora. —Miro el reloj. El tic tac suena más fuerte ahora que lo pienso—. Se supone que mañana por la noche llegan sus padres y me ha dicho que tiene que prepararme.

Emma parpadea.

—¿Prepararte?

—Sí, no sé, imagino que querrá advertirme de cómo son. Qué esperan. Qué tengo que fingir. Si su madre es alérgica a los gatos. O si su padre odia a las rubias.

—Tú eres rubia

—¡Con reflejos!

—Ay, por favor. Esto es demencial —se queja mientras se levanta y empieza a caminar de un lado a otro—. ¿Y qué pasa si se les ocurre adelantar la boda? ¿Si quieren ver pruebas de que dormís juntos? ¿Si te preguntan cuál es su desayuno favorito?

Me quedo en silencio un segundo.

—¿Tú sabes cuál es su desayuno favorito?

—¡No! ¡Pero tú deberías! ¡Eres su prometida, cariño! Aunque sea de mentira.

Respiro hondo.

—Vale. Apuntado: investigar su desayuno, su color favorito…

Emma me observa con una media sonrisa, ladeando la cabeza.

Me encojo de hombros.

—Es solo un juego.

—Ajá —dice, claramente sin creérselo—. Un juego muy bien pagado, y con reglas peligrosas.

Mi móvil vibra. Es un mensaje de Dylan.

Estoy abajo. Trae todo lo que necesites. Y prepárate para actuar.

Me levanto.

—Hora de salir al escenario.

Emma me abraza como si me mandara a la guerra.

—Por favor, no te enamores de él.

Le devuelvo el abrazo con una sonrisa nerviosa.

—Tranquila, eso no va a ocurrir, no sé porque insistes tanto, ahora ya no tengo dieciocho años, ya no babeo por él. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

Me miro una última vez en el espejo del recibidor mientras Emma forcejea con la cremallera de mi maleta.

—¿Estás segura de esto? —pregunta, frunciendo el ceño—. Porque aún estamos a tiempo de fingir que te has roto una pierna. O las dos y que no vas a poder realizar ningún trabajito para él.

—Si eres tú quien lo dice parece que vaya a ser su putita.

—Es como yo lo veo.

—No exageres —respondo, cogiendo el cactus con cuidado y metiéndolo en una bolsa de papel—. No es para tanto. Solo voy a hacerme pasar por su novia. A fingir que estoy locamente enamorada de él. Y que vamos a casarnos. Nada del otro mundo, ¿verdad?

Emma me mira como si acabara de anunciar que me voy a vivir con un narco.

—No me gusta —masculla mientras coge a Otto, mi chihuahua viejo y malhumorado, y lo aprieta contra su pecho—. Y ya sabes lo que dice mi madre: si una historia empieza con una maleta y una mentira, acaba con lágrimas y abogados.

—Bueno, teniendo en cuenta que tu madre también cree que el *wifi* es cosa del demonio…

Emma resopla.

Bajo las escaleras con ella a mi lado, cargando cada una con algo como si fuéramos dos soldados en misión especial. Yo, la maleta y el cactus. Ella, el perro y una cara de funeral que no se le ha quitado desde que le conté todo.

Y ahí está él.

Apoyado en su coche negro, como si saliera de un maldito anuncio. Traje, reloj brillante, mirada seria. Y una presencia que eclipsa todo lo que hay alrededor.

Emma se adelanta.

Me adelanta.

Cruza los cinco metros que nos separan de Dylan y le clava los ojos como si le estuviera calculando el punto débil exacto para darle donde más duele.

—Escúchame bien, Lancaster —le dice, sin tartamudeos—. Como le hagas daño, te parto en dos. Y no me importa cuántas empresas tengas. ¿Estamos?

Y sin esperar respuesta, le planta al pobre Otto en los brazos.

El perro gruñe. Dylan parpadea.

Yo contengo la risa.

—¿Esto… viene incluido en el trato? —pregunta él, mirando a Otto como si tuviese miedo de que explotara en cualquier momento.

—Sí —respondo mientras dejo la maleta junto al maletero—. Él viene conmigo. No se negocia.

Dylan asiente con una seriedad teatral.

—Entendido. Una prometida, un perro y un cactus.

Emma nos observa con los brazos cruzados y el ceño fruncido, pero en el fondo sé que está exagerando. O al menos lo parece.

—Si no respondes a mis mensajes en menos de una hora, te hago una visita —me dice en voz baja antes de darme un abrazo apretado.

—Tranquila, estaré bien. Ah, y me encanta que seas tan dramática.

Nos despedimos. Dylan guarda la maleta en el maletero, Otto se acomoda en los asientos traseros como si ya fuera el dueño del coche, y yo me subo al asiento del copiloto con el corazón martilleándome las costillas.

Porque sí. La mentira ha comenzado. Y ahora mismo al tenerlo al lado acabo de recordar lo mucho que me pone Dylan Lancaster.

Arranca. El motor ruge con suavidad y salimos del barrio como si fuéramos dos personas normales en una situación perfectamente normal.

Spoiler: no lo somos.

—¿Y qué tal se lo ha tomado mi hermano cuando se lo has contado? —pregunto, rompiendo el hielo. Porque alguien tiene que hacerlo, y ya bastante tensión hay como para sumar incomodidad silenciosa.

Dylan tose. No responde. No de inmediato.

—¿Qué? —insisto, girando el rostro hacia él—. No me digas que aún no se lo has dicho.

Él se encoge de hombros y mantiene los ojos fijos en la carretera.

—No he abierto la boca sobre esto con otra persona que no seas tú. No me ha dado tiempo aún —admite, como si eso fuera lo más normal del mundo.

Abro los ojos como platos.

—¿i¿No se lo has dicho?!? ¡Dylan! Me va a matar cuando se entere de que me mudo a tu piso.

—No va a matarte.

—¡Claro que sí! —exclamo, agitando las manos—. No sabes cómo es él. Es capaz de ir a tu casa en mitad de la noche, sacarme de los pelos y encerrarme para que nadie me toque. Es capaz de arruinarlo todo. Lo de tu plan, lo de tu puesto, lo de tu fachada de prometido modelo…

Dylan gira por una calle más amplia, reduce la velocidad y luego me lanza una mirada rápida, fugaz, pero cargada de algo que no sé cómo clasificar. Y entonces lo dice:

—Tranquila. Mañana lo llamaré.

Pero no es *eso* lo que me desarma.

Es el tono. Bajo. Serio. Protector.

Y es su mano.

Su mano que se posa en mi muslo desnudo, así, sin más, como si fuera lo más natural del mundo. Como si lo hiciera a menudo. Como si *ya* lo hiciera a menudo conmigo.

Y yo.

Yo hago el ridículo más absoluto de la historia humana.

Gimo.

No un gemido sexual escandaloso, ¿vale? Pero tampoco es un suspiro inocente. Es un sonido traidor que se me escapa sin pedirme permiso y que retumba en el coche como una alarma de emergencia nuclear.

Mis ojos se abren como platos y me tapo la boca con ambas manos.

—Oh, Dios mío —susurro entre los dedos.

Dylan no dice nada. Pero sonríe. La comisura de su labio izquierdo se curva muy, muy suavemente. Lo justo para que yo lo note y me quiera lanzar por la ventana.

—¿Todo bien? —pregunta, fingiendo inocencia, con los ojos todavía puestos en la carretera.

—Perfectamente —farfullo, encogiéndome en el asiento como si así pudiera desaparecer del universo.

Otto ladra desde atrás, como si se burlara de mí.



Capítulo 4

Unos diez minutos más tarde, estamos en un lugar alejado de la civilización, el coche va aminorando la marcha y es cuando me doy cuenta de que ya casi hemos llegado.

Y yo me digo a mí misma que me he vuelto completamente loca por aceptar esta proposición.

—Pensaba que íbamos a un piso —digo casi sin poder articular palabra debido a la sorpresa.

Un piso, ¿por qué pensé que un Lancaster vivía en un simple piso? Teniendo en cuenta que Dylan Lancaster podría bañarse en billetes si le apeteciera era poco probable que viviese en un simple piso con muebles escandinavos, un sofá grande y quizá una cafetera que hiciese espuma.

Así que no, no vive en un piso, vive en una puta mansión.

Literalmente.

Me doy cuenta cuando el coche se detiene frente a una verja gigantesca que se abre sola. La calzada de entrada está flanqueada por farolas victorianas y setos que parecen recortados por un jardinero suizo con TOC.

—¿Dónde estamos? —murmuro, asomándome por la ventanilla como si fuera una niña en Disneyland.

—En casa —responde él, como si no acabáramos de cruzar la frontera a Narnia.

Avanzamos despacio, y yo empiezo a contar ventanas. Pero me pierdo después de la número treinta. La fachada es blanca, enorme, perfecta. Tan exagerada que parece que alguien haya cogido la palabra lujo y la haya plasmado sobre un plano de arquitectura.

Y entonces lo veo.

Su nombre.

Grabado. En piedra. Dorado.

LANCASTER.

Porque claro, ¿qué multimillonario sin complejos no tiene su apellido como cartel de bienvenida?

—Esto no es un piso —le digo, atónita.

—Bueno, es una casa —responde. Y me mira. Muy serio, como si eso fuera a suavizar el hecho de que su casa, como él la llama debe tener ala derecha ala izquierda...

Y entonces aparecen dos personas. Uniformadas. Una mujer y un hombre, elegantes, con una sonrisa en sus caras y perfectamente sincronizados. Nos abren las puertas del coche con una reverencia. Una reverencia. *¿Quién hace reverencias en la vida real?*

Otto ladra, como indignado de que no le estén recibiendo también a él con fanfarrias.

—¿Son tus... criados?

—No —dice Dylan, bajando del coche como un maldito duque—. Son parte del personal de la finca.

¿Finca?

¿FINCA?

Me bajo en piloto automático, agarrando mi maleta, mi cactus y a Otto, como si el universo se hubiera reconfigurado y yo fuera la versión cutre de Mary Poppins en un mundo paralelo donde todo brilla.

—Bienvenida, señorita Carter —dice la mujer del uniforme, con una sonrisa amable que no se inmuta ni cuando Otto le gruñe.

Yo solo puedo asentir. Mi cerebro aún está tratando de calcular cuántos apartamentos caben dentro de esta casa.

Dylan avanza por la escalinata de entrada —*¡por qué tiene una escalinata, por dios santo!*— y se gira, esperándome con una mano en el bolsillo y la otra estirándola para ayudarme.

La fachada de la mansión se alza detrás de él como si estuviera posando para la portada de una revista millonaria: "Bienvenidos a la vida de Dylan Lancaster, futuro CEO y heredero del universo al completo.

—¿Vienes o te has quedado sin batería en el cerebro? —me pregunta serio como siempre, aunque parece que se divierte.

—Me estoy planteando si mudarme o pedir asilo político —respondo.

Escucho como se ríe por dentro aunque sus labios no se curvan ni un poco. Y en serio, creo que me pone mucho más su mentón apretado que si viera una sonrisa en su cara.

Subo los escalones con dignidad dudosa, mi cactus me pincha el brazo y Otto me babea la mano. Y aún no he cruzado la puerta cuando ya tengo claro algo:

Esto es un juego, pero voy a jugarlo en otro planeta. Me siento como si estuviera participando en una visita guiada por el Museo del Exceso.

Dylan camina delante de mí por pasillos blancos, altos, perfectamente iluminados, mientras yo intento no quedarme atrás y que no se me caiga el cactus, la dignidad o el perro por el camino.

—Aquí está la biblioteca. No la uso mucho, pero a veces vengo a hacer videollamadas porque el fondo queda bien.

Asomo la cabeza. Hay más libros que en la biblioteca de mi universidad, todos perfectamente alineados, probablemente ordenados por color o autor.

—¿Tú lees? —pregunta arqueando una ceja.

—A veces.

—¿Lo último?

—Las instrucciones del microondas.

Era una broma, pero nada, continúa tan serio como siempre.

Sigo caminando. Otto salta de mis brazos al suelo, él lo mira y después me mira.

—Tranquilo no suele mearse en el interior de las casas.

—Eso espero —responde.

—Bueno, teniendo en cuenta que esta casa le puede parecer toda una ciudad no estoy tan segura de lo que pueda hacer.

—Levanto una ceja.

Otto huele cada rincón como si estuviese explorando un nuevo continente.

Pasamos por un salón gigante. Luego otro más pequeño que él llama: la sala de estar informal. Un comedor para al menos veinte personas. Un gimnasio. Una sala de cine. Un vestidor que parece una boutique de lujo. Y después...

—¿Por qué están todas vacías? —pregunto, asomándome a una habitación más. Blanca, impoluta, sin un mueble. Solo las paredes, las ventanas y el eco de mi voz confundida.

—Porque no vivo en ellas. —Se encoge de hombros, como si tener alas enteras de tu casa vacías fuera algo perfectamente lógico.

—¿Y por qué tienes tantas habitaciones si no las usas?

—¿Y por qué tú tienes cinco pares de vaqueros si solo usas los tres mismos de siempre?

—*Touché*.

Seguimos avanzando por lo que parece el pasillo número treinta y dos, y finalmente, se detiene frente a una puerta doble.

—Esta sí está amueblada —dice. Abre. Y me deja pasar primero.

Entro.

Y me detengo.

Una alfombra beige perfecta. Una cómoda elegante. Cortinas que probablemente costaron más que mi coche. Y en medio, majestuosa, intimidante, absolutamente maldita...

Una cama.

Una sola cama.

Grande. Muy grande. Pero una.

Me doy la vuelta lentamente. Él sigue en la puerta, con cara de: ¿qué pasa?

—¿Una cama? —repito, señalando el objeto en cuestión, por si se le había olvidado.

—*Ajá*.

—¿Una sola?

—Sí.

—¿Dónde duermo yo?

—Ahí —dice, señalando la cama.

—¿Con quién?

—Conmigo.

—¿Tú estás de broma?

—¿No has leído el contrato? —dice, alzando una ceja, con esa cara de suficiencia que me dan ganas de arrojarle el cactus a la cara.

—Más o menos —murmuro.

—¿Más o menos?

—Había muchos ceros, Dylan.

—Pues en ese contrato que debiste leer bien antes de firmarlo, porque a mí me parecía que lo leías, tienes cláusulas de confidencialidad, de convivencia, de asistencia a eventos y de apariencia pública de pareja comprometida.

—Cuando llegué a la parte del dinero se me nubló la vista.

—Pues ahí lo ponía todo muy bien redactado.

—¿Y dormir juntos?

—Lo implica. Vivir juntos. Pareja comprometida. Una casa. Una habitación. Una cama.

—Esto no está tan claro.

—Tú firmaste.

Me cruzo de brazos. Otto ya ha saltado sobre la cama, como si tuviera clarísimo que ese es su nuevo trono.

—¿Y si ronco?

—Tengo tapones.

—¿Y si hablo dormida?

—Te grabaré. Quizá digas cosas interesantes.

—¿Y si te toco sin querer?

—¿Y si lo haces queriendo? —Continúa mirándome serio. Maldita sea ahora mismo lo tocaría.

Lo fulmino con la mirada. Todo lo contrario a lo que mi cuerpo desea hacer.

Él continúa mirándome.

—Relájate, Tessa. No voy a hacer nada que no quieras.

—Perfecto, y lo único que quiero ahora mismo es un colchón inflable.

—No tenemos.

—Una manta y el suelo.

—También da mala imagen. ¿Qué pasa si mis padres vienen de sorpresa y te ven durmiendo en una colchoneta como una estudiante?

—*Soy* una estudiante.

Él da un paso dentro de la habitación y su voz baja un tono.

—Pero ahora también eres mi prometida.

Me late tan fuerte el corazón que estoy segura de que él lo escucha.

Sus ojos bajan un instante hasta mi boca. O yo me lo imagino.

Tomo aire, dejo el cactus en la cómoda, miro a Otto, que ya ronca a pierna suelta, y me siento al borde de la cama para alejarme un poco de él.

Una cama. Un contrato. Un chico que siempre ha sido un imposible. Y una mentira que parece cada vez más real. Estoy jodida.

—Muy bien —digo, sin mirarlo—. Pero si me tocas con un dedo, te parto la cara al momento.

—Trato hecho —responde con una mínima curvatura de sus labios.

—Vas a roncar, ¿verdad? —le pregunto.

—Solo si duermo.

No respondo.

Estoy demasiado ocupada buscando en mi cabeza todas las decisiones que me han llevado a este momento exacto.



Capítulo 5

Salimos al salón y por poco me caigo de culo para atrás.

Hay al menos cuatro personas colocando platos, cubiertos, bandejas, servilletas bordadas y copas que brillan como si nunca nadie las hubiese tocado. Todo huele increíble. Y cuando digo increíble quiero decir: quiero abrazar a quien haya cocinado esto y pedirle que me adopte.

Una mujer muy seria me pregunta si prefiero agua con gas o sin gas. Lo de sonreír en esta casa ya se que no es un ritual…

Otra me retira la chaqueta sin pedírselo. Siento que si me quedo quieta demasiado tiempo me van a poner un tenedor en cada mano.

Dylan aparece junto a mí y señala la mesa, donde empiezan a sacar platos sin parar: ensalada de burrata, carpaccio de ternera, diferentes tipos de panes, algo que parece foie, pasta, carne, pescado, y un postre que lleva más capas que una cebolla.

—¿Esto es la cena o la gala benéfica anual? —murmuro.

—Es martes —responde, como si eso lo explicara todo.

Nos sentamos frente a frente, y cuando por fin el último camarero sale en silencio de la estancia, Dylan se reclina un poco en su silla, entrelaza los dedos sobre la mesa y dice, con tono de conferencia:

—Bien. Veamos.

—¿Veamos qué? —le pregunto.

—Tranquila, sé paciente. Eso es algo que debes controlar, tu paciencia, a mis padres no les encajaría nada que yo saliera con una mujer que no respeta mis tiempos.

¿Lo dice en serio? ¿Que no respeto sus tiempos?

—Voy a contarte lo que necesitas saber de mí. Información básica. Cosas que te harán parecer mínimamente creíble como la mujer que ha aceptado casarse conmigo.

—Ah, genial. ¿Vamos a fingir en diez minutos lo que otras parejas tardan años en aprender?

—Exacto. No subestimes mi capacidad de síntesis.

Se aclara la garganta y empieza, sin pausas:

—Tengo treinta y tres años. Juego a pádel los jueves por la tarde. Mi mejor amigo es tu hermano, nos conocimos en su cumpleaños número dieciséis y tú tenías doce. Aquel día llevabas una camiseta con un unicornio y dijiste que los adultos eran aburridos porque hablaban raro.

Abro la boca, sorprendida. Él recuerda eso.

—Mi comida favorita es la pasta al dente. No como nada procesado. Tengo alergia al melocotón —dice, levantando una ceja —, *grave*, así que ni se te ocurra dejarme morir en un cóctel con sorbete.

—Anotado —susurro. Pero rápidamente me tapo la boca por interrumpirlo,

—Y odio, profundamente, a las personas que no se exigen a sí mismas. Nada me parece más patético que la mediocridad consentida.

—Vaya —comento, cogiendo un trozo de pan—. Qué motivador vivir contigo.

—Lo es. Te darás cuenta.

—¿Y yo tengo que saber todo eso para fingir que estoy enamorada de ti?

—Tienes que saber todo eso para que no me preguntes estupideces delante de mis padres como: ¿pero tú juegas al tenis o al pádel?. Porque *sí*, van a buscar grietas. Y tú tienes que parecer de mármol.

—¿Y si me preguntan cuál es tu canción favorita?

—Dirás que no tengo. Que la música de fondo me distrae cuando trabajo.

—Eres una fiesta andante, Lancaster.

—Pero soy millonario.

—*Touché*.

Nos miramos en silencio durante un segundo. Él toma una copa de vino tinto y se la lleva a los labios con ese gesto suyo de no parecer nunca afectado por nada. Yo, en cambio, noto que tengo los pies fríos y las mejillas ardiendo.

Esto es real. Voy a convivir con Dylan Lancaster. Fingir que soy su prometida. Aprender sus hábitos, dormir en su cama, acompañarlo a cenas con su familia.

Y todavía no tengo claro si esto es una comedia romántica, una broma cruel del destino… o el principio del desastre más monumental de mi vida.

—Pues mi color favorito es el…

—Azul —me corta Dylan, sin levantar la vista de su copa.

Parpadeo.

—¿Perdón?

—Siempre llevas algo azul. O las uñas, o los calcetines, o la goma del pelo. Es tu color de comodidad por así decir. Sabes que te queda bien y no arriesgas con otro, lo elegiste cuando eras niña y no lo has cambiado.

Me quedo quieta.

Él continúa como si recitara una lista que ya ha repasado varias veces en su cabeza.

—Siempre llevas el pelo suelto, a menos que vengas de correr, lo cual haces dos días a la semana. Sueles salir temprano, antes de las ocho, porque no te gusta que haya gente por la calle. Trabajas en la hamburguesería de la esquina de Street Five, aunque eso lo vamos a omitir. Mis padres no van a creer que mi prometida fría patatas en su tiempo libre entre clase y clase.

—¿*Perdona*? —me echo hacia delante, indignada—. ¿Qué tiene de malo ese trabajo?

—Nada para ti, todo para ellos. Ya lo entenderás. Sigamos.

Suelta el tenedor con un leve *clink* y sigue enumerando:

—Tienes dos amigas inseparables. Bueno, *tenías*. Olivia se fue a estudiar a España y ya casi no os veis. Emma es la única que tienes cerca ahora. Tu comida favorita son las patatas fritas —dice esto con una expresión que mezcla burla y resignación poniendo los ojos en blanco—. Algo que no comprendo, francamente. Y no tienes alergias conocidas.

Me quedo congelada. Literalmente no puedo mover ni un músculo. Solo lo miro.

Él por fin levanta la vista y la clava en mí con toda la calma del mundo.

—¿Quién coño te ha dado toda esa información sobre mí?

Dylan me observa, y alterna la mirada muy despacio entre mis ojos y mis labios.

—Soy observador.

—Eso no es observar. Eso es de psicópata.

—No digas cosas así en voz alta cuando estemos delante de mis padres —responde, cogiendo un trozo de pan con total tranquilidad.

Me paso una mano por la cara, entre incrédula y aterrada. Me conoce más que mi terapeuta. Más que *yo*.

—¿Hay algo que *no* sepas de mí?

—Sí. No sé cuánto tardarás en acostumbrarte a esto. —Hace un gesto que abarca la mansión, la cena excesiva, *él*.

Nos quedamos mirándonos un segundo. Un segundo demasiado largo. Y yo sé —lo sé— que esto no va a ser sencillo. Que fingir estar enamorada de Dylan Lancaster puede acabar muy, muy mal.

Pero también sé que en el fondo, muy al fondo, hay una parte de mí que quiere ver hasta dónde puede llegar esta locura.

Y eso da más miedo que cualquier otra cosa.

—¿Por qué yo? —pregunto al fin, en voz baja—. Entre todas las mujeres a las que podrías pagar para esto… ¿por qué yo?

Dylan deja los cubiertos con cuidado sobre el plato.

—Porque mis padres no confiarían en una mujer de revista ni aunque viniera con certificado de autenticidad. Pero tú… —me observa, con la misma calma fría con la que antes hablaba de los ingredientes del menú— tú no eres como las demás. Y eso es exactamente lo que necesito.

Me quedo sin palabras. No sé si sentirme halagada o utilizada. Probablemente ambas cosas.

Él se reclina ligeramente hacia atrás.

—Termina de comer. Mañana debemos ensayar la versión oficial. No podemos permitir errores.

Y entonces, sin sonreír, sin suavizar una sola palabra, añade:

—Esto ya no es un juego, Tessa. Desde ahora, cada movimiento cuenta. Dejaremos para mañana el aspecto íntimo.

—Está bien.

Sí, he contestado eso, cuando mi interior gritaba: ¡íntimo! Pero no quiero parecerle una cría que se queja de todo o que pone impedimentos a todo, así es que mañana descubriré qué es eso de íntimo.



Capítulo 6

Dylan

Salgo del baño y descubro que Tessa se ha quedado dormida. Así, sin más. Apoyada sobre la mesa, con una mano caída junto al tenedor, la otra aun rozando el vaso de agua. Su cabeza descansa sobre el brazo izquierdo inclinada, como si hubiera intentado mantenerse despierta y se hubiera rendido a medio camino. El plato frente a ella sigue a medio terminar.

Me detengo en seco. La miro en silencio.

Qué ironía. Cuando no habla es hasta bonita.

El pelo rubio le cae en ondas desordenadas sobre la mesa. Algunos mechones se le han pegado a la mejilla. Tiene esa expresión tranquila que sólo tienen las personas que no saben que las están mirando. Qué pena que tenga los ojos cerrados. Esos ojos azules, absurdamente grandes, que iluminan su cara paliducha… aunque bueno, eso lo compensa si al menos tiene la boca cerrada.

Me descubro sonriendo. Solo un poco. Una mueca leve, privada. Nadie la ve.

Me acerco. Con cuidado, sin hacer ruido. Rodeo su cuerpo con los brazos y la levanto. Pesa menos de lo que imaginaba. Suspira, se acomoda un poco, pero no se despierta.

Huele bien. A champú. A ella. No debería fijarme en eso. No puedo.

Cruzo el pasillo con ella en brazos. Entro en el dormitorio. La única habitación amueblada. La única cama.

La dejo con cuidado sobre el colchón. Se mueve un poco. Murmura algo que no entiendo medio dormida. Me quedo quieto. La observo un segundo más. Y entonces, sin pensarlo, le aparto un mechón de pelo de la cara y se lo acomodo detrás de la oreja.
Solo eso.

Suelto el aire por la nariz, un suspiro corto.
Empiezo a desabotonarme la camisa. Cada botón que desabrocho me cuesta más que el anterior. Me la quito despacio, con movimientos medidos. Metódicos. Después, el cinturón. Los pantalones van a parar a la butaca del rincón. El reloj a la mesilla. Y solo entonces, en completo silencio, levanto la sábana y me meto en la cama, con ella.

Ni se inmuta.

Está de lado, dándome la espalda. Vestida con la ropa que vino —si es que a esa camiseta vieja se le puede llamar ropa— se le ha subido un poco al dormir.

Desvío la vista al techo de inmediato.

—Genial —murmuro.

El colchón se hunde bajo mi peso.

La tengo al lado. Y no puedo tocarla. Ni una caricia. Ni un roce. Ni siquiera un maldito centímetro de piel sin su permiso. Ni una mirada larga sin sentirme un cabrón.

Aprieto los dientes.

No es que no quiera. Joder, claro que quiero. ¿Quién no lo haría con Tessa Carter durmiendo a medio metro? Rubia. Bonita. Testaruda como una mula y más bocazas que nadie. Pero no. Esto no va de eso. No es ese tipo de tratos. No puedo tocarla. No debo.

La cama parece más estrecha de lo que recordaba. Me doy la vuelta, le doy la espalda también. Resignado. Tenso.

—Esta va a ser una noche muy larga.

Cierro los ojos. Intento pensar en cualquier cosa menos en ella. En el calor que emana su cuerpo. En lo suave que se sentía en mis brazos. En lo malditamente imposible que se vuelve todo esto con

ella tan cerca, pero no sirve de nada. Porque en la oscuridad, ella respira. Y con eso basta para alterarme.



Capítulo 7

Tessa

Amanece. No lo sé por la luz —la habitación sigue en penumbra—, sino porque algo en mí empieza a sacudirse. Una alarma interna. Una sensación cálida, pesada. Como si mi cuerpo recordara antes que yo dónde estoy.

Abro los ojos lentamente.

Y lo primero que veo es piel. Un cuello ancho, perfecto, a unos centímetros de mi cara. No, más cerca que eso, mi nariz está literalmente pegada a él. Huele a perfume. A limpio. A hombre.

Tardo un segundo más en comprender que estoy encima de Dylan.

Una pierna mía está sobre sus muslos.

Un brazo mío, torpemente enredado en su torso, como si pretendiera abrazarlo —aunque no llegue ni a cubrirle las costillas, porque el cabrón es jodidamente enorme.

Parpadeo, desconcertada. Su pecho sube y baja bajo mi mano. Está dormido.

Mi pierna todavía lo roza. Lo noto: la calidez, bajo la tela del pantalón del pijama. Y de pronto, una descarga, un estremecimiento rápido y punzante entre mis piernas.

Joder.

Aprieto los muslos y retiro la pierna con torpeza. Doy un gritito, suave, que apenas logro ahogar contra su hombro. No sé si es placer, susto o pura frustración.

No me atrevo a moverme más.

Por un instante —un segundo que dura una eternidad—, se me cruza una idea por la cabeza. Loca, salvaje. Mandar el contrato a la mierda. Subirme encima de él. Bajarle los pantalones.

Hacer todo lo que llevo años imaginando, noche tras noche, con los dedos metidos entre las piernas y su nombre en la boca. Mi respiración se acelera. Pero no. Me quedo quieta. Congelada.

Porque es Dylan. Y esto no estaba en el contrato.

Necesito salir de esta cama. Necesito aire. Espacio. Una ducha fría. O caliente. O ambas.

Con cuidado, muy despacio, retiro el brazo, la pierna, la respiración la contengo.

Me deslizo fuera del colchón como una ladrona profesional, cruzo el cuarto sin mirar atrás y cierro la puerta del baño tras de mí.

Apoyo la espalda contra la madera. Cierro los ojos.

Estoy ardiendo.

Abro el grifo y dejo que el vapor empiece a llenar la estancia. Me quito la camiseta con la que he dormido, el pantalón corto y las braguitas, todavía tibias por culpa del maldito roce de Dylan. Me meto bajo el agua como si pudiera borrar lo que siento, como si pudiera arrancarme el deseo a fuerza de calor.

Pero no ayuda.

El agua me cae sobre los hombros, me resbala por la espalda, pasa entre los pechos, por el vientre. Y cuando llega ahí... No puedo evitarlo.

Deslizo los dedos lentamente. Al principio, sólo para calmar el ardor. Pero no basta. Cierro los ojos, apoyo la frente contra los azulejos y dejo que la imaginación me haga el trabajo.

Pienso en él. En su cuello. En sus brazos. En su voz cuando dice mi nombre con ese tono bajo que siempre suena a una riña y a deseo al mismo tiempo. En su boca. En su peso encima de mí. Mis dedos se mueven más rápido. La tensión crece, como una ola que

no puedo detener. Me muerdo el labio. Un gemido bajo, torpe, se me escapa de la garganta.

—Dios… Dylan…

Y entonces —justo cuando la explosión es inminente, justo cuando el mundo se me parte en dos desde dentro—, escucho algo.

Una puerta.

Abro los ojos. Y ahí está él. Dylan.

De pie en el marco de la puerta del baño, descalzo, despeinado, con el pantalón del pijama bajo y la mirada fija en mí. Congelado. Como si no pudiera creer lo que está viendo. Como si no quisiera mirar. Pero no pudiera dejar de hacerlo.

Yo tampoco me muevo.

El agua sigue cayendo. Mi pecho sube y baja. Mi mano sigue ahí.

El placer aún hace que me tiemblen las piernas.

Y lo único que consigo decir es:

—Joder.

—¿Tessa…? —su voz es grave, más ronca de lo normal.

Trago saliva. No digo nada. No puedo.

Y entonces da un paso. Después otro.

El vapor del baño lo envuelve, pero no lo oculta. Camina hacia mí como si estuviera condenado y al mismo tiempo encantado con su condena.

—Dime una cosa —murmura, con esa voz baja que se me mete directamente entre las costillas—. ¿Eso estaba en el contrato?

Me muerdo el labio.

Su mirada baja a mi cuerpo. Lo recorre con descaro, con hambre, pero sin perder ese maldito control que siempre tiene.

—Porque si no lo está —continúa, acercándose aún más—, tal vez deberíamos... modificar una cláusula. Una muy específica.

El corazón me late en los oídos.

—¿Qué cláusula? —pregunto, apenas en un susurro.

Y entonces se detiene a medio metro de mí. Clava los ojos en los míos, y sé que si digo que no, se irá. Pero si no lo digo…

—Esa en la que tienes que calmarte sola cuando yo podría ayudarte —susurra junto a mi oído, su aliento caliente me roza la

piel mojada y me hace cerrar los ojos—. Dime si quieres que haga algo. Solo dime eso.

Y yo estoy a segundos de hacerlo.

Solo tengo que abrir la boca. Solo pronunciar una palabra.



Capítulo 8

Dylan

Parece que está deseando que la toque sin pedir permiso. Entonces le acaricio la mejilla, y ella cierra los ojos, abre la boca y yo voy directo a sus labios con mis dedos, después ella saca la lengua y chupa uno de mis dedos, le meto el dedo dentro de su boca, y después ella me coge de la nuca y me acerca hasta su boca obligándome a besarla. Estoy debajo de la ducha, nuestros cuerpos se mojan y yo pierdo la cabeza y comienzo a acariciar sus pechos, después los lamo, mordisqueo sus pezones sonrojados, los succiono con cuidado, la miro y estoy seguro que hay algo de perversión en mi mirada. Veo que su mirada se enciende, y continúo bajando por el cuerpo de ella, lamiendo su vientre, bebiendo el agua que se desliza sobre su piel, hasta que llego a su entrepierna, y ella se abre para darme mejor acceso, primero acaricio su pubis con una mano, lo presiono con la palma, después introduzco un dedo en su interior, lo muevo dentro con cuidado hasta que la hago gemir de placer, después dos dedos, luego un tercero, y ella se vuelve loca. Me pide más, más rápido, y entonces es cuando me detengo. Vuelvo a levantarme y le cojo la mano para colocársela en mi enorme y abultado miembro todavía cubierto por el pantalón de pijama

mojado. Ella se está volviendo loca, lo veo en sus ojos y con prisa me baja el pantalón.

Me acerco hasta quedar pegado por completo a su cuerpo, ahora desnudos los dos, y entonces Tessa levanta una pierna un poco para que la penetre. Yo rujo como un león al hacerlo, y envestida tras envestida los dos gemimos de placer hasta llegar al colapso.

—Ahí tienes un albornoz —dice Dylan, señalando el perchero sin mirarme.

Su voz suena seria, como siempre. Como si acabáramos de terminar un entrenamiento y no… lo que acabamos de hacer.

Me quedo quieta. El agua todavía corre por mis piernas. Mis labios aún están entreabiertos por la respiración entrecortada. Pero él ya ha salido de la ducha. Como si nada. Como si no me hubiese hecho gritar su nombre contra los azulejos.

Asiento en silencio. No hago un solo comentario. No espero caricias postcoitales.

Me envuelvo en el albornoz. Me recojo el pelo aún mojado y lo sujeto con una toalla. Cuando salgo del baño, camino a fuera de la habitación y lo encuentro en la cocina, dándole la espalda al café que ya humea en dos tazas.

No puedo apartar la vista de su enorme espalda, la que le he dejado marcada con mis uñas.

—¿Tienes azúcar? —pregunto, como si hablara del tiempo.

—Segundo cajón a la derecha.

Eso es todo.

Y lo entiendo. Porque somos adultos. Porque lo único que ha pasado ahí dentro es que dos personas han descargado tensión. Estrés. Ansiedad. O lo que sea que lleváramos acumulando desde hace días.

Lo entiendo.

Pero mientras revuelvo el café, sin mirar demasiado a ninguna parte, una parte de mí no puede dejar de pensar que lo que ha pasado en esa ducha ha sido el mejor sexo de mi vida.

Y que eso… puede que sea un problema.

—Después de lo que ha ocurrido —dice Dylan, apoyado contra la encimera con su taza de café en la mano— será más fácil simular

nuestro compromiso en la parte más íntima.

Levanto una ceja, pero no digo nada. Él continúa, con ese tono medio neutro que nunca sé si es sarcasmo o autoprotección.

—Ahora si nos besamos en público, ya no te parecerá extraño. O si nos rozamos con cariño… ya me entiendes. Esas cosas que hacen las parejas.

Le doy un sorbo al café. Caliente. Amargo. Como él.

—¿Alguna vez has tenido pareja? —pregunto, sin rodeos.

Dylan baja la mirada a su taza. Tarda un segundo antes de responder.

—He disfrutado de la compañía de muchas mujeres. Si esa es la pregunta.

—No —digo, clavando los ojos en los suyos—. No es esa la pregunta. La pregunta es sencilla: ¿has tenido novia alguna vez? Aunque te haya durado un mes.

Levanta la vista. Me mira. Serio. Inmóvil. Y durante un momento, creo que va a responder con otra evasiva.

Pero no.

—No —dice.

—¿Ni una novia en el instituto?

—Nada.

—Entonces tú sabrás cómo actuar, ¿no? —le digo, cruzándome de brazos frente a él—. Porque me parece que nos estamos centrando mucho en lo que *yo* debo saber acerca de ti, o en cómo tengo que comportarme frente a tus padres, pero el problema... yo lo veo más en *ti* que en mí.

Dylan entrecierra los ojos. Me mira como intentando descifrar si estoy poniéndole a prueba o simplemente siendo yo.

—¿Yo? —responde, con una ceja alzada—. Yo no tengo ningún problema. Sé perfectamente cómo engañar a mis padres.

—Ajá... —asiento, despacio—. Entonces cuando coloque una mano sobre tu brazo mientras estemos sentados a la mesa, ¿cómo reaccionarás?

—No reaccionaré.

—Mal. Error —respondo de inmediato, dándole un golpecito en el pecho con el dedo—. Se supone que si estás conmigo es porque

estás *enamorado* de mí. Y cada vez que te toque tienes que *reaccionar*: con una sonrisa, un guiño... o me besas.

—¿Quieres que te bese?

Me muerdo el labio un segundo. No lo esperaba tan directo.

—Yo no he dicho que quiera que me beses.

—Pues me lo ha parecido.

Le mantengo la mirada, a pesar del calor que empieza a subir por mi cuello.

—Creo que deberíamos dejar claras muchas cosas —digo—. Porque si vas a querer besarme, el contrato debería modificarse. Y la suma de dinero... debería crecer.

Dylan da una carcajada baja, áspera. Me mira como si le divirtiera y le irritara al mismo tiempo.

—El dinero no es un problema —responde, acercándose un paso —. Si eso es lo que te preocupa.

—No me preocupa. Es lo justo.

Él se detiene frente a mí. Muy cerca. Demasiado.

—Lo justo sería que si yo te beso, tú me devuelvas el beso —dice en voz baja—. O mis padres pensarán que todo es mentira.

Trago saliva. No me muevo. Él da otro paso. Luego otro. Hasta que está completamente pegado a mí. Siento el calor de su cuerpo, la tensión en sus músculos. La forma en que su respiración roza la mía.

—¿Y si me acerco así... —susurra— y te digo que voy a besarte?

—Te diría que... deberíamos tener mucho cuidado —respondo, bajando un poco la voz.

—¿No era esto a lo que te referías? —pregunta, aún más cerca.

Mi boca se entreabre.

—Diría... que estás siendo muy convincente.

Y maldita sea, lo está siendo.

Entonces, justo cuando me pregunto si va a besarme de nuevo, suena una voz femenina al otro lado de la puerta.

—Señor Dylan, han llegado

—¿Tus padres? —pregunto, alarmada.

Él niega con la cabeza, relajado.

—No, tranquila. Todavía no —me responde, con una media sonrisa—. Ha llegado *tu* personal *shopper*. He contratado a la mejor para que te saque partido. No puedes conocer a mis padres con esos pantalones cortos que llevabas ayer. —Me lanza una mirada de arriba abajo—. Te quedan muy bien, pero no es lo que ellos esperan de *mi prometida*.

Antes de que pueda soltarle alguna grosería o lanzarle el albornoz a la cara, la puerta se abre y un auténtico ejército de gente invade todo el espacio. Mujeres con tabletas, hombres con percheros rodantes, bolsas de lujo, cajas de zapatos, maletas de maquillaje…

—¿Qué... qué es esto? —pregunto, sintiéndome cada vez más pequeña envuelta en mi albornoz, con la toalla aun goteando en la cabeza.

—Yo me voy, tengo algo que hacer —dice Dylan, volviendo a su tono indiferente como si nada hubiera pasado en los últimos cinco minutos—. Nos vemos aquí mismo en tres horas.

Y con eso, sale por la puerta como si no acabara de romperme mi sistema nervioso.

Me disculpo como puedo con los estilistas y salgo tras él, aún descalza y resbalando por el suelo de madera. Lo alcanzo justo cuando entra a su dormitorio.

—¡Dylan! —exclamo, pero me detengo en seco.

Está desnudo. Completamente.

Se está poniendo unos pantalones oscuros y ni siquiera parece sorprendido de verme allí. Solo alza una ceja, como si lo hiciera a propósito. Como si supiera exactamente lo que provoca en mí.

Y joder... *qué cuerpo*.

Musculado, alto, con la piel tersa y brillante, y esa espalda que parece cincelada por los dioses del olimpo. Me quedo muda. Solo puedo mirar.

Él coge una camisa blanca, se la pone lentamente y, antes de abrocharla, se gira hacia mí.

—No te preocupes, Tessa. Todo va a ir bien —dice, mientras termina de vestirse—. Ha sido un buen ensayo.

Y entonces me guiña un ojo.

Yo me quedo quieta, sintiendo que el albornoz empieza a pegarse más a mi piel caliente, mientras él se va con paso tranquilo.

Dos horas más tarde, toda la gente se ha ido, y yo ahora tengo un aspecto más estirado que nunca, y visto con un elegante traje de chaqueta que solo se me ocurriría ponerme si fuera de bautizo familiar. O para un entierro.

Llamo a Emma por videollamada sin pensármelo mucho, hubiera preferido estar todavía con el albornoz puesto y la toalla enrollada en el pelo. En cuanto responde siento que voy a estallar de pura emoción.

—Emma... estoy muerta. Literalmente. No te vas a creer lo que ha pasado.

Emma frunce el ceño, la veo que tiene en su mano una taza de café.

—Es evidente, *chati*, recuerda que puedo verte, y has pasado por chapa y pintura en un taller de Hollywood. Nena, estás radiante, aunque pareces mayor, no sé, me gustabas más como eras antes.

—Esto no importa, ya sabes que es temporal. Aunque la ropa interior me la quedo, no vas a creerte como es hasta que la veas.

—Bueno entonces que es lo que importa, si no me llamas para que vea tu cambio radical, ¿para qué lo haces? —Emma abre mucho los ojos nada más terminar de hablar.— No me jodas, Tessa. Si me dices que te has acostado con Dylan en menos de veinticuatro horas, te cuelgo ahora mismo.

Me tapo la cara con la mano, intentando no sonreír.

—No exactamente... O sea... No me he acostado, estábamos de pie.

Emma se queda inmóvil por un segundo. Luego se inclina hacia la cámara con los ojos como platos.

—¡¿Te lo tiraste en la ducha?! ¡Pero si te dije que no lo hicieras! ¡Que eso iba a complicarlo todo! ¿Tú me escuchas cuando yo hablo?

—¡Lo sé! —me lamento—. No me lo recuerdes... Me atrapó en un momento de debilidad hormonal y térmica.

—Ya claro, un momento de debilidad… ¿te gustó?

—¡No! Bueno… sí. Es que fue... no sé, como si supiera exactamente qué hacer en cada lugar de mi cuerpo.

Emma niega con la cabeza, como si no pudiera creérselo.

—Te lo dije. Un hombre así, oliendo a jabón caro, con esa voz que parece un susurro pecaminoso... era de esperar. Eso no es un contrato. Es una condena hacia el deseo, Tessa.

—Me siento fatal. O sea… no. Me siento genial. *Demasiado* genial. Creo que ha sido el mejor sexo de mi vida.

Emma parpadea un par de veces y veo como deja la taza sobre la mesa.

—Vale. Ahora sí. Dame detalles. Todo. Hasta lo que gritaste. Empieza por si fue con manos o directo con la...

—Emma... —Empiezo a reír, nerviosa.

—Soy tu mejor amiga, tengo derecho a saberlo todo. ¿Te puso contra la pared? ¿Gemiste? ¿Te dejó temblando?

Me muerdo el labio y asiento lentamente.

—Hubo de todo.

Emma ahoga un grito y se lleva una mano al pecho.

—¡Ay, madre mía. ¡TE HA LEÍDO COMO UN LIBRO!

—Y después me cogió la mano. Me la puso ahí. Me miró como si... como si ya no hubiera vuelta atrás.

—¿Y tú?

—Le bajé el pantalón como si no tuviera voluntad propia. Emma, fue como si alguien lo hiciera por mí. Como si mi cuerpo no me perteneciera desde que él puso un pie en esa ducha.

Veo como Emma se desploma sobre el respaldo de su silla dramáticamente.

—Necesito un cigarro y ni siquiera fumo. ¡Tessa, has vivido una fantasía porno! ¿Y ahora qué?

—Ahora... se ha ido como si nada. Me ha dejado con un personal *shopper* y me ha guiñado un ojo. ¿Tú crees que ha sido solo un ensayo para el papel o se lo está tomando en serio?

Emma alza una ceja.

—Yo creo que te desea, eso está claro, pero no te equivoques eh, que solo te quiere para convencer a sus padres. Mientras tanto...

disfrútalo, amiga. Una ducha así no se repite todos los días. Pero cuidado.

—Voy a tener que fingir que no quiero repetirlo. Aunque por dentro esté deseándolo.

—Hazlo. Pero no olvides que te avisé. Haz el favor de no engancharte, que nos conocemos.



Capítulo 9

Dylan

No era la misma.

Y lo supe en cuanto abrí la puerta y la vi. Tessa estaba frente al espejo del salón, con un traje de chaqueta entallado que le marcaba las curvas y una blusa blanca con el primer botón descaradamente desabrochado. Los tacones le daban ese aire altivo que a muchos les haría girar la cabeza en la calle. Estaba guapísima. La verdad, era perfecta. Y, sin embargo… no era ella.

—Así será más fácil —dije soltando unas cajas que traía conmigo y después cruzando los brazos.

Se giró con esa expresión que ya conocía tan bien: ceja arqueada, labios apretados, lista para atacar.

—¿Más fácil el qué?

Me encogí de hombros.

—Convencerlos. A mis padres. Así pareces justo el tipo de mujer que esperan para mí.

Y ahí estaba de nuevo. Esa mirada. La de "¿me estás tomando el pelo o en serio eres tan gilipollas?"

—Ya. Qué útil debe ser tener una novia a medida, ¿eh? —respondió con sarcasmo, caminando hacia mí con la seguridad de una modelo y la rabia de una mujer que no está para tonterías—.

¿Algo más que deba saber antes de que lleguen tus padres? ¿Quizás también tengo que cambiar la forma en la que hablo?

—No van a venir aquí —dije, cortante—. Vamos a cenar con ellos en el restaurante Hilton. A las ocho.

Se detuvo. Parpadeó. Y luego me miró como si acabara de decirle que íbamos a volar a Marte.

—¿Cómo que en el Hilton? ¿Y me lo dices ahora? ¿Así? No creo que tenga nada que ponerme para ir a ese sitio.

—Pensé que te lo habrían comentado mientras te preparaban.

—Pues ya ves que no.

—No te preocupes por la ropa, traje un vestido para ti.

Solté un suspiro. A mis padres les iba a gustar esa Tessa que ahora estaba frente a mí, pero a mí ya no me gustaba, y eso era un problema, y el problema no era cómo se veía. El problema era que ya no se notaba su carácter debajo de esa ropa. Había desaparecido esa chispa, ese descaro con el que me había mirado en la ducha. Esta Tessa podía pasar por cualquiera. Y eso no me gustaba. Porque me estaba empezando a gustar demasiado la versión original.

—Mira, si vamos a fingir que esto es real, tenemos que hacerlo bien. Mis padres no te van a aceptar fácilmente, y tú sabes que esto va a ser una guerra disimulada. Cada mirada, cada palabra. Lo que lleves puesto, cómo te sientes a la mesa, si bebes vino o no. Todo importa.

—No soy una salvaje, Dylan. Sé cómo sentarme en una mesa.

—¿Seguro? Porque ayer me hablaste con la boca llena mientras devorabas un bol de crujientes.

—¡Estábamos solos! Eres estúpido.

Ahí estaba ella. Por un segundo, volvió la Tessa real. Y joder, me encantaba verla enfadada.

—Lo único que pido —dije al fin— es que esta noche mantengas el tipo. No seas tú misma, debes ser una versión editada. No hace falta que te rías a carcajadas ni que les digas que odias los yates. Solo… finge que estás enamorada. Y que esta cena no es una tortura.

Se cruzó de brazos. El gesto hizo que la chaqueta se abriera un poco más por el escote. No ayudaba. Nada ayudaba. Iba a volverme

loco. Me estaba volviendo loco tenerla delante de mí y no poder tocarla.

—Pues espero que tú también sepas actuar. Porque no pienso hacer todo el trabajo sola.

Asentí.

—No te preocupes. A mí se me da bien mentir.

Tres horas más tarde, la espero en el jardín, apoyado en el capó de mi coche, con las manos en los bolsillos y la camisa recién planchada pegada al pecho por culpa del calor que hace esta noche.

Pero cuando la veo aparecer… se me olvida respirar el calor, y se me olvida hasta respirar.

Tessa está bajando los escalones de la casa como si no supiera el efecto que provoca en mí, con su melena rubia cayéndole en ondas suaves sobre los hombros desnudos. Esos hombros que me encantaría tener ahora entre mis dientes. El vestido negro de cóctel era simple cuando lo vi en aquella percha de la boutique, y en ella ahora es jodidamente perfecto: ceñido en la cintura, con un leve brillo en el escote que capta la luz justo donde no debe. Ni muy corto, ni muy largo. Justo en el punto exacto de "mírame pero no me toques".

Está perfecta.

Diría que demasiado.

Nuestros ojos se cruzan y, por un segundo, creo que va a decirme algo. Pero ella desvía la mirada de inmediato, como si lo que viera en mi cara fuera demasiado, evidente.

Trago saliva.

Y me obligo a caminar hacia ella con calma, como si todo esto fuera normal y no me estuviera costando no agarrarla por la cintura y volver a besarla como en la ducha.

Abro la puerta del coche sin soltar ni una palabra.

Mis dedos rozan su espalda cuando la ayudo a entrar. La piel le huele a crema y a algo dulce. Coco, vainilla, no lo sé. Pero es suficiente para encenderme de nuevo.

Cierro la puerta despacio y suelto el aire con un bufido.

No, Dylan.

No lo pienses.

Subo al coche, y me siento en el asiento del conductor, giro la llave, y arranco con más brusquedad de la necesaria. El motor ruge como si estuviera igual de alterado que yo.

Ella va sentada con las piernas cruzadas, la mirada clavada en la ventanilla, como si estuviera viendo las nubes más interesantes del mundo.

Y yo… bueno, yo intento concentrarme en no cometer una estupidez.

Porque si no conduzco *ya* hasta ese restaurante, si no llegamos en menos de diez minutos, corro un serio peligro de parar el coche, abrir su puerta, sacarla entre mis brazos y desnudarla aquí mismo, en mitad del jardín, del coche o de donde sea.

Y eso, definitivamente, no entra en el plan de esta noche.



Capítulo 10

Tessa

Dylan aparca delante del restaurante como si lo hiciera todos los días. Claro, probablemente lo hace. A mí me tiemblan las manos, pero él parece relajado, tranquilo… incluso arrogante con esa camisa blanca perfectamente ajustada y el reloj caro que brilla bajo la luz de las farolas.

Sale primero y le da la vuelta al coche. Yo suspiro, me recoloco discretamente el escote del vestido y cuando abro la puerta, él ya está ahí, esperándome, con la mano tendida.

—Déjame ayudarte —me dice.

Sus dedos envuelven los míos mientras salgo del coche, y el simple contacto me manda una descarga eléctrica desde la palma de mi mano hasta la nuca.

Cuando estoy de pie frente a él, noto que no se mueve. Me mira. Más bien, me recorre entera con los ojos. Desde mis tacones hasta la forma en la que mi melena ondulada cae sobre mis hombros desnudos.

—Estás preciosa esta noche, Tessa —dice, y su voz suena más grave de lo habitual.

No sé qué responder. Sé que debería soltar una frase rápida, algo sarcástico, pero mi cerebro se ha quedado en modo bufido interno recalentado, y mi estómago hace un esfuerzo titánico para tragarse

esa docena de mariposas nerviosas que acaban de descender por mi garganta.

—Gracias… tú tampoco estás mal —consigo decir, sin mirarlo a los ojos.

—¿Nerviosa?

—¿Tanto se nota?

—Solo un poco. Aunque estás haciendo un trabajo excelente. Merecerás cada euro de todo el dinero.

Le suelto una sonrisa. Él se queda mirándome un poco más de tiempo.

Entonces, sin previo aviso, se inclina un poco hacia mí y su aliento roza mi oído.

—Recuerda que, esta noche, estamos enamorados. Así que si me miras como acabas de hacerlo, voy a tener que besarte delante de mis padres.

Me quedo paralizada. Mis mejillas arden. No sé si es el vestido, su voz, o la forma en la que huele, pero necesito aire. Y un extintor para apagar el fuego que no deja de crecer entre mis piernas.

Él se aleja un paso, me ofrece su brazo y yo lo tomo como puedo, sin caerme.

Mientras caminamos hacia la entrada del restaurante, solo puedo pensar en una cosa: si me sigue mirando así, voy a terminar por creerme esta farsa. Sus padres no sé, pero yo seguro.

El restaurante parece sacado de una película de esas en las que los millonarios brindan con copas caras y botellas de vino que cuestan sueldos de un mes. Hay mármol por todas partes, camareros que parecen modelos y una iluminación tan perfecta que hasta los cubiertos brillan como si fueran de oro. Aunque quizá lo son.

Camino del brazo de Dylan, intentando parecer natural, pero siento que voy caminando hacia un pelotón de fusilamiento. No ayuda que él esté tan tranquilo, como si esta noche no fuera un casting para ver si encajo en la vida perfecta que sus padres han diseñado para él.

Los veo antes de que él los salude. La madre de Dylan es lo más parecido a una reina. Pelo recogido, joyas discretas, pero carísimas

seguramente, y mirada de rayos X. El padre parece un señor serio, de esos que no sonríen ni por error, pero por lo menos no parece tener intención de devorarme viva.

—Mamá, papá… —dice Dylan con esa voz segura tan suya—. Ella es Tessa.

Me acerco y extiendo la mano, como una persona civilizada.

—Encantada —dice su madre.

Ella se acerca a mí ignorando mi mano y me besa las mejillas, pero lo hace como si tocara algo que no quiere que la manche.

—Así que tú eres la chica que ha conseguido domar a mi hijo. Tienes mérito —dice, y sonríe. Pero no me fío de esa sonrisa.

—Aún estoy en proceso —respondo, con una sonrisa igual de falsa. No he venido aquí a fingir ser la novia perfecta sin tener un poco de diversión.

Nos sentamos. Dylan me corre la silla como si fuera un caballero, y después toma asiento a mi lado. Me doy cuenta de que su madre no deja de observar cada uno de mis movimientos, como si llevara una libreta invisible en la que apunta mentalmente cada error.

—¿Y de dónde eres, Tessa? —pregunta su padre mientras el camarero nos sirve vino.

—De un sitio con mucha menos porcelana y más cerveza en jarra.

Dylan suelta una risa corta y baja la cabeza. Su madre no se ríe. Ni un poco.

Creo que acabo de meter la pata, pero él no me dijo que no también debía mentir sobre mi procedencia.

—Ah, bueno, Dylan siempre ha tenido gustos... peculiares —responde ella, mirando la carta como si tuviese más interés en el menú que en lo que yo digo.

Trago saliva, pero sonrío.

El camarero nos interrumpe para tomar nota. Gracias al cielo. Pido algo caro. Si voy a fingir que pertenezco a este mundo, al menos que me sepa rico.

La cena avanza a base de frases muy medidas por mi parte, preguntas pasivo-agresivas por parte de ellos y comentarios que Dylan intenta suavizar como puede. Yo hago lo que puedo también

para no levantarme y brindar por la hipocresía. A veces me dan ganas de estirar la pierna bajo la mesa y tocarlo, solo para ver si él reacciona. O si sus padres lo hacen.

Pero me contengo.

Hasta que su madre suelta, como quien habla del tiempo:

—¿Y cuándo pensáis casaros?

Casi escupo el vino del susto.

Dylan no se inmuta. Yo, por dentro, entro en combustión.

—Bueno, estamos disfrutando del compromiso. No tenemos prisa —responde él, tomándome de la mano con total naturalidad.

Yo lo miro. Él me sonríe. ¡El maldito actúa como si esto fuera real!

Así que sonrío también. Fingida. Dulce. Letal.

—Queremos hacer las cosas bien. A su debido tiempo.

Y cuando su padre asiente con aprobación, pienso que esto va a ser más difícil de lo que creía. Hasta que Dylan habla.

—He pensado que sería un gesto bonito casarnos el mismo día que vosotros lo hicisteis —dice Dylan.

Yo lo miro y le sonrió, me parece un gesto muy bonito por su parte. Si fuese real, claro.

—Es una noticia excelente. Pero vamos a tener que correr mucho, hijo, eso es dentro de cuatro meses.

¿Cuatro meses? Ha dicho, ¿cuatro? Entro en *shock*, mi respiración se acelera, mi corazón se acelerá, y mi cuerpo comienza a hacerse blando. Muy blando… tan blando que pierdo toda la fuerza que hace que me pueda mantener sentada en la silla, así es que en menos de un minuto, mi cara choca contra el suelo.

Todo se vuelve borroso. Oigo una voz lejana —la de su madre, creo—, y después la de Dylan diciendo mi nombre.

—¿Tessa? ¡Tessa!

Abro los ojos. No sé cuántos segundos he estado fuera de combate, pero cuando consigo enfocar, tengo a Dylan agachado frente a mí, su madre sujetándome la muñeca como si estuviera comprobando mi pulso, y su padre llamando a un camarero para pedir agua… o un exorcista, no estoy segura, porque por su cara podría ser lo segundo más bien.

—Estoy bien… creo —murmuro, aunque mi dignidad ha muerto.

Intento incorporarme, pero Dylan me sostiene con fuerza por los brazos.

—No te levantes tan rápido —me dice con el ceño fruncido, serio. Pero tiene esa mirada intensa, esa que hace que se me olvide por qué me he desmayado en primer lugar. Ah, sí. Cuatro meses.

—Ha sido… solo un bajón de tensión —intento justificarme, buscando una excusa más creíble que la verdad, esa verdad que ha hecho que me desmaye, porque, "me ha dado un ataque de pánico porque esto se me está yendo de las manos".

Su madre me acaricia el brazo con preocupación exagerada. —¿Estás comiendo bien, cariño? ¿Dylan te da de comer?

¿Dylan me da de comer? ¿Qué clase de pregunta es esa? Estoy por decirle que Dylan me da otras cosas, pero me muerdo la lengua justo a tiempo.

—Sí, sí. Como perfectamente. Solo… ha sido un bajón de tensión, por el calor, seguro —miento.

Sus labios se curvan en una sonrisa. Me tiende la mano.

—Vamos a sentarte. Prometo no darte más noticias impactantes por esta noche —me susurra.

—Eso espero —le susurro yo también mientras dejo que me ayude a levantarme del suelo.

Y sí, siento su mano en mi cintura, firme y cálida, mientras me acompaña de nuevo a la silla. Y sí, mi estómago se revuelve otra vez. Pero no por el susto. Por él. Porque esto era una mentira… y se está empezando a volver demasiado real.



Capítulo 11

Dylan

Subimos al coche en silencio. Le abro la puerta como un caballero —o como un idiota que intenta no mirarle demasiado el escote— y ella se sienta con esa gracia despreocupada que me desarma. Joder… ese vestido negro le sienta como si lo hubieran diseñado para poner a prueba mi autocontrol. Ondas suaves en su melena rubia, maquillaje justo, piel encendida por la noche. Y esa maldita forma de mirarme sin mirar.

Doy la vuelta al coche, me siento al volante y respiro hondo antes de arrancar. No lo hago todavía. Quiero decir algo, lo que sea, para romper esta tensión que se estira entre nosotros como una cuerda a punto de partirse.

—Bueno… ya ha pasado lo peor. —La miro. Está descalza, con los tacones en la mano. Hasta eso lo hace más sexy todavía—. Los has conocido. Te han conocido. No ha estado tan mal.

Ella gira el rostro lentamente hacia mí.

—¿No ha estado tan mal? ¿Lo de desmayarme fue parte del guion?

—Fue brillante. Nadie finge tan bien un colapso emocional y lo enmascara con una bajada de tensión.

Me lanza una mirada afilada. Pero esa boca que intenta reprimirse... sonríe. Solo un poco. Y ese gesto se me clava bajo la

piel. Otra vez.

—¿Y lo de los cuatro meses también era parte del espectáculo?

Suelto el aire por la nariz. Apoyo una mano en el volante y la otra en el respaldo, girándome hacia ella.

—Pensé que sería un detalle bonito para ellos.

—¿Un detalle bonito? —responde con ironía—. Dylan, este trato iba de convencer a tus padres que has senado la cabeza para que te nombren CEO de la empresa, pero, nunca hablamos de boda. ¿Sabes que no me voy a casar contigo, verdad? No pienso casarme por ese dinero.

—¿Y si fuera el doble?

Tuerce los labios. Sus ojos brillan. Está a punto de decir algo ingenioso, lo sé. Pero lo que hace es resoplar.

—Eres imbécil.

—Puede ser —digo encogiéndome de hombros—. Pero un imbécil con mucho dinero que podría resolverte la vida.

Y ahí está el silencio otra vez. Ese en el que no decimos nada, pero todo grita.

La miro. No puedo no hacerlo. Su escote me llama a gritos. La línea de su clavícula. Esa piel que ya conozco. Que ya he tocado. Saboreado. Ella se revuelve en el asiento como si sintiera mi mirada clavada, y aparta la vista hacia la ventana.

No lo hagas. No es el momento. No puedes volver a follártela hoy.

Pero mi cuerpo no me escucha. Solo con tenerla al lado empiezo a endurecerme. Tan rápido, tan malditamente fácil. Me muevo un poco, disimulando. Necesito centrarme.

Arranca el coche. Llévala a casa. Lávate la cara con agua fría.

Giro la llave, la máquina cobra vida. Aprieto el volante con los dedos.

—Vamos —murmuro, como si eso bastara para convencerme de no besarla aquí mismo. Porque si no conduzco ahora mismo, si no salgo de este aparcamiento ya… la desnudo en este asiento.



Capítulo 12

Tessa

Entramos en la casa sin decir una palabra. Dylan va delante, se quita la chaqueta y la lanza sobre el respaldo de una silla. Yo camino descalza, dejo los tacones al lado de la alfombra. Me duelen los pies, me duele la cara de tanto sonreír, pero sobre todo… me duele el estómago de la tensión contenida durante toda la noche.

Él saca dos vasos, los llena de agua. Me ofrece uno sin mirarme. Bebo, con la garganta seca. Y entonces, lo dice.

—Quiero que sigamos con esto los próximos seis meses.

Lo miro con el vaso en la mano. Frunzo el ceño.

—¿Cómo?

—La farsa. El compromiso. Las apariencias.

—¿Has dicho seis meses?

—Así es.

—Pero supuestamente la boda sería en cuatro…

—Sí, lo estás entendiendo a la perfección, Tessa.

—¿La boda?

—Sí.

—¿Y después?

—Nos peleamos. Nos separamos. Yo ya seré CEO, nadie podrá decir nada. Tú te llevas tu parte, cada uno por su camino.

—¿Y si alguien sospecha?

—Por eso quiero una ceremonia de verdad. Y legal, claro.

Suelto una carcajada irónica.

—¿Y me pondrás un anillo de diamantes?

No se ríe. Se me queda mirando.

—Todo lo que haga falta para que funcione.

—Claro, tú siempre haces lo que haga falta.

—¿Y eso qué significa?

—Significa —me cruzo de brazos— que tienes una habilidad extraordinaria para manipularlo todo a tu antojo. Quieres un coche, lo compras. Quieres una mansión, la tienes. Ahora quieres ser el jefe… y solo necesitas una novia perfecta. Aunque tengas que alquilarla.

—¿Estás insinuando que te he comprado?

—¿Y no lo has hecho?

Se hace un silencio tenso. Él se pasa una mano por el pelo, nervioso.

—Tú aceptaste. Nadie te obligó. Sabías lo que había.

—No sabía que ibas a fingir una boda en cuatro meses.

—Es solo un trámite.

—¿Y si yo quiero largarme ya? —digo de golpe—. ¿Y si no quiero ser parte de tu teatrillo?

Él camina hacia la mesa del comedor, donde tiene una carpeta. La abre, saca un documento. Me mira mientras lo deja frente a mí.

—Tienes razón. Has sido clara.

—¿Qué es esto?

—Una propuesta revisada. Más cláusulas, más dinero. —Su mirada se endurece—. Si lo aceptas, mañana tendrás el contrato definitivo. Si no, puedes irte. Buscaré a otra persona.

—¿Así de fácil? ¿Cambias de actriz y ya está?

—Tú misma dijiste que esto era una farsa, ¿no?

—Joder, Dylan.

Nos quedamos en silencio. Yo de pie. Él, apoyado en la mesa. Me mira. Me atraviesa.

—No eres tan fría como finges ser —dice en voz baja.

—Y tú no eres tan invencible como pareces.

Nos miramos. Como si lo que se dijera ahora definiera el resto. Él se acerca un paso más.

—¿Quieres irte?

—No lo sé.

—Dímelo.

—¿Y si me quedo? —pregunto, bajando la voz.

—Entonces juegas conmigo. Hasta el final.

Se le tensan los músculos de la mandíbula. Su mirada baja un segundo a mis labios. Solo un segundo.

—Yo juego… cuando puedo ganar —le digo— Y tú quieres jugar conmigo.

—Tú no eres un juego, eres la pieza imprescindible de este juego. Uno al que no quiero renunciar.

Me tiembla algo por dentro, pero me mantengo firme.

—Pues deberías aprender a perder, Dylan Lancaster.

Él suelta el aire por la nariz. Luego coge la carpeta, la deja sobre la encimera y dice sin levantar la voz:

—Tómate la noche para pensarlo. Si mañana sigues aquí, lo firmarás. Si no… ya sabré a qué atenerme.

Y se va. Deja el salón, sin mirar atrás.

Yo me quedo con el vaso de agua en la mano. Seca por dentro. Temblando.

Me quedo sola en el salón. Miro la carpeta que ha dejado sobre la encimera. Siento un nudo en la garganta, pero me obligo a abrirla. Las hojas están ordenadas, impolutas, con esa caligrafía seria y precisa que parece gritar: esto es un negocio, nada más. Paso la primera hoja, y entonces lo veo.

La cifra.

Me llevo la mano a la boca. Literalmente.

Porque estoy a punto de gritar.

¿Esa cantidad es real? ¿Tantos ceros por seguir fingiendo? Por ponerme un vestido blanco, fingir sonrisas y dejar que todo el mundo crea que soy la mujer que Dylan Lancaster ama.

Me tiemblan las manos. Me arde la cara.

Cojo el teléfono de mi bolso, marco el número de Emma con el pulgar antes de que pueda pensarlo dos veces.

—Dime que no has matado a nadie, y que la cena con sus padres ha ido bien —responde su voz al segundo pitido.

—Peor —digo, sentándome en el sofá como si mis piernas no pudieran sostenerme ni un segundo más—. Creo que estoy vendiendo mi dignidad al diablo.

—¿Otra vez te lo has follado? ¿Qué has hecho ahora?

—Me ha ofrecido... —trago saliva— una boda. En serio. De mentira, claro. Pero con ceremonia, invitados, vestido... todo el *show*. Cuatro meses de teatro, una discusión monumental y divorcio ficticio. Pero Emma… lo que me ha ofrecido por hacerlo...

—¿Cuánto?

—No puedo decírtelo. Me da vergüenza. Es indecente.

—¿Más que lo que ganas en un año?

—Emma... ¡multiplica eso por cincuenta!

Se hace un silencio. Luego escucho un leve "joder".

—Tía, acéptalo.

—¿Así, sin más?

—¡Sí! Ese dinero te puede arreglar la vida. Puedes pagar tu préstamo, ayudar a tu madre, irte a vivir a donde te dé la gana, montar lo que quieras. Es una boda de pega. ¡Te casas con Dylan Lancaster, no con Hannibal Lecter!

—Más que resolvérmela, este tío me va a complicar la vida entera...

—Complicártela ya te la complica igual, ¿no? Al menos que te pague bien.

Me río, pero sin alegría. Miro la carpeta otra vez, como si pudiese responderme sola.

—¿Y si me enamoro, Emma?

Al otro lado de la línea se hace un silencio bastante largo.

—No vas a enamorarte de un tipo como Dylan Lancaster —dice al fin, con voz muy seria—. Ese hombre es hielo puro. Calculador. Nunca te va a mirar como una mujer a la que amar. Para él solo eres una pieza en su tablero, Tessa. Una ficha que mover, intercambiar, guardar en su caja cuando ya no le sirvas.

—Vaya discurso motivacional el tuyo, ¿eh?

—Espabila. No puedes enamorarte de alguien que no está emocionalmente disponible. Esto no es una novela romántica. Esto es un contrato. Saca partido. No dejes que esto se te escape. Pocas veces la vida pone una oportunidad así en tu puerta. O en la de su mansión.

Suspiro. Me paso una mano por el pelo. Me muerdo el labio.

—Tienes razón —miento, porque no lo tengo del todo claro—. Voy a decirle que acepto… ahora mismo. Total solo son seis meses.

—¡Esa es mi chica! —chilla—. ¡Hazlo, que te salvas de la pobreza en seis jodidos meses!

Cuelgo.

Camino por el pasillo con la carpeta en la mano y el corazón desbocado.

Me repito que es solo una conversación. Que voy a decirle que acepto, y ya. Sin complicaciones.

Me detengo frente a su puerta. Dudo un segundo. Golpeo suavemente. No hay respuesta. Vuelvo a tocar, algo más fuerte.

Entonces la puerta se abre. Pero no porque él venga a abrirla. Se abre sola debido al empujón. Y él aparece al fondo, saliendo del baño. Desnudo. Con el torso aún húmedo, con gotas deslizándose por su abdomen perfecto, con una toalla colgando de su mano, el pelo mojado cayéndole algo desordenado sobre la frente, con sus ojos turquesa mirándome intensamente, esos ojos que me atrapan al instante.

Y mi cuerpo reacciona antes de que mi cerebro tenga tiempo de frenarlo.

Un latigazo me atraviesa por dentro. Me muerdo el labio, sin poder evitarlo. Siento el calor subir por mi cuello, por mi rostro, por mis piernas.

—¿Quieres algo? —pregunta, como si no estuviera tal y como está. Como si esto fuera lo más normal del mundo.

Intento concentrarme. Bajo la mirada. Me obligo a pensar en otra cosa. En la cifra del contrato. En el papel que tengo entre manos. En lo que he venido a decir.

—Acepto tu oferta —logro decir. Mi voz suena más débil de lo que me gustaría.

Él da un paso hacia mí. Sin molestarse en cubrirse. Y yo, idiota de mí, no me muevo.

—¿Sí? —pregunta, con su tono más bajo, más rasgado. Su mirada se clava en mí—. ¿Hay alguna condición?

Asiento, sin levantar los ojos. Si lo miro otra vez, pierdo el control. Lo sé.

—Una sola norma —digo.

—¿Cuál?

Da otro paso. Ya está demasiado cerca. Siento el calor que emana de su cuerpo. Huelo el aroma del gel, esa mezcla limpia y masculina que me enloquece. Me trago un suspiro.

Levanto la vista.

Y lo digo.

—Nada de sexo entre nosotros.

Se queda inmóvil.

Después da otro paso. Ya está frente a mí. Tan cerca que me falta el aire. Sus ojos turquesa se clavan en los míos y me sacude algo como una corriente eléctrica. Su cuerpo sigue desnudo. Terso, perfecto.

Su voz es grave, pausada.

—¿Eso es todo lo que quieres?

Asiento.

—¿Estás segura? —pregunta, sin apartar los ojos de mí.

Trago saliva. Me arde la garganta.

—Sí.

—¿Nada de sexo? —repite, como si necesitara confirmarlo otra vez—. ¿Aunque lo deseemos?

—Aunque lo deseemos —murmuro.

—¿Tú lo deseas, Tessa?

Maldito silencio.

Porque lo deseo.

Claro que lo deseo.

Pero bajo la mirada. Trago todo eso. Me lo trago entero, como si pudiera esconderlo.

—Sí. No. Nada de sexo entre nosotros —repito. Y no me reconozco en el tono de mi voz.

Él asiente despacio. Muy despacio.

Y me odia, lo sé. O se odia a sí mismo.

O a ambos.

Pero da media vuelta. Se aleja sin una palabra más. Y yo, con las piernas temblando, camino y salgo de la habitación, cierro la puerta tras de mí antes de que cometa el error de echarme sobre él.

Paso más de media hora en la cocina, bebiendo agua, contando baldosas, y recordándome a mí misma que he hecho lo correcto.

Que esto es un acuerdo. Que somos adultos. Que soy fuerte.

Y que no me importa que ese hombre camine desnudo por la casa como si fuera la maldita encarnación de un dios griego.

Suspiro. Vuelvo a servirme agua. La bebo como si fuera tequila. Luego, cuando ya no tengo excusas para quedarme más tiempo allí, regreso a la habitación.

La única habitación.

La *nuestra*.

La compartida.

Cuando entro, él ya está dentro de la cama con las luces apagadas, todo está en calma. Y, honestamente, eso me tranquiliza. No tener que verlo me facilita fingir que esto es normal. Me quito el vestido, y me pongo mi camiseta grande de dormir. Me recojo el pelo, suspiro otra vez y levanto suavemente la sábana para meterme en el lado que me corresponde.

Entonces lo siento. Su piel. Ese calor que emana su cuerpo, demasiado calor, y de repente, un roce de mi pierna con su pierna, y me doy cuenta de que no hay nada de tela entre ese calor y mi muslo.

—¿¡Pero qué demonios es esto!? —grito, apartándome de golpe, mirando al bulto que es Dylan bajo las sábanas, aún a oscuras.

Él se incorpora un poco, apoya un codo y me mira con esa expresión serena tan suya.

—¿A qué te refieres?

—¡Estás desnudo!

—Sí. Yo duermo así. Acostúmbrate.

Parpadeo. Dos veces.

—Te dije que nada de sexo entre nosotros.

—No pienso tener sexo contigo —dice muy tranquilo—. Estoy cumpliendo tu norma. Pero también cumplo las mías. Y una de ellas es dormir como me da la gana, como siempre he hecho.

Resoplo. Contengo las ganas de arrancarme el alma por dentro.

—Eres imposible.

—A eso también tendrás que acostumbrarte —dice, y se vuelve para colocarse de espaldas, hundiéndose en la almohada como si tal cosa.

Aprieto los dientes. Me tumbo con todo el cuidado del mundo para no rozarle, dándole la espalda. Me meto en mi esquina de la cama. Cierro los ojos. Respiro hondo.

Y no sirve de nada.

Puedo olerlo.

Puedo sentir la electricidad en el ambiente.

Puedo imaginarme su cuerpo, ahora más claramente que antes.

Y no debería.

Pero no puedo evitarlo.

No quiero, pero no puedo dejar de hacerlo.

Paso así varios minutos. Inmóvil. Quieta. Como si fingir que estoy dormida fuera una especie de hechizo de autocontrol.

Finalmente, en algún momento, el sueño me vence.

Solo que a las horas despierto sobresaltada, con una respiración que no sé de dónde ha salido.

Y una cosa pegada a mí.

Una cosa caliente.

Firme.

Larga, grande.

Y definitivamente *masculina*.

Se está clavando en la parte baja de mi espalda.

Mi cerebro tarda un par de segundos en entender qué es. Otro par en recordar dónde estoy. Otro más en asumir de *quién* es.

—¡Dylan! —susurro a medio grito, girando la cabeza.

Nada. El muy desgraciado duerme. Tranquilo. Respira despacio. Como si nada estuviera sucediendo.

Siento cómo su erección me roza, cómo su brazo está peligrosamente cerca de mi cintura.

Y yo… yo no sé si debería apartarme o quedarme exactamente donde estoy.

Mi cuerpo me grita que no me mueva.

Mi cerebro, en cambio, está pulsando todas las alarmas de evacuación.

—Maldita sea… —murmuro entre dientes—. Esto no va a ser nada fácil.

Y no. No lo será.

Porque el mayor problema no es él.

Soy yo.

Y mi maldita debilidad por los hombres que huelen a infierno y se visten de Armani. O como en este caso, no se visten.

Su erección sigue ahí. Inamovible. Como si tuviera voluntad propia. Pegada a mi trasero.

Respiro hondo y, con la voz más grave que logro reunir a las siete de la mañana y con un pene empujándome, suelto:

—¿Piensas seguir así mucho rato?

No responde.

—¡Dylan! —le grito.

—¿*Mmmmm*…?

Abre los ojos.

Está completamente despierto. Lo ha estado todo el tiempo seguramente.

—¿Eso es en serio? —le digo, girándome un poco, lo justo para mirarlo con el ceño fruncido y los labios apretados.

—¿Qué?

—¡Eso! —le señalo con un dedo acusador y luego me doy cuenta de que no *puedo* mirarlo directamente porque mi piel empieza a calentarse como si me hubieran lanzado al interior de un horno—. ¿Es tu forma de retarme?

Me observa. Muy serio. Sin una sola sonrisa. Solo esa mirada suya intensa. Penetrante.

Y, joder, por qué tiene que mirare así.

—Solo estaba durmiendo —dice con voz baja, rasposa de recién despertado—. No tengo control sobre eso.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que te aplauda?

—Preferiría que no te pusieras así. Se esfuerza mucho cuando estás cerca.

Lo miro horrorizada. No sé si reír o gritarle.

—¡Eres un imbécil!

—Y tú eres una mojigata —responde sin inmutarse, con esa calma que me saca de quicio—. ¿No puedes dormir con un hombre desnudo sin entrar en crisis?

—¿Y tú puedes dormir con una mujer al lado sin invadir su espacio personal con tu… con tu…?

—¿Mi erección matutina? —remata, con esa maldita voz profunda que hace que hasta la palabra *erección* suene elegante.

Me tapo la cara con las manos. Estoy roja. Furiosa. Y, maldita sea, excitada. Lo odio. Lo odio tanto.

—Eres un provocador.

—Y tú eres deliciosa cuando estás cabreada —responde.

—¡Dylan!

—¿Sí?

—No me hables así. No me mires así.

—¿Cómo se supone que debo mirarte?

Y antes de que pueda responderle con algún insulto brillante, se levanta de golpe, aparta la sábana… y ahí está.

Entero.

Desnudo.

Y yo, que ni siquiera he desayunado, tengo que cubrirme los ojos con las manos como una virgen escandalizada en una novela de la época victoriana.

—¡¿Podrías ponerte algo, por Dios!?

—No te hagas la puritana. Ayer estabas deseando que volviera a metértela en la ducha.

—¡Dylan!

—¿Sí?

—¡Te odio!

—Lo sé.

Va hasta el armario con toda la tranquilidad del mundo. Como si no acabara de dejarme sin aire y sin calma.

Yo sigo ahí, sentada en la cama con las manos en la cara, deseando ser inmune a su cuerpo. A sus malditos abdominales. A su espalda. A su culo perfecto.

Entonces escucho su voz de nuevo.

—Por cierto, hoy comemos con mis hermanos.

Asomo la cara por entre los dedos.

—¿¡Qué!?

—Con ellos puedes estar tranquila. Saben que todo esto es mentira.

Sale de la habitación.

Y yo…

Yo tengo que recordar cómo se respira al verlo con ese traje que le sienta tan bien.



Capítulo 13

Dylan

Los espero en la terraza acristalada del restaurante que he reservado. Mi hermano menor ya ha llegado. Sentado, con la camisa arrugada, el pelo revuelto y esa sonrisa de idiota encantador con la que siempre consigue lo que quiere. El camarero ya le ha servido una copa de vino.

—Tienes pinta de tipo divorciado a los veintidós —le digo al sentarme frente a él.

Ríe. Me ofrece una copa. No la acepto. El alcohol cuando tengo cosas importantes entre manos no es un buen aliado para mí,

—¿Dónde está tu encantadora prometida? —pregunta con una ceja alzada.

—Ahora viene, está en el aseo.

—¿Y está buena?

Lo miro. Frunzo los labios.

—Eso es irrelevante.

—O sea, que sí. Vaya, hermano. Qué peligro.

—Contrólate.

—No soy yo quien debe preocuparte —me dice.

Antes de que pueda seguir con su idiotez, escucho sus tacones. Y entonces la veo.

Tessa.

Ese vestido verde oscuro le sienta especial. Largo hasta los tobillos, pero con una abertura lateral que sube hasta donde empieza la cadera, y donde se pierde mi cordura. Su pelo suelto, sus labios apenas pintados. Natural. Perfecta. A mi modo.

El idiota de Liam se incorpora de inmediato.

—Vaya. Ahora entiendo por qué todos se van a tragar esta farsa. Cualquiera creería que estás enamorado.

Tessa sonríe. Le tiende la mano a Liam, quien se la besa.

—Un placer conocerte, futura cuñada.

—El placer es mío —responde ella, y sus ojos lo miran con esa mezcla entre curiosidad e inteligencia que siempre me desarma.

Yo me limito a levantar el vaso de agua que acaba de servirme el camarero. Es mi modo de pedirle que se siente.

A los diez minutos llega el tercero. Marcus.

Traje gris a medida. Peinado impecable. Olor caro. Mirada perversa.

—Llego tarde —dice con tono despreocupado—. Había una reunión que podía haberse resuelto en cinco minutos, pero ya sabes, gente inútil.

Y entonces la ve.

Y todo en su rostro cambia.

—Tú debes ser la joya que Dylan se guarda bajo la manga.

Ella sonríe con cortesía, pero yo veo cómo se pone tensa. No es idiota. Capta al vuelo la clase de tiburón que tiene delante.

—Tessa —responde, tendiéndole la mano.

Marcus no se la besa. Se la sostiene un segundo más de lo necesario, con esa mirada suya de depredador.

No digo nada. Aún.

Nos sentamos. Liam intenta que la conversación fluya y, como siempre, lo consigue. Tessa ríe. Le lanza bromas. Se entienden.

Marcus apenas habla. Pero la observa. Como si fuera su próximo capricho.

Y cuando Tessa se excusa para ir al baño, él lo dice.

—¿De verdad vas a dejar que esa mujer se convierta en tu esposa de mentira, piensas desaprovecharla?

Lo miro con calma.

—¿Qué estás insinuando?

—Que yo sí sabría cómo aprovechar una mujer así.

Mi mandíbula se tensa. Liam me mira con advertencia.

—Ni se te ocurra —le digo.

Marcus se encoge de hombros.

—No tienes derechos sobre ella, ¿no? Todo es un trato. Un negocio. Tú mismo lo dijiste en nuestra reunión privada. Cuatro meses, boda, ruptura… sin emociones.

—Marcus…

—Solo digo que si tú no la vas a tocar… —sonríe, repantigándose en la silla—, alguien debería hacerlo.

Y entonces la veo volver.

Y veo también cómo los ojos de Marcus se clavan en su escote, en sus piernas, en la manera en que se sienta a mi lado ajena a que tiene a un lobo al otro extremo de la mesa.

Mi puño se cierra alrededor del vaso.

Al cabo de un rato, Marcus se ofrece a enseñarle la galería privada del restaurante, donde cuelgan algunos cuadros ridículos de artistas emergentes. Tessa ha aceptado. Y eso ya me dice demasiado.

Liam está a mi lado, terminando su café.

—¿Siempre eres así de divertido cuando estás a punto de reventar por dentro? —me pregunta mi hermano.

No respondo. Solo me pongo en pie.

Camino por el pasillo como si no me importara. Como si no me afectara. Pero cada paso que doy lo siento como un zarpazo en el estómago. Porque sé cómo es Marcus. Y sé cómo reacciona una mujer cuando decide provocarme. Y Tessa hoy ha decidido provocarme.

Los encuentro frente a una pintura abstracta que no dice nada, pero Marcus la mira como si acabara de descubrir el secreto de la vida en el cuadro. Está demasiado cerca de ella. Apoyado en la pared, inclinado hacia adelante, hablando en ese tono bajo y seductor que siempre le ha funcionado.

Tessa ríe.

Esa risa que se usa cuando quiere coquetear sin parecer que lo haces.

Y entonces él le pone una mano en el brazo. Suavemente. Pero suficiente para que Marcus lo tome como una invitación.

—¿Interrumpo algo? —mi voz sale grave. Peligrosa.

Tessa gira la cabeza. Me mira. Y sonríe. Como si todo estuviera perfectamente bajo control.

—Estaba enseñándome la colección de arte de este sitio. Es bastante impresionante —dice ella, inocente, como si yo fuera un loco por pensar lo que estoy pensando.

Marcus se cruza de brazos.

—Tu prometida tiene un gusto excelente.

No respondo. Solo la miro a ella.

—¿Estás lista para irnos?

Tessa se encoge de hombros.

—¿Tan pronto?

—Tengo asuntos pendientes.

—Qué pena —dice Marcus, mirándola otra vez. Como si yo no estuviera. Como si mi paciencia no fuera algo con forma y límite.

Ella se despide con un beso en la mejilla que dura un segundo más de lo necesario.

Marcus la mira salir. Luego me mira a mí.

—Te estás metiendo en terreno peligroso —le digo.

—¿Por una mujer que no es tuya? —alza una ceja—. Vamos, Dylan. No te pongas sentimental.

No le contesto.

Porque lo que siento no tiene nada de sentimental.

En cuanto cerramos la puerta del coche, sé que la conversación viene cargada.

Tessa se abrocha el cinturón con más fuerza de la necesaria. Se cruza de piernas y me lanza una mirada de reojo.

—¿Te molesta que me lleve bien con tus hermanos?

Su tono es tan casual que duele.

Arranco el coche sin mirarla. Pero la tensión en mis manos es evidente en el volante.

—Liam no es peligroso —respondo—. Marcus sí.

—¿Peligroso? ¿En serio?

—No es una metáfora. Marcus es un cabrón encantador. Cuando atrapa a una presa no suele soltarla hasta devorarla.

Ella se ríe, una carcajada seca, casi burlona.

—¿Y tú no haces exactamente lo mismo, Dylan?

Freno en seco en un semáforo y la miro. Ahora sí.

—No. Yo solo lo hago con las presas que también quieren ser cazadas.

Tessa se queda en silencio un segundo. Me observa.

—¿Y tú crees que yo no quiero?

—No eres ese tipo de mujer.

—¿No? ¿Y qué tipo de mujer soy?

—Una que juega a no quemarse, pero no deja de acercarse al fuego.

—Interesante —susurra—. Porque tú pareces el tipo de hombre que se enciende con facilidad. Solo hay que saber dónde tocar.

—No empieces algo que no vas a terminar, Tessa.

—¿Y si quiero terminarlo?

La miro.

Santo infierno. Sus ojos están encendidos. No por deseo. Por rabia, desafiantes. Está jugando a ver hasta dónde puede empujarme. Y juro que si nos quedamos en este coche dos minutos más, no respondo por lo que haga.

—Déjalo, Tessa —gruño, girando de nuevo hacia la carretera—. No juegues con fuego si no sabes cómo apagarlo.

—¿Y tú qué harás, Dylan? ¿Vas a castigarme si me porto mal?

—No soy tu maldito niñero.

—No. Eres el tipo que finge que no siente nada cuando ve a su "falsa prometida" riéndose con otro hombre.

—Y tú eres la mujer que cree que puede bailar con el diablo sin quemarse los pies.

Se hace el silencio. Un silencio tenso.

Ella se humedece los labios. La miro de reojo y me está volviendo loco.

—¿Quieres que lo deje, Dylan?

—Sí.

—¿Y si no quiero?

—Entonces te advierto —digo, con voz baja—. La próxima vez que Marcus te mire como lo hizo hoy, puede que no sea él quien termine en mi punto de mira.

Sus pupilas se dilatan.

Y durante un segundo, solo uno, sé que le gusta esta versión mía: el hombre que se está rompiendo por dentro y no quiere admitir que ya no tiene el control.

En cuanto cruzamos el umbral de la casa siento que el aire entre nosotros ha dejado de quemar. No decimos una palabra mientras subimos las escaleras. Ella va delante, con esa forma suya de mover las caderas que juraría lo hace a propósito. Como si supiera que me está enloqueciendo.

Y lo sabe. Por supuesto que lo sabe.

Cuando entramos en la habitación, se gira hacia mí. La tensión estalla en sus ojos. Algo se ha encendido y ya no estamos fingiendo nada.

—¿Vas a seguir mirándome así toda la noche? —pregunta, con la voz más baja.

—¿Así cómo?

—Como si me desearas y te estuvieras castigando por ello.

La forma en que me lo dice me atraviesa.

No respondo. Solo camino hacia ella. Un paso. Otro. Hasta que la tengo frente a mí. Nuestras respiraciones chocan. Puedo oler su perfume, sentir el calor que emana de su piel.

—Tú no ayudas —murmuro.

Ella sonríe, ladeando la cabeza.

—¿Qué quieres que haga, Dylan? ¿Qué me encierre en el baño?

—Eso no va a solucionar nada.

—Ajá —solo dice eso.

—Tessa, no me culpes a mí si te cuesta mantener tus propias normas.

Extiende la mano y la apoya en mi pecho. No se aparta. La siento temblar pero no se detiene.

Su cuerpo se pega al mío. Siento sus pechos contra mi torso. Su respiración se ha vuelto agitada.

Y luego alza la cara. Cierra los ojos. Su boca roza la mía.

Y justo ahí, cuando está a punto de besarme, cuando mi cuerpo entero grita por hundirme en ella...

—Lo siento —murmuro, con voz áspera, clavando los ojos en los suyos—. Siempre cumplo mi parte del trato.

Ella se queda congelada.

—Está firmado —añado—. No me acostaré contigo.

Retrocedo un paso.

Su expresión está cargada de ira y algo más que no alcanzo a descifrar.

—¿Crees que esto se trata de sexo?

—No. Pero tú estabas a punto de romper tu única regla. Solo te lo he recordado.

—Me estás castigando.

—No. Me estoy controlando. Hay una diferencia.

Se da media vuelta, conteniendo la rabia. Veo como su pecho sube y baja con fuerza.

Yo también estoy al límite.

Quiero romper esa maldita regla. Quiero romperla con cada célula de mi cuerpo.

Pero no lo haré.

Porque si cedo una vez estoy perdido, y creo que ella lo sabe. Por eso no dice nada más mientras se mete bajo las sábanas.

Y yo me quedo de pie unos segundos, sintiendo el fuego consumir cada rincón de mi cuerpo.

La peor tortura no es no tocarla.

Es saber que ella también quiere.

Y que no puedo tenerla.

No sé cuánto tiempo llevo dormido cuando el sueño me atrapa con una fuerza que me impide escapar.

Estoy encima de ella. Su cuerpo debajo del mío, temblando, pidiéndome más. Sus piernas enredadas en mis caderas, y su boca

suplicándome. La oigo decir mi nombre entre gemidos. La siento apretarse contra mí con desesperación.

Es tan real que mi cuerpo reacciona solo. Me despierto de golpe, jadeando, con la piel cubierta de sudor frío y la erección más dolorosa de mi vida palpitando entre las sábanas. Miro el reloj. Aún no amanece.

No puedo más.

Paso una mano por mi bajo vientre, y cierro los ojos, intentando pensar en cualquier otra cosa. Pero ella está a centímetros. Escucho su respiración tranquila, su perfume impregnado en las sábanas y eso no ayuda.

Me acaricio con suavidad, en silencio. Solo un poco. Solo para aliviar la tensión. Solo eso.

O eso me digo.

Hasta que escucho un leve movimiento, y me asomo hacia el lado opuesto de la cama.

Ella. Está despierta. Y se está tocando.

No se ha dado cuenta de que la he visto. Su mano se desliza bajo la camiseta grande que usa para dormir. Sus muslos se contraen. Su respiración se acelera.

La visión es una puñalada directa a mi autocontrol. Y sé que si la toco ahora, si la beso, si la beso como quiero… se acabó. No hay trato. No hay límites.

Pero no puedo hacerlo.

Ella no sabe que la estoy mirando.

Me obligo a apartar las sábanas de golpe, sin mirarla, sin decir nada. Me levanto. Voy directo al baño. Y abro el agua de la ducha al máximo, en el punto más frío que puedo soportar.

Necesito pensar. Respirar. Sobrevivir a este infierno.

Cuando salgo, ella está en la misma posición. O eso aparenta. Tapada hasta el cuello, perfectamente inmóvil.

Finge estar dormida.

Y yo finjo creerlo.



Capítulo 14

Tessa

Desayuno en silencio. Él no dice nada, y yo tampoco. No mencionamos su erección, ni mi descaro, ni la ducha que escuché abrir a las seis y cuarto. Hacemos como si no hubiera pasado nada.

—Hoy estaré en la oficina todo el día —dice sin mirarme—. Regresaré para la cena.

—Perfecto —respondo con toda la serenidad que puedo fingir mientras unto mantequilla en la tostada. Como si no me importara en absoluto que vaya a dejarme todo el día sola en esta mansión con la única compañía del mayordomo y la tensión sexual.

Entonces Matthews, el mayordomo entra. Se inclina a su oído y le dice algo que no alcanzo a escuchar. Pero Dylan salta como si le hubieran puesto un petardo en la silla.

Se va sin decir nada más. Cierra la puerta tras de sí. Yo espero unos segundos, curiosa. Algo le ha molestado, eso es seguro. Me levanto y camino con sigilo hacia el recibidor, me asomo desde la esquina del pasillo, y ahí está.

Dylan, y al otro lado de la puerta entreabierta, Marcus. Sonriente, con ese pelo rubio que le cae a cada lado de su cara, sus ojos azules… Tan guapo que me da rabia.

—No seas ridículo —dice Marcus—. Solo he venido para que me dejes el Lamborghini.

—Cógelo y vete —responde Dylan con la voz tan tensa que me sorprende que las palabras salgan sin romperse.

Entonces decido jugar. Una pequeña chispa no hace daño, ¿verdad?

—¡Hola! —digo apareciendo con paso ligero—. Qué suerte que hayas venido. Me estaba diciendo tu hermano que va a estar en la oficina hasta tarde, y se me ha ocurrido que como no tengo mi coche aquí, podrías llevarme a casa de mi amiga.

Dylan me lanza una mirada cortante como una cuchilla. Se tensa. Casi puedo ver cómo se le endurecen los hombros bajo la camisa perfecta.

—Yo te dejaré donde quieras antes de ir a la oficina —dice, con tono seco.

Pero Marcus da un paso al frente. Se coloca justo entre nosotros. Literalmente.

—Encantado de llevarte a donde me pidas.

Y sonríe. Esa sonrisa. Esa que dice que él también sabe jugar.

Siento los ojos de Dylan sobre mí como una corriente eléctrica.

—No creo que sea buena idea —responde Dylan, casi escupiendo las palabras—. Marcus tiene otras prioridades cuando conduce.

—Vamos, Dylan —replica su hermano, con la voz suave y un poco burlesca—. Prometo no saltarme ningún radar. Además, estaré con tu prometida. ¿Qué podría pasar?

Me río. Una sonrisa ligera, encantadora, casi inocente. Como una flor que esconde espinas.

—Suena perfecto —digo mirando a Marcus—. Gracias por salvarme del aburrimiento absoluto.

—Cinco minutos —dice Dylan de pronto, cortando el aire con su tono—. Te espero en el coche.

Y se va. Así, como si no necesitara quedarse a ver qué pasa.

Pero yo lo he visto. Lo he sentido. Está celoso.

Y eso, me gusta más de lo que debería.

Decido ignorarlo, porque lo que quiero es irme con Marcus, asi que tardo a propósito en cambiarme y así cuando salimos de casa Marcus y yo, él ya se ha marchado solo.

Marcus conduce como si lo hiciera en una carrera. Una mano en el volante, la otra en la palanca de cambios, gafas de sol, mandíbula fuertemente apretada y esa sonrisa torcida que no sé si quiero borrar de un sopapo o besar con descaro.

—Así que Emma —dice—. ¿Es tan encantadora como tú?

—Emma es… única. Ya lo verás.

Él me lanza una mirada de reojo.

—¿Esto es una especie de trampa? ¿Quieres emparejarme?

—No, pero si tú solito caes de cara, no voy a detenerte —digo, cruzando las piernas con lentitud, justo cuando paramos en el semáforo.

Marcus baja las gafas apenas un poco y me observa. Parece divertido.

—Me estás tentando, Tessa.

—Eres tú el que se deja tentar.

El resto del trayecto transcurre entre música suave y un silencio cómodo. Cuando llegamos, me acomodo el pelo y bajo del coche con toda la dignidad que una mujer puede tener al bajarse de un Lamborghini como si lo hiciera todos los días.

La verdad es que es flipante.

Toco el timbre. Y entonces, la puerta se abre.

Emma aparece con su típica camiseta de tirantes negra y unos vaqueros ajustados que gritan pecado. Su melena oscura le roza sutilmente los hombros endulzando esa carita que es más de demonio que de angelito. Su piel brilla como siempre, dorada, tersa, perfecta. Y ese escote, bueno. No tengo forma educada de describir ese escote.

—¡Tess! —dice, abrazándome con su energía arrolladora—. Ya era hora. Y... —entorna los ojos al ver al hombre que se baja del coche detrás de mí—. ¿Y este regalo?

—Emma, él es Marcus. El hermano de Dylan.

Por un segundo, el mundo se para para ella. Marcus se ha quitado las gafas de sol. Emma lo mira. Él la mira. Y ambos parpadean, como si el universo les hubiese propinado una bofetada de lujuria directa en la cara. O en otro lugar de su cuerpo.

—Hola —dice ella, alzando una ceja y clavando sus ojos oscuros en él como una profesional.

—Hola —responde Marcus, quitándose la chaqueta como si de repente su temperatura hubiera subido diez grados.

Yo solo sonrío.

Esto va a ponerse muy interesante.

Emma nos hace pasar como si estuviéramos en nuestra propia casa. Marcus, por supuesto, entra como si ya lo fuera.

—¿Queréis algo de beber? —pregunta ella, con esa sonrisa de "ya sé lo que quiero beber yo, y lleva camisa blanca y mirada de fuego".

—Lo que tengas frío —dice Marcus, apoyándose en el marco de la puerta de la cocina con los brazos cruzados. Se le marcan los bíceps. Emma lo nota. Yo lo noto. Hasta el microondas lo nota.

—Tengo Coca-Cola —dice ella.

—Perfecto —responde Marcus—. Pero si me quieres invitar a algo más fuerte, no me ofenderé.

Emma alza una ceja sin perder la sonrisa.

—Es mediodía, Lancaster. No quiero que te duermas en mi sofá por una borrachera.

Yo suelto una carcajada desde el salón y me dejo caer en el *puff* junto a la ventana. Me encanta ver a Emma en acción. Es como una pantera afilando las garras y dejando que su presa crea que tiene el control.

Emma regresa con tres vasos llenos de hielo y Coca-Cola. Marcus se sienta a su lado en el sofá. No deja más de veinte centímetros entre ellos. Ella tampoco se mueve.

—Entonces —dice él, dando un sorbo—. ¿A qué te dedicas, además de romper cuellos con ese escote?

Emma se ríe. No se sonroja. Nunca se sonroja.

—Doy clases de fitness. Musculación, HIIT, spinning… y alguna clase privada, si el alumno lo vale.

Marcus levanta su vaso en su dirección, como brindando.

—¿Y yo lo valgo?

—Depende. ¿Eres constante, disciplinado y te gusta sudar?

—Mucho —responde él, sin apartar los ojos de los suyos—. Sobre todo si hay premio al final.

Emma se inclina un poco hacia él.

—¿Y tú qué haces, Marcus, además de lucir mandíbula y provocarme pensamientos poco decentes?

—Tengo una agencia de marketing. Me dedico a crear necesidades donde no las hay.

—Entonces contigo me iría al infierno sin darme cuenta.

—Conmigo disfrutarías el camino al infierno.

—¿Y tú no tienes novia? —pregunta Emma.

—No. Las novias son como las etiquetas: me sobran. Prefiero las experiencias.

—Cuidado, Marcus, soy alérgica a los clichés —le espeta Emma, aunque sonríe como si estuviera encantada.

—Y yo soy alérgico a las mujeres que no me retan —le dice él, ladeando la cabeza—. Así que ya estamos en paz.

Yo intervengo por fin, solo para bajarle un poco la temperatura al ambiente antes de que alguien prenda fuego al sofá donde están sentados.

—Vale, vale, ¿vais a seguir flirteando delante de mí o queréis que saque la manguera?

Emma se vuelve hacia mí, divertida.

—Lo siento, Tess. Es que es tan… entretenido.

—Yo no me quejo —dice Marcus, inclinándose hacia atrás con su vaso—. Me estoy divirtiendo mucho más que en cualquier junta de accionistas.

Emma cruza las piernas con elegancia.

—Yo también. Así que dime, Marcus… ¿cuánto tiempo piensas quedarte?

—Hasta que me eches —responde él, y se le escapa una media sonrisa peligrosa.

—Entonces espero que no tengas planes para esta noche.

Se miran. Yo doy un sorbo de mi Coca-Cola y finjo que no me estoy derritiendo del bochorno.

Esto. Se va a descontrolar.

Cuando veo que la conversación entre Emma y Marcus está alcanzando niveles peligrosamente lubricados, decido que ha llegado el momento de dejarles a solas. Lo están deseando. Y sinceramente, no necesito quedarme para ser testigo de la combustión.

Me pongo en pie, estiro los brazos con exagerada naturalidad y les lanzo una sonrisa inocente.

—Bueno… yo me voy marchando. Gracias por la Coca-Cola, Emma. Y Marcus —me giro hacia él con una ceja alzada—, ¿qué tal si me dejas el coche de tu hermano?

Él me mira como si acabara de pedírselo todo.

—¿El Lamborghini? —pregunta, estirando una pierna con desdén —. ¿Estás segura de que sabes conducirlo?

—Tan segura como de que tú no vas a usarlo hoy —respondo, echando un vistazo a cómo Emma está prácticamente recostada en el sofá, mordiéndose la sonrisa.

Marcus no dice nada al principio. Parece considerarlo. Luego mete la mano en el bolsillo con lentitud, como si aquello le doliera un poco.

Pero justo cuando está a punto de sacar las llaves, Emma se inclina hacia él, susurrándole algo que yo alcanzo a oír perfectamente:

—Venga… si tú no lo vas a usar. No creo que quieras salir de mi piso en mucho tiempo.

Y ¡zas!, eso fue todo. Marcus saca las llaves y me las tiende como si le acabaran de arrebatar el control remoto de su vida.

—No lo rayes —dice, y por primera vez parece preocupado.

—Prometo que volverá entero. De ti… ya no puedo decir lo mismo —le guiño un ojo, atrapando las llaves con una sonrisita triunfante.

Emma se ríe bajito y me lanza un beso al aire.

—Te llamo mañana, Tess.

—Disfruta, preciosa —les digo, mientras camino hacia la puerta. Pero antes de salir, no puedo evitar volverme un segundo—. Por cierto, usad protección.

Y bajo las escaleras con el sonido de sus risas a mis espaldas… y las llaves de un Lamborghini en el bolsillo. Qué maravilla de día.



Capítulo 15

Dylan

Estoy en mitad de una reunión con cinco abogados, tres inversores y una videollamada con un tipo que insiste en llamarme *Mr. Carver* cada vez que respira. No es un buen día. No lo ha sido desde que Tessa me lanzó una sonrisa encantadora e ignoró mi deseo de llevarla yo en lugar de mi hermano. Y se fue con Marcus en mi Lamborghini. Y mucho menos desde que empecé a imaginar qué clase de sonrisa tendría Marcus en ese momento.

Pero lo que verdaderamente jode mi agenda —y mi vida entera— es el golpe seco de la puerta seguido por la aparición de Claire, mi secretaria, con la cara blanca como un folio recién salido de fábrica.

—Lo siento, señor Lancaster, pero es urgente.

Levanto una ceja. Claire jamás interrumpe una reunión. Ni siquiera cuando un inversor le gritó porque su café tenía almendras en lugar de avena. Ella esperó quince minutos para decirme que el tipo era alérgico y que se estaba hinchando como un pez globo en el pasillo.

—Dime —respondo sin perder la compostura, aunque mi mandíbula ya está tensa.

—La policía ha llamado. —Traga saliva—. Han detenido a una mujer conduciendo su coche… el Lamborghini. Iba bajo los efectos del alcohol.

Todo se congela. El inversor de la videollamada sigue hablando solo. Mis abogados me miran como si esperaran que me ría. Pero no lo hago.

—¿Quién? —le pregunto en voz baja.

Claire pestañea, incómoda. Sabe lo que va a soltar.

—Se identificó como su prometida. Tessa Hamilton.

Silencio. El tipo del Zoom pregunta si me he quedado sin conexión. Yo solo me quito el reloj y lo dejo con suavidad sobre la mesa. Es mi forma de no lanzar algo contra la pared.

—Cancelad todo. Reanudadlo mañana. Claire, dile al comisario que voy de camino.

—¿Quiere que avise a su abogado?

—No. No necesito un abogado para sacar a una mujer borracha que cree que conducir mi coche a 120 kilómetros hora por una zona escolar es una buena idea.

Me pongo la chaqueta, abro la puerta y salgo. Claire me sigue con el teléfono en la oreja y esa mirada que me lanza siempre que estoy a punto de hacer algo impulsivo.

—¿Se encuentra bien, señor Lancaster?

—Perfectamente. Solo estoy repasando mentalmente las formas creativas de asesinar a alguien sin dejar huellas. Pero gracias por preguntar.

Subo al ascensor. Y mientras desciendo los veintitrés pisos de mi oficina, me preparo para ver a Tessa con los ojos vidriosos, el rímel corrido y una sonrisa de "¿He hecho algo malo?"

Dios. Esa mujer va a matarme. O voy a matarla yo primero.

La comisaría huele a café y a malas decisiones. Camino directo hacia el mostrador principal, con el ceño tan fruncido que la recepcionista ni se atreve a decir *buenas tardes*. Solo señala con el dedo, como si yo fuera un abogado de la mafia que viene a pagar la fianza de una estrella del pop caída en desgracia.

Cuando me asomo por la puerta del fondo, la veo.

Dios.

Tessa está sentada en una silla de metal, las piernas cruzadas como si estuviera en la terraza de un hotel cinco estrellas

disfrutando del día, y hablando sola, o con el aire. Su maquillaje ha decidido abandonar el barco hace rato. Lleva mi chaqueta de cuero —que seguramente encontró en mi coche— como si fuera una capa sobre sus hombros, y su pelo parece haber peleado —y perdido— contra una ventisca.

Y luego me ve.

—¡Amor mío! —exclama, con un grito que probablemente escucha toda la comisaría—. ¡Has venido a buscarme! Sabía que no podías vivir sin mí…

Se levanta. Bueno, lo intenta. Tropieza con la silla, se ríe de su propio tropiezo, y luego pone cara de misterio.

—¿Cuánto tiempo crees que te costará olvidarme, Dylan? —pregunta borracha—. ¿Una semana? ¿Una década? ¿Una eternidad?

Suspira. Y le da un trago imaginario a un vaso que no tiene en su mano.

Yo no digo nada. No me detengo. Camino directo hacia ella, la agarro con fuerza por el brazo —suavemente, pero con la fuerza exacta para que no se le ocurra otro numerito— y le espeto:

—Nos vamos.

Ella gira el rostro y me observa extraño.

—¿Ya te vas a declarar? ¿Aquí, delante de todos? ¡Oh, Dylan, sí quiero! —grita.

Yo no entiendo nada.

Un policía suelta una carcajada detrás de mí. No me giro. No puedo. Estoy demasiado ocupado recordándome que no debo estrangular a una mujer borracha, y menos en una comisaría.

La arrastro—literalmente—hasta mi coche. Abro la puerta. La meto. Ella se deja caer en el asiento, suspirando.

—Te ves tan guapo cuando estás enfadado… —susurra, con la cabeza ladeada—. ¿Estás enfadado, Dylan? Bueno, siempre lo estás…

—No —respondo, cerrando la puerta de golpe—. Estoy encantado con este momento.

Subo al coche. Arranco. Pongo dirección a casa sin decir una sola palabra. Ella tararea algo que suena a una canción de los noventa. Luego suelta un hipo.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto, Dylan? —pregunta, recostándose en el asiento como si estuviera en una góndola veneciana—. Que ni siquiera me arrepiento.

La miro de reojo. Ella sonríe.

—Lo sé —murmuro, girando hacia la autopista—. Ese es exactamente el maldito problema.

El coche se detiene frente a la casa y ella no se ha movido ni un centímetro en todo el camino.

Sigue recostada en el asiento del copiloto con la cabeza ladeada, mirando la luna como si tuviera la respuesta a todas sus preguntas existenciales. Su aliento huele a tequila.

—Tessa, hemos llegado —digo, intentando mantener la calma.

Ella gira el rostro. Me observa como si yo fuera una aparición mística.

—Dylan… —susurra, con una sonrisa perezosa—. ¿Tú sabías que tus pestañas son ilegales?

—¿Ilegales?

—Sí. Deberían multarte por tener esa cara. —Se ríe sola. Después se agarra al asiento como si el coche se estuviera hundiendo en el mar—. Me mareo, pero si me besas se me pasa.

—Eso no va a pasar.

—Qué cruel.

Abro la puerta. Doy la vuelta al coche, y después abro la suya. Ella no se mueve.

—¿Puedes caminar?

—Puedo volar si tú me das un empujón.

—Eso no responde a mi pregunta.

—¿Puedes caminar o no?

—No. Pero es poético, ¿verdad?

Resoplo. Me agacho. Y la cargo en brazos.

—¡Ay! Pero bueno, qué manos tan grandes tienes —protesta, pero al instante se acomoda en mi pecho como si fuese una maldita princesa Disney rescatada de su propia estupidez—. ¿Me vas a llevar a la cama?

—Solo para que duermas.

—¿Eso le dices a todas las mujeres que coges en brazos?

—Solo a las borrachas inconscientes que se empeñan en destruir coches prestados.

—¡No lo destruí! Solo ha sido un golpecito de nada.

—No se puede conducir borracha.

—Casi no bebí.

—Eso díselo a la policía que detectó en tu sangre más alcohol que plasma.

—Detalles…

La subo por las escaleras. Ella no para de hablar. Una mezcla de verdades y frases que probablemente no recordará mañana.

—Me gustas, ¿sabes? —susurra—. Pero no te lo voy a decir sobria… solo ebria. Muy ebria. Como ahora.

Me detengo un segundo. Sus brazos están enredados en mi cuello. Su cara está peligrosamente cerca de la mía.

Podría besarla.

Ella quiere que lo haga.

Pero no.

No así.

Entro en la habitación. La dejo con cuidado sobre la cama. Le quito los zapatos, le acomodo el pelo. Me aseguro de que respira. Ella abre un ojo.

—Dylan... —balbucea, con voz ronca—. ¿Te vas a quedar conmigo?

—Voy a dormir en el sofá, Tessa.

—¿Por qué? —Gira la cabeza, decepcionada. Luego se tapa con la sábana hasta la nariz—. Eres... un caballero maldito.

—Lo sé —susurro.

Apago la luz. Salgo. Me quedo apoyado un segundo en el marco de la puerta con los ojos cerrados, como si eso bastara para borrar esta noche.

Mañana no va a recordarlo.

Y no sé si eso me gusta.



Capítulo 16

Tessa

Me duele la cabeza como si me hubiese atropellado un tren. Y de repente se me viene a la cabeza el Lamborghini de Dylan, empotrado contra un contenedor.

Abro los ojos y la luz me apuñala.

—Dios... —gimoteo, llevándome una mano a la frente.

¿Dónde estoy? ¿Mi cama? No… no. Esta no es mi cama. Es suya. O bueno, de los dos. El cuarto donde duermo y finjo ser su prometida. ¡Prometida. Dylan!

Mi estómago se retuerce.

Intento sentarme. Malísima idea. El mundo gira con el entusiasmo de una montaña rusa sin frenos. Me dejo caer de nuevo contra las almohadas, cubriéndome los ojos con el antebrazo.

¿Qué hice anoche?

Recuerdo el bar. Las luces. Alguna canción tonta de reguetón. Las manos de alguien queriendo invitarme otro trago. Mi negativa. Otro trago de todas formas. Y después, su voz. Dylan. En la comisaría.

—Me quiero morir —murmuro.

Un par de toques suenan en la puerta. Luego, se abre sin esperar respuesta.

—Estás despierta. —Su voz es gélida.

Me descubro los ojos despacio. Dylan entra con una bandeja en las manos: café, agua, una tostada y un pequeño frasco de analgésicos.

—Gracias… —musito, sin mirarlo a los ojos—. Lo siento por lo de anoche. Sé que hice el ridículo.

—Eso es quedarse corta —responde mientras deja la bandeja sobre la mesita de noche—. ¿Recuerdas algo?

—Algunas cosas. —Tomo el café con cuidado, sin atreverme a mirarlo—. Lo de la comisaría, tu cara, y que probablemente te dije cosas horribles. ¿Lo hice?

Él no responde.

—¿Dije algo vergonzoso?

—Varias cosas.

—¿Puedes no recordármelo?

—No lo haría ni aunque me lo rogases.

Ese silencio duele más que cualquier resaca.

—Dylan, de verdad. Lo siento muchísimo. No debí beber. Ni conducir tu coche. Ni meterme en ese bar. Solo, me sentía frustrada. Desubicada.

—¿Frustrada con qué? —pregunta con la misma frialdad.

—Contigo —admito—. Conmigo. Con todo. No es fácil fingir esto. Estaba tensa. Quería, desahogarme.

—¿Y tu forma de hacerlo fue beber hasta perder el control y ponerte al volante? Cuando vea a Marcus voy a machacarlo.

—No fue culpa de tu hermano —digo rápido, al ver cómo aprieta la mandíbula—. Marcus no tuvo nada que ver. Se quedó en casa de Emma. Fui yo quien le rogó que me diese las llaves.

Él se detiene.

—¿No te llevó él al bar? ¿Tú te fuiste sola?

—Sí. Yo lo decidí. No fue él. Además ni siquiera quería darme las llaves del coche, lo hizo a regañadientes. Emma le dijo algo, y me las dio. Pero él no sabía que yo me iba directa a emborracharme.

Dylan se pasa una mano por el pelo.

—¿Estás intentando protegerlo?

—No. Estoy siendo honesta. Fui yo. Si quieres odiar a alguien, ódiame a mí.

Se gira hacia la puerta, ya sin mirarme.

—No te odio, Tessa.

—Pero tampoco me soportas ahora mismo —susurro.

Se detiene en seco. Su silueta se recorta contra la luz que entra por el pasillo.

—No —responde sin emoción—. Ahora mismo solo intento no pensar en lo mucho que me habría dolido si te hubiera pasado algo.

La puerta se cierra con suavidad.

Y entonces me doy cuenta: no está enfadado porque me emborraché. Está dolido porque se preocupa por mí.

Todavía tengo los pelos como si hubiese dormido dentro de una lavadora en marcha cuando la puerta principal se abre con un golpe seco.

—¡Dylan, cariño! ¿Dónde estás?

Mi estómago da un vuelco. No solo por la resaca.

Esa es la voz elegante de su madre..

Asomo la cabeza por el descansillo de la escalera justo cuando Dylan aparece desde su despacho, impecable como siempre. Pero entonces la veo.

Su madre va con una mujer, no. No es una mujer. Es un meteorito envuelto en Chanel.

Alta. Altísima. Piernas de anuncio, una melena rubia perfecta que le cae como una cascada sobre los hombros. Un vestido blanco ceñido que parece cosido directamente sobre su cuerpo. Y unos tacones que probablemente cuestan más que todo mi armario.

Y esos ojos.

Azules. Inmensos. Hipnóticos.

—Mamá —dice Dylan, y por primera vez en días parece nervioso.

Su madre lo abraza, la rubia permanece a su lado.

Yo abro la puerta y me decido a salir.

La mujer con el cuerpo de modelo de Victoria’s Secret me mira como si fuese un mueble de IKEA al que no le encuentra el sentido.

—Tessa, cariño —dice Camile mientras me da dos besos al aire que no llegan a tocar mi cara—. Esta es Roxanne. La mejor wedding

planner de la ciudad. Está aquí para ayudaros a preparar *la boda del año*.

Roxanne no me saluda. Sus ojos —enormes, azul hielo y sin un ápice de emoción— se clavan directamente en Dylan. Y no lo disimula ni un poquito. Lo analiza. Lo saborea. Si tuviera lengua de serpiente, ya estaría enrollada en su cuello.

—Encantada —dice finalmente, aunque no me queda claro si se refiere a mí o a él.

Yo apenas abro la boca cuando ella empieza a sacar un montón de telas, catálogos, muestras de flores, y empieza a hablar *con* Dylan. Como si él fuese el que va a llevar vestido de encaje marfil y ramo de peonías.

¿Estoy aquí? ¿Soy la novia? ¿O solo soy el perchero al que piensan colgarle todo eso?

Y entonces, sin avisar, Dylan se gira hacia mí. Me toma la barbilla con dos dedos, suave, pero firme. Me obliga a mirarlo, y luego me besa, sin apartar su mirada de la mía, y dice con esa voz grave que me derrite cada vez que se pone serio:

—Es a ella a quien debes hacer la pelota, no a mí. Limítate a hacerla feliz, ¿estamos?

Roxanne parpadea. Camile pestañea, casi ofendida. Yo… bueno, yo internamente hago una coreografía entera de celebración que incluye una voltereta, un aplauso y hasta lanzo confeti sobre mí.

—Oh, sí —murmuro en silencio para mí misma—. La ha puesto en su sitio.

Roxanne se recompone, se aclara la garganta como si eso le fuera a limpiar la mirada lasciva, y vuelve a sus catálogos. Pero ya no con tanta energía.

Camile sonríe como si no hubiera ocurrido nada. Aunque seguro que lo ha notado. Esa mujer lo nota todo. Incluso lo que aún no ha pasado.

Dylan, con la calma calculada que le sale cuando quiere hacerse el diplomático (pero con ese brillo en los ojos que yo ya empiezo a identificar como *puro fastidio*), cierra la tapa de uno de los libros de vestidos y dice:

—Apreciamos mucho vuestro entusiasmo, de verdad —empieza, con una media sonrisa con la que no engaña a nadie—. Pero Tessa necesita descansar. Ha sido una semana larga. Propongo que lo dejemos aquí por hoy y que volvamos a reunirnos dentro de dos días. ¿Qué tal el jueves por la mañana?

Camile abre la boca para protestar, pero Dylan ya está de pie. Se ha levantado. Y eso siempre impone.

—Perfecto —dice ella al final, aunque su tono suena como si en vez de una boda fuera a planear un funeral.

Roxanne no dice nada. Solo asiente, como si tuviera un pepinillo atascado en la garganta.

Cuando ambas desaparecen por la puerta, respiro. Me desplomo sobre el sofá como si me hubieran quitado un corsé del cuerpo. Dylan me lanza una mirada de reojo. Pero no dice nada.

Y yo… bueno, yo me digo a mí misma que si no me doy una ducha caliente y larga, voy a explotar. Después de lo de anoche, de la resaca, de la conversación de la mañana, de ver a una mujer con piernas eternas intentar comerse a mi prometido falso con los ojos, necesito agua. Necesito jabón. Y necesito no pensar en el hecho de que Dylan me ha defendido delante de ellas. Con seriedad. Con ese toque suyo de autoridad sexy que, en fin…

Suspirando, me dirijo al baño.

Y mientras me quito la ropa, sonrío como una tonta.

Porque quizá esta boda falsa no está tan mal como pensaba.

El agua cae sobre mi piel como si intentara arrancarme los recuerdos de anoche a presión. Ojalá lo lograra. Pero lo cierto es que cuanto más caliente está el agua, más arde la memoria.

Cierro los ojos y me apoyo contra los azulejos.

No debería haberme bebido medio bar. No debería haberle dicho esas cosas que recuerdo ligeramente y de las que me avergüenzo cuando me cogió en brazos.

Sus brazos eran firmes, su olor… inconfundible. Y esa mirada suya que no bajó ni un centímetro de más, aunque yo estaba medio desnudándome sola entre torpezas.

Me muerdo el labio. Porque en la confusión de la resaca, hay un momento en el que todo se mezcla. La realidad y la ficción, lo ocurrido con lo que deseo que ocurra.

Mi cuerpo sobre el suyo. Su respiración agitada. Su pecho desnudo.

El sueño. Un maldito sueño.

Pero yo lo sentí tocándose. Lo imaginé mordiéndose el labio con fuerza, resistiéndose a mí, incluso dormido.

La humedad no tiene que ver ya con el vapor. Es otra. Es interna. Es mía.

Y entonces —¡pum, pum, pum!— los golpes en la puerta me sobresaltan.

—¡Tessa! —La voz de Dylan molesta me interrumpe—. Tu hermano se ha enterado.

¿Qué?

—¿Qué? ¿Mi hermano? —repito como una idiota, aún envuelta en la toalla, con gotas de agua resbalando por mis piernas.

—Sí —responde Dylan desde el otro lado de la puerta, con esa voz que mezcla molestia y sarcasmo a la vez—. Él se ha enterado de que su hermanita se va a casar conmigo… y no parece estar celebrándolo con champán precisamente.

Me quedo paralizada.

Mi hermano. El mismo que puede oler una mentira desde kilómetros de distancia. Que le rompería la cara a Dylan por mirarme con un poco de deseo… y que va a entrar por esa puerta en menos de diez minutos.

—¡Mierda! —corro al vestidor envuelta en la toalla, resbalando con los pies mojados sobre la madera—. ¿Por qué no me dijiste nada antes?

—Me acaban de avisar hace dos minutos, Tessa —responde él, entrando en la habitación. Me mira un segundo. Sus ojos bajan instintivamente por mi cuerpo mojado y cubierto apenas por la toalla. Pero enseguida se da la vuelta—. Vístete.

—Necesitamos que él nos crea.

—Pues ya te aviso que no va a ser fácil.

—Lo sé —susurra.

Me visto a toda prisa mientras él se mantiene de espaldas, serio como una estatua de mármol

—¿Y qué hacemos?

Él se gira lentamente. Me observa. El vestido aún se me pega un poco al cuerpo, tengo la piel húmeda. Mis mejillas están coloradas. No sé si por la ducha, la carrera o por cómo me mira.

—Haremos lo que mejor se nos da —dice él al fin—. Fingir.

Trago saliva. Asiento. Y justo cuando me dispongo a secarme el cabello con una toalla, el timbre de la puerta suena.

—Está entrando.

—¡Genial! —exclamo con ironía.

Dylan camina delante de mí. Me desvío un segundo al aseo para ponerme algo de perfume cuando escucho la puerta principal abrirse de golpe. Y ni un segundo después, un estruendo. Como si algo pesado —o alguien— hubiera golpeado contra la pared.

—¡¿Pero tú quién te crees que eres, malnacido?! —grita la voz de mi hermano, rota de furia.

Salgo corriendo del pasillo, con el pelo aún húmedo y descalza, y lo que veo me hiela la sangre.

Dylan está en el suelo, llevándose la mano a la mandíbula. Mi hermano lo acaba de golpear. Lo ha tirado. Lo ha derribado sin dudarlo ni un segundo.

—¡¿Te has acostado con ella, verdad?! —escupe—. ¡Eres un cerdo! ¡¿Qué pasa, la has dejado preñada?! ¿Por eso te casas? ¿Porque no te quedaba otra?

—¡Pero qué demonios…! —digo, avanzando con el corazón a mil —. ¿Estás loco?

—¿Yo? —me lanza una mirada tan incrédula que me duele—. ¿Acaso me vas a decir que no ha pasado nada? ¿Que esto es un cuento de hadas, que os habéis enamorado entre las puñeteras flores del jardín? ¿Cuánto hace que te follas a mi hermana, Dylan?

—¡Vale, ya! —grito, colocando mi cuerpo entre los dos—. ¿No me puedo casar con alguien sin que antes me haya hecho un bombo?, ¿o qué? ¡Eres un estúpido!

Mis palabras lo dejan en shock por un segundo.

—Nos casamos porque nos queremos —digo. Y aunque lo digo con voz firme, siento cómo el corazón se me encoge un poco al pronunciar la frase que sale de mis labios.

Mi hermano suelta una carcajada dura, irónica, cruel.

—¿Os queréis? —repite, con una sonrisa torcida—. ¿De verdad te crees eso, Tessa? Debes de estar más loca de lo que pensaba si crees que este tipo siente algo por ti.

Me tiembla el estómago.

—Jamás ha sentido nada por una tía —escupe—. Bueno, sí. Poder. Eso es lo único que le pone. Saber que puede follarse a la que quiera y después a otra, y otra, y otra…

Se gira hacia Dylan, que sigue en el suelo, ahora incorporándose despacio, frotándose la mandíbula con expresión de dolor.

Mi hermano da un paso más.

Y yo me lanzo delante de él.

—¡No! —lo empujo hacia atrás—. ¡Basta ya!

—Apártate, Tessa. Esto no ha terminado.

—¡Claro que sí ha terminado! —le grito, sintiendo que los ojos se me llenan de lágrimas, de rabia, de humillación—. ¡No tienes derecho! ¡Ni un poco solo! No puedes venir a juzgar, no puedes decidir por mí, y mucho menos puedes venir aquí repartiendo puñetazos como si esto fuera una pelea de bar.

—¿Y tú sí tenías derecho a esconderme esto? ¿A liarte con él detrás de mis narices? ¿Con mi mejor amigo?

—¡No te escondimos nada porque no había nada que contar! —respondo, con la voz al borde del quiebro—. ¡Hasta hace poco… ni siquiera lo sabíamos nosotros!

Silencio. Solo su respiración agitada. Solo el zumbido denso del momento es lo que se escucha.

Miro a Dylan. Su expresión es dura, pero sus ojos buscan los míos. No me dice nada.

Miro a mi hermano. Siento que me mira por fin como a una mujer adulta… pero no le gusta lo que ve.

—Lo amo —digo.

Y el mundo entero parece detenerse para escuchar.

Mi hermano no dice nada. Solo me mira. Y yo siento que cada célula de mi cuerpo tiembla.

Pero antes de que pueda añadir nada más, Dylan da un paso hacia mí, y su mano —la que no está frotándose la mandíbula— se posa en mi cintura.

—Y yo a ella —dice, mirándome, sin apartar los ojos de mí—. Me enamoré sin quererlo. Sin buscarlo. Me di cuenta cuando ya era demasiado tarde. Cuando ya no quería imaginar una vida sin ella.

Mi corazón da un vuelco.

¿Eso es… real?

¿Está diciendo eso en serio o solo porque quiere salvar el pellejo? ¿Porque mi hermano está delante y necesita convencerlo de que esto tiene sentido?

Lo dice tan firme, tan directo, que por un momento deseo creerlo. Pero no puedo. Mi propia inseguridad, mis dudas, y todo lo que Dylan es me lo impiden.

Mi hermano bufa. Mira a uno. Luego al otro. Se ríe.

—No me creo nada de esto.

Y se gira.

Ni una palabra más. Ni una amenaza. Solo un portazo que sacude las paredes y me sacude a mí por dentro.

Me quedo quieta. El silencio cae como una losa sobre mi cuerpo. Dylan aún me sostiene por la cintura. Yo aún tengo los labios entreabiertos, como si no pudiera decidir si quiero besarlo o gritarle.

Porque si todo eso que ha dicho ha sido solo teatro, entonces me acabo de dar cuenta de que puede romperme el corazón de una forma muy distinta.

Y mucho más cruel.

—Voy por hielo —digo en voz baja.

Él no responde, solo asiente con un movimiento de cabeza, mientras yo me doy la vuelta y camino hacia la cocina como una autómata. Cada paso me pesa como si tuviera plomo en los pies.

Abro el congelador y meto la mano entre las bandejas, buscando una de esas bolsas de guisantes congelados que nunca se comen, pero que siempre están ahí para socorrer hematomas. La envuelvo en un trapo y regreso.

Dylan sigue de pie, observando el suelo como si ahí pudiera encontrar una solución a todo este desastre. Me acerco despacio, sin saber muy bien por qué me tiembla la mano.

—Toma —le digo, tendiéndole la bolsa de hielo.

Cuando va a cogerla, nuestras manos se rozan.

El contacto es breve, accidental, pero es como una descarga eléctrica. Un escalofrío me recorre la espalda, y por la forma en la que él también se tensa, sé que lo ha sentido igual.

Nuestros ojos se encuentran. Solo un segundo. Un segundo en el que todo lo no dicho se amontona en ese silencio. Y después, con una torpeza dolorosa, apartamos la mirada al mismo tiempo.

Él se lleva el hielo a la mandíbula, como si fuera lo único que importa ahora. Como si no acabara de decir que me ama.

—Tessa —me llama entonces, y su voz es más baja.

Me giro con lentitud, y veo que él me está mirando, esta vez parece diferente.

—Lo que he dicho antes...

El teléfono suena.

Una vibración estridente en la encimera que corta el momento en dos.

Parpadeo, aturdida, y al ver el nombre Emma en la pantalla, levanto la vista hacia Dylan.

Él suspira y baja el hielo.

Asiente.

—Cógelo —dice, con una seriedad inesperada.

Cojo el móvil. Aún lo miro cuando respondo.

—¿Emma?

La risa al otro lado es tan sonora que tengo que separar el auricular.

—¡Dios mío, Tessa! ¡No sabes lo que pasó anoche con Marcus! Te juro que este tío es una bomba de relojería con sonrisa de demonio. Tengo que contártelo TODO.

Parpadeo. El contraste con lo que acabo de vivir es tan brutal que siento mareos.

Y mientras Emma parlotea emocionada, yo me obligo a salir del lugar que comparto con Dylan.



Capítulo 17

Dylan

La casa está en silencio.

Tessa sigue en la otra habitación, hablando por teléfono con Emma, y yo me he quedado solo en el salón, con la mandíbula palpitando bajo la bolsa de guisantes congelados y una sensación incómoda en el pecho. No por el golpe. Eso es lo de menos. Lo que me retuerce las tripas es esa mirada que Ethan me ha lanzado antes de marcharse.

Como si no me conociera.

Como si jamás me hubiera conocido.

Llevo toda la vida con él. Desde los siete años. Compartimos veranos, castigos, nuestras primeras borracheras, los partidos del domingo. He visto cómo le rompían el corazón, cómo lo curaban, cómo se partía la cara por los que quería. Y ahora me odia.

Y no le culpo.

No le avisé. No le pedí permiso. No le expliqué nada.

Lo peor no es que me haya pegado, lo peor es que tiene razón en muchas cosas. En demasiadas.

Me levanto.

No me lo pienso demasiado. Me quito la bolsa de la cara, me echo agua fría sobre la nuca y cojo las llaves de mi coche. Sé exactamente dónde encontrarlo.

Siempre vamos al mismo sitio cuando el mundo se desmorona. Un antro olvidado por Dios, con luces de neón parpadeantes, cerveza barata y olor a humanidad rancio. Lo llaman bar, pero en realidad es una cueva. El lugar perfecto para esconder la furia, o curarla.

Aparco sin pensar. Bajo del coche. Entro.

Está allí.

De espaldas, encorvado sobre la barra. Tiene un vaso medio lleno delante y los nudillos enrojecidos. Lo reconozco incluso en la penumbra. Reconozco su silueta. Su respiración.

—Vengo en son de paz —digo, levantando las manos mientras me acerco—. No voy a justificarme. Solo, necesito que me escuches. Quiero contarte la verdad.

No se gira. No dice nada.

Pero no se va.

Y eso es suficiente para que me siente a su lado y empiece a hablar.

Después de eso, el tiempo parece detenerse a mi favor.

No se oye música, rara es la vez que han puesto algo parecido a música en este lugar. Ni risas. Solo el murmullo apagado del local y nuestras voces, en voz baja.

Horas después, salimos juntos.

Él me empuja con el hombro, como solía hacer cuando éramos críos. Yo sonrío, algo tenso, pero ya no con ese dolor clavado en el pecho. Aún hay un camino por delante, pero al menos, al menos no me ha dado la espalda.

Y antes de despedirnos en la puerta del bar, me dice:

—Estás jodidamente loco.

—Sí.

—Y si la haces llorar…

—No lo haré.

—Si la haces llorar, Dylan…

—Lo sé.

Se hace el silencio, pero esta vez es cómodo. Familiar.

Después de un rato habla.

—Es mi hermana, y siento decirte que está por encima de ti, si le haces daño no podrás esconderte, Lancaster.

Y después de eso me abraza.



Capítulo 18

Tessa

Dylan se marchó cuando yo hablaba por teléfono y ahora que ha vuelto, le oigo decir que ha ido a buscar a mi hermano.
Me incorporo en el sofá como si algo acabara de pincharme.

—¿A Ethan? —pregunto, todavía con el móvil en la mano.

—Sí. Ya está todo solucionado.

Parpadeo.

—¿Le has dicho la verdad?

Dylan no responde de inmediato. Solo se encoge de hombros, con ese aire tranquilo que siempre me pone de los nervios.

—No tienes nada de lo que preocuparte. —Camina hacia la nevera como si no acabara de decirme algo importante—. Y ahora, creo que deberíamos centrarnos de nuevo en seguir con esta fantástica mentira que hemos montado. De hecho… deberías elegir el viaje de novios. La luna de miel se supone que la decides tú, ¿no?

Luna de miel.

Luna. De. Miel.

Me atraganto con mi propia saliva.

¿No tengo suficiente con soportar sus camisetas ajustadas en casa, sus suspiros a medio metro de mi almohada, sus duchas eternas con el agua corriendo mientras yo intento no imaginarme cosas indecentes?

Y ahora… ¿luna de miel?

—Un lugar donde haga frío —digo, con voz seria, como si estuviera resolviendo un asunto de Estado.

Dylan me mira desde la cocina, con una ceja arqueada.

—¿Frío?

—Mucho. Ártico. Siberia si puede ser. Se me acaba de ocurrir Laponia. Dicen que es bonita.

Él deja el vaso sobre la encimera. Me observa. Como si intentara descifrar en qué parte del Caribe queda Laponia.

—¿Laponia?

—Sí. Tiene auroras boreales, renos y… ropa térmica. *Muuucha* ropa térmica. —Hago un gesto circular, señalando mi cuerpo como si necesitara una barrera anti-Dylan—. ¿Te parece bien?

Me estudia en silencio, cruza los brazos, como si se debatiera entre preguntarme si estoy bien o darme una manta.

—Claro. Nada dice "pasión y romanticismo" como un viaje al Polo Norte —dice al fin, con una media sonrisa que francamente no me la creo nada.

—Lo decía en serio —respondo, intentando no parecer una histérica—. Es un sitio precioso. Y así no morimos de calor.

Él asiente despacio, con un brillo extraño en los ojos.

—Está bien. Laponia será. Renos, hielo y tú con diez capas de ropa. No suena tan mal.

Me encojo de hombros, fingiendo indiferencia.

Lo que no digo es que, si vamos a seguir con esta pantomima, necesito desesperadamente mantener las distancias. Y no hay nada más seguro que un viaje donde el atractivo físico de mi… *falso prometido* quede enterrado bajo dos metros de nieve y una chaqueta acolchada talla esquimal.

Aunque claro, con mi suerte, seguro que hasta en un iglú consigue parecer sexy.

—Pues, ya está decidido —digo tranquila.

—Pues ahora reunamos a toda la familia en una comida —dice él. Se empeña en poner a prueba mi corazón.

—¿Por qué? —pregunto.

—Es lo que hacen las familias, comer y cenar juntos para demostrar los felices que son, además mi hermano pequeño me lo ha sugerido para que mis padres lo vean todo más real.

—Está bien, pues yo me encargo de que lo vean real.

Dylan me mira, y yo solo le pido que los invite a comer mañana, esta vez en la mansión.

Levanta una ceja pero no pregunta, solo asiente.



Capítulo 19

Tessa

—¿Estás segura de esto? —me pregunta Dylan, mientras revuelve una olla sin estar muy convencido de lo que hace.

—Totalmente segura. No hay nada más romántico que una comida casera con toda la familia. Demuestra compromiso, entrega, y que estoy dispuesta a freír aceite por ti. Literalmente.

—¿Y no habría sido mejor contratar un catering?

—No. Tú calla y corta cebolla.

La idea se me ocurrió ayer, justo después de decidir lo de la luna de miel ártica. Si vamos a mantener esta mentira a flote, necesitamos testigos emocionados, suegras suspirando, hermanos celosos y sobremesas interminables con postre y café. ¿Y qué mejor forma de fingir que somos la pareja perfecta que metiéndolos a todos en nuestra cocina?

A las dos de la tarde, la casa huele a comida. Y a desastre, según Dylan.

He colocado flores, servilletas de tela, cubiertos básicos, aunque él se empeñe en que debería de haber algunos más.

Estoy tan nerviosa que me he cambiado tres veces de ropa.

—Relájate —dice Dylan desde el pasillo, ya en modo anfitrión elegante—. Pareces una candidata a Master Chef con cruce de novia desesperada.

—Gracias. ¿Te has puesto mil litros de perfume?

—¿Y si lo he hecho?

—Solo es que lo he notado.

Sí, mi olfato hace que todo mi cuerpo se despiste cuando huelo a Dylan Lancaster cerca, y ahora también huelo a problemas. Porque tengo miedo de no poder permanecer lejos de su cuello oliendo de esa manera.

Cuando los timbres y las voces llegan, lo siguiente que pasa es una explosión de gente entrando, besos al aire, botellas de vino del padre, y los hermanos de Dylan peleando por decidir quién se sienta junto a quién.

Nos sentamos todos. Yo frente a Dylan. Perfectamente colocados.

Y entonces, me da por jugar.

No sé por qué lo hago. Quizá por los nervios. Quizá por la estupidez. O por ese perfume que se le ha ocurrido echarse, que me descompone por dentro.

Deslizo el pie, suave, bajo la mesa. Hasta chocar contra su pierna.

Nada. No obtengo ni una mínima mirada por su parte, es un hombre de hielo.

Subo un poco más. Rozo su tobillo. Siento cómo se tensa. Y sonrío.

Subo un poco más.

Y entonces, él se atraganta con un pequeño sorbo de vino.

—¿Todo bien, cariño? —pregunta su madre, con esa voz dulce que esconde la mirada de rayos X.

—Perfecto —dice Dylan, con una sonrisa helada y los ojos clavados en mí como si pudiera atravesarme—. Todo está… delicioso.

Mis mejillas arden. Pero no retiro el pie.

De hecho, hago lo contrario. Me deslizo con más descaro.

Hasta que él, sin mirarme, me atrapa el tobillo entre sus piernas y lo deja inmóvil. Me tiene atrapada. Literalmente.

Intento disimular mientras los padres hablan del número de invitados a la boda, los hermanos hacen chistes, y yo no puedo ni

masticar porque tengo el pie secuestrado por un hombre que finge ser mi prometido pero está a punto de declararme la guerra subterránea.

—¿Tessa? —dice su madre con una sonrisa dulce—. ¿Y ya has elegido el vestido?

—¿Qué?

—El vestido de novia, cariño.

Dylan se aclara la garganta, sin soltar mi tobillo. Yo trago saliva.

—Sí… algo tengo pensado. Muy blanco. Muy tapado. —Mi boca comienza a hablar por los nervios de pensar si voy a tener que pedirle que me devuelva el pie, y eso daría a la pregunta: ¿qué hace tu pie en ese lugar? Asi es que de repente suelto una absurdez—. Como Laponia.

Todos se quedan mirándome.

—¿Laponia? —repite uno de los hermanos.

—La luna de miel —dice Dylan, sin moverse ni un centímetro—. Quiere frío. Mucho frío.

—Y pingüinos —añado, por decir algo.

Hay un silencio sepulcral. Después, todos asienten como si hubiéramos dicho algo interesante.

Y mientras tanto, seguimos ahí, bajo la mesa, en plena guerra de piernas. Hasta que por fin me suelta el pie.

La casa está en silencio por primera vez en horas. Los platos vacíos apilados en la cocina, las copas con restos de vino sobre la mesa. El mantel arrugado. El perfume de su madre ha bajado por fin unas cuantas notas florales y ahora puedo respirar más cómodamente.

Estamos los dos de pie, en la cocina, recogiendo todo lo que quedó del festín, sin decir ni una palabra. Los demás todavía siguen en el salón.

Siento su presencia detrás de mí mientras meto los cubiertos en el lavavajillas. La tensión se acumula en la nuca. Y no es el calor del horno. Es él. Él que no deja de mirar. Él que no ha soltado mi tobillo en gran parte de la comida. Él, que parece mentira y al mismo tiempo parece tan real...

—¿Tú crees que tu madre ha notado algo? —pregunto, sin darme la vuelta.

—Sí —responde él, dejando los platos sobre la encimera—. Que no sé cómo he conseguido a alguien como tú. Lo ha pensado durante toda la comida. Lo he visto en sus ojos.

Me giro. Su mirada está fija en mí.

—No sé si me estás halagando.

—Eso pretendía.

Lo odio. Lo odio cuando se me acerca así. Lo odio cuando me mira como si supiera lo que estoy pensando antes que yo. Como si pudiera leerme la piel.

Nos quedamos a menos de un paso. Él apoya una mano en el borde de la encimera, demasiado cerca de mi cadera. Yo sostengo una copa vacía como si pudiera protegerme con ella.

—No vuelvas a hacer lo de los piececitos en una comida familiar —murmura.

—¿Por qué? ¿Te he puesto nervioso?

—Mucho.

Trago saliva.

Antes de que pueda soltar otra tontería, escuchamos risas en el salón. Nos separamos como si nos hubieran descubierto robando.

Desde el comedor se escucha a sus padres susurrando.

—Míralos. Nunca pensé que Dylan... —dice su madre, con esa voz emocionada—. Está tan diferente, ¿verdad?

—Más tranquilo. Más feliz —responde el padre.

Y me dan ganas de llorar. Porque todo esto es mentira. Porque no debería doler tanto hacer creer que me quieren.

Volvemos a la mesa para el postre. La conversación deriva en cosas triviales hasta que, como si alguien lanzara un petardo en mitad de una iglesia, Marcus habla.

—Bueno, yo también tengo algo que decir —dice, con su sonrisa ladeada que ya me temo que es un gesto suyo natural, esa que te desarma—. Anoche conocí a alguien.

Se instala el silencio.

—¿Alguien especial? —pregunta el hermano pequeño, con una ceja en alto.

—¿O alguien que está especial? —remata, provocando carcajadas.

Marcus no responde enseguida. Me mira. Directo. Con esa mirada que me dice: "Tú sabes de quién hablo".

—Es una chica genial —dice al fin—. Guapa, divertida, un poco loca. Me gusta.

—Espero que te portes bien con ella —suelto yo, sin poder evitarlo—. Es una buena chica.

—¿La conoces? —pregunta la madre, girándose hacia mí con interés.

Marcus sonríe como un niño que ha ganado una partida sin mover un dedo.

—Claro que la conoce. Es su amiga. Me la presentó ella.

Y ahí estalla la bomba.

Todos se giran hacia mí. Las cejas de Dylan suben. El padre frunce el ceño. Y yo intento parecer tranquila mientras me bebo el agua de un solo trago como si fuera vodka.

Emma. Mi Emma. Con Marcus.

Y ahora toda la familia lo sabe.

Perfecto. Y yo solo espero que no me interroguen con preguntas sobre Emma porque entonces no sabré qué decirles, porque ella es, ¿cómo decirlo? Diferente.

El tenedor de Marcus tintinea al chocar contra el plato vacío. Todos lo miran. Él se pasa la servilleta por los labios con tranquilidad.

—A ver —dice Dylan, con la voz serena—. Se acaban de conocer. Eso todavía no tiene consistencia. Deberíais esperar unos meses, al menos.

—¿Como tú? —replica Marcus, y el ambiente se tensa de golpe—. ¿Cuánto hace que conoces a Tessa, hermanito?

Me quedo helada. Todos giran la cabeza hacia Dylan, como si fueran fichas de dominó empujadas por la sorpresa.

Él deja la copa de vino sobre la mesa con suavidad y me mira. Pero no como si estuviera buscando una mentira que decir. Me mira como si todo lo que va a soltar fuese verdad. Toda. Sin excepción.

—Casi toda mi vida —dice—. La conocí cuando todavía no sabía montar en bici. Cuando cargaba con mochilas a la espalda más grandes que ella. Cuando se pasaba horas encerrada en su habitación estudiando porque quería demostrarle al mundo que podía con todo. Estuve cerca de ella en sus primeras salidas nocturnas. Cuando salía con chicos que no gustaban y se pintaba los labios de colores que nadie se atrevía a ponerse...

Hace una pausa. Y toda la mesa está en silencio.

—Y no quiero aburrir con mi historia. Solo digo... —se inclina un poco hacia adelante, y su voz se vuelve más baja— que para decir que algo va en serio, debes estar seguro de querer ir en serio.

Trago saliva.

¿Qué ha sido esto?

Y entonces lo escucho. Un suspiro. El suspiro.

La madre de Dylan. Está justo frente a mí. Tiene las manos entrelazadas sobre el regazo y la mirada que anuncia que pueden caer lágrimas por sus ojos. Como si acabara de ver algo que no se esperaba. Como si hubiera entendido algo que el resto aún no hemos procesado.

Algo dentro de mí se encoge.

—¿Todo bien? —pregunto, intentando sonar amable.

Ella sonríe, muy leve.

—Sí. Solo... estoy feliz. Por vosotros.

Y no sé qué responder.

Porque no sé si esto es real o si, de repente, me estoy volviendo completamente loca.

Los últimos restos del postre todavía están sobre la mesa cuando los Lancaster empiezan a ponerse en pie, despidiéndose entre risas y abrazos. La comida ha sido un éxito. Mi estómago sigue hecho un nudo.

Camille se acerca con paso elegante, sujetando su bolso de mano contra el pecho. Lleva ese tipo de vestido caro que parece cosido con susurros de París. Me sonríe con esa expresión suya tan enigmática, como si supiera más de lo que dice.

—Querida —dice suavemente, deteniéndose frente a mí—. Ha sido una velada deliciosa. No solo por la comida.

Me quedo inmóvil. Solo atino a sonreír.

—Gracias, señora Lancaster.

—Camille, por favor —corrige ella, y luego baja un poco la voz—. Eres mucho más que la prometida de mi hijo. Me atrevo a decir que eres lo mejor que le ha pasado en su vida.

Trago saliva. ¿Está hablando en serio o solo lo dice para parecer maravillosa? Me abraza de pronto. Un abrazo cálido, protector, muy lejos de esa mujer fría y sofisticada que ha aparentado en otras ocasiones.

—Espero que esto sea solo el principio —me dice al oído—. Lo merecéis.

Me quedo congelada cuando me suelta. Dylan se acerca entonces y su madre le acaricia la mejilla con una ternura que no esperaba.

—Y tú, muchacho, cuídala. De verdad.

Dylan asiente con una sonrisa tenue.

—Siempre, mamá.

La palabra me taladra el pecho. Camille nos mira a los dos, aprieta los labios como para contener la emoción y finalmente se despide con un beso en mi mejilla.

—Adiós, Tessa.

La veo marcharse como si acabara de pasar una tormenta. Me quedo en la puerta un rato. Dylan cierra y me mira.

—¿Estás bien?

—¿No lo parecía?

Él sonríe de lado y comienza a recoger las copas. Yo lo sigo en silencio, con esa sensación extraña de que acabo de pasar una prueba que no sabía que existía.

La casa parece más grande ahora que estamos solos. La ausencia de las risas de los Lancaster se notan demasiado, y ahora solo queda ese olor a vino tinto y a tarta de manzana.

Estoy colocando los platos en la encimera cuando él aparece detrás de mí. Se apoya en la isla de la cocina con los brazos

cruzados. Tiene esa expresión que usa cuando está a punto de decir algo que no va a gustarme, creo que lo voy conociendo ya un poco.

—Supongo que ahora toca hacer lo mismo con tu familia.

Me detengo en seco, con la fuente de la lasaña todavía entre las manos.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Una comida —dice con absoluta tranquilidad—. Algo parecido a lo de hoy. Tus padres. Tu hermano. Todo el pack.

Suelto un bufido.

—Ni lo sueñes.

—¿Por qué no?

Me giro hacia él.

—Porque no pienso montar un espectáculo delante de mi madre. Ni mucho menos invitar a mi familia a una farsa como esta. Ya ha sido suficiente.

Él ladea la cabeza.

—Tessa, nos vamos a casar. ¿Qué pretendes? ¿Darles la invitación el día de antes? Creo que eso es incluso peor.

No me gusta que tenga razón. Y lo peor es que lo sabe.

—No puedo mentirles así —digo, más bajo ahora.

—¿Y qué parte de esta mentira es más fácil? ¿La parte en la que compartimos cama? ¿La parte en la que cenamos con nuestras familias? ¿La boda? ¿la luna de miel?

—Voy a ver a mi madre —digo al fin, apretando los dientes—. Pero sin teatro. Le contaré lo que necesite saber y ya está. No le diré que es una mentira, pero no hace falta que sueltes discursos de amor falso para convencerla a ella. Lo que has hecho con tu madre no me ha parecido de ser un buen hijo.

—Perfecto —dice él, alzando las manos como si no quisiera pelear más—. Me parece justo.



Capítulo 20

Tessa

Me cuesta más de lo que debería llegar a la puerta de mi casa. He rehecho este discurso mental al menos seis veces en el trayecto. Y ninguna versión suena bien.

Mi madre me abre con su eterna bata de estar por casa, el moño alto y una sonrisa que me hace querer contarlo todo… y callármelo todo a la vez.

—¿Qué haces por aquí, cariño?

—¿Puedo pasar?

Una taza de té después, sigo sin haber dicho nada.

—¿Te ha pasado algo? —pregunta de repente, como si pudiera leerme la mente.

Y entonces lo suelto. Sin anestesia.

—Nos vamos a casar.

Se le cae la cucharilla dentro de la taza.

—¿Qué?

—Dylan y yo —repito, sin aire—. Vamos a casarnos.

Ella me mira con los ojos muy abiertos. Y luego se ríe. ¡Se ríe!

—¡Ya sabía yo que ese chico te miraba con otros ojos! —dice, levantándose para abrazarme como si acabara de anunciarle que voy a tener trillizos—. Siempre lo supe.

—Mamá, no… no es tan sencillo.

—Cariño, el amor nunca lo es.

Me quedo quieta. Porque no tiene ni idea.

Porque si supiera que esto es un pacto, una mentira, no opinaría lo mismo.

—Dijo que quiere conocer a papá —añado con torpeza—. Que quiere invitaros a cenar. Que lo lógico es eso.

—Perfecto —responde ella, como si eso cerrara todos los debates del mundo—. Pero primero, que venga él. Quiero cocinar para ese chico con mis propias manos. Y quiero verle la cara cuando pruebe mi carne al vino.

Suspiro.

Estoy condenada.



Capítulo 21

Dylan

Lo que más me sorprende de la madre de Tessa es su entusiasmo. Nos abre la puerta como si fuéramos estrellas de cine llegando a la alfombra roja. Tiene las mejillas coloradas y un delantal lleno de manchas, pero los ojos le brillan con algo que yo diría que es ilusión y ternura que me desarma por completo.

—¡Bienvenido a nuestra casa, Dylan! —dice, sujetándome de las manos como si fuera su hijo desde siempre—. ¡Por fin alguien pone a mi hija en su sitio!

Tessa pone los ojos en blanco y yo trato de no reírme.

La sigo hasta el salón, donde su padre se pone de pie al vernos. Es más serio que ella, pero cuando me estrecha la mano, siento que está tranquilo. Que confía. Que cree que su hija ha tomado una buena decisión eligiéndome.

Y entonces veo a Ethan. El hermano. Mi amigo de toda la vida. El que me conoce demasiado bien.

Está en la cocina abriendo una botella de vino y sonriendo como si estuviera planeando dar el discurso de su vida.

—Mira que me costó imaginar esto —me dice mientras sirve las copas—. Pero ya que ha pasado, ¡brindemos por lo improbable!

Nos reímos. Porque tiene razón. Esto… era impensable hace un año, o incluso hace poco más de un mes.

La cena comienza. Y la conversación fluye con una naturalidad que hasta a mí me sorprende. Su madre cuenta anécdotas, su padre hace comentarios ingeniosos, Ethan no deja de lanzar indirectas y yo… yo solo puedo mirar a Tessa.

Porque se ríe más que nunca. Porque habla con todos. Porque parece feliz.

Y justo cuando empiezo a creer que esta farsa es perfecta, llaman a la puerta.

—Voy yo —dice Tessa, poniéndose en pie.

Sigo comiendo, sin pensar en nada, hasta que oigo su risa. No es una risa normal. Es una risa de las suyas, de esas que se escapan cuando está relajada, divertida, cómoda.

Frunzo el ceño y me asomo al recibidor.

Está ella, y un tío.

Alto. Guapo. Apoyado en el marco de la puerta como si fuera modelo de perfume. Y lo peor: sonríe como si tuviera derecho a hacerlo.

—No te veía por aquí desde hace meses —le dice, y su voz tiene ese tono suave que detesto en los desconocidos demasiado simpáticos.

Ella ríe otra vez y le pasa un pequeño frasco de sal.

—Sí, he estado… liada.

Maldición. Me acerco un poco más. Y el tipo me ve. Tessa no. Ella sigue de espaldas. Pero él me ve. Y le clavo los ojos.

Nada de palabras. Nada de bromas. Solo una mirada. Una que dice: *Aléjate de ella o mueres.*

No es una amenaza. Es una advertencia biológica. Instintiva. Él sonríe, pero se pone recto al instante.

—Bueno, gracias por la sal. Hasta la próxima.

—¡De nada! —responde Tessa, cerrando la puerta con una risita sin darse cuenta de que yo estoy justo detrás.

—¿Amigo tuyo? —pregunto, con tono casual. Pero mi mandíbula está demasiado tensa para que suene creíble.

—¿Quién? ¿Raúl? El vecino. Siempre viene a pedirme sal o azúcar.

—Ya. ¿Y no se le ha ocurrido ir al supermercado y comprar?

Me giro y vuelvo al salón.

Porque si sigo ahí un segundo más, probablemente abra la puerta de nuevo y le tire el salero entero a la cabeza al modelo de colonia.

Y me estoy esforzando mucho por ser creíble.

Regresamos a la mesa para tomar el postre, ese postre excelente que seguro la madre de Tessa ha preparado.



Capítulo 22

Tessa

—¿Estás segura de que esto no tiene melocotón? —pregunta Dylan, mientras se sirve una cucharada de la macedonia casera que ha hecho mi madre.

—Completamente —respondo, cruzada de brazos—. La prepara mi madre siempre, ella todo lo hace casero, y jamás encontré melocotón. Solo lleva manzana, pera, fresa y uvas.

Mi madre asiente desde la cocina y dice algo a lo lejos.

—Aunque creo que le añadí un poco de almíbar que tenía en la nevera…

—Eh… —Voy hasta la encimera, abro el frasco vacío que dejó en la basura y leo la etiqueta—. "Almíbar de melocotón".

Me quedo congelada al instante. ¿Cómo de alérgico era al melocotón? Mi estómago se cae al suelo al pensarlo. Dylan se ha metido media cucharada en la boca.

—No. No, no, no. ¡Escúpelo!

—¿Qué? ¿Por qué? —dice él, sorprendido.

—¡Tiene melocotón!

Durante un segundo, el comedor se queda en silencio. Y entonces todo sucede muy rápido.

Dylan se queda inmóvil. Traga. Me mira.

—Creo que… me está picando la garganta.

Su voz suena más grave. Me acerco corriendo. Sus labios empiezan a enrojecer. La piel de su cuello se llena de pequeñas ronchas. Mi madre deja caer la cuchara.

—¡Oh, Dios mío!

—¡¿Dónde está tu medicación?! ¿No tienes una cosa de esas con las que pincharte?—le grito, ya temblando, mientras él se tambalea.

—En… el coche. Maletero… mochila roja.

Mi padre ya ha salido corriendo. Yo lo agarro de los brazos y lo ayudo a sentarse en el suelo. Dylan respira cada vez con más dificultad.

—¡Llama a emergencias! —grita mi madre.

—¡Ya lo hago! —digo, sacando el móvil con dedos torpes, temblando, como si a la que le está dando el colapso fuera yo.

Doy los datos. La dirección. Le digo a la operadora que tiene una reacción alérgica grave.

Dylan se tumba en el suelo. Está sudando. Su pecho sube y baja con esfuerzo. Me siento junto a él, le sostengo la cabeza.

—Lo siento —susurro—. No sabía que mi madre había añadido almíbar de melocotón. Lo siento, lo siento muchísimo.

—No es tu culpa —susurra. Pero su voz ya suena ronca. Y eso me aterra.

Los minutos se hacen eternos.

La ambulancia llega justo cuando mi padre vuelve con la mochila roja. Los paramédicos le ponen una inyección y lo suben en camilla. Yo quiero seguirlo, pero uno de ellos me detiene.

—¿Eres familiar?

—Soy… su prometida —respondo. Aunque la palabra sabe a poco.

—Puedes venir si lo deseas.

Claro que lo deseo.

Subo con él, con la garganta hecha un nudo y las manos heladas. Dylan me aprieta los dedos mientras nos alejamos de mi casa a toda velocidad, sirena encendida, como si fuéramos protagonistas de un maldito capitulo de una serie médica.

Y en ese momento, entre tubos, pitidos y miedo, me doy cuenta de algo:

Podría haberle pasado algo muy grave.
Y la idea de perderlo, me parte en dos.



Capítulo 23

Tessa

La luz blanca del hospital me da dolor de cabeza. O tal vez sea el miedo. O la adrenalina. O la visión de Dylan tumbado en esa camilla con una bata abierta por detrás y un brazo conectado a una vía.

—¿Estás bien? —le pregunto por tercera vez, y no sé si es porque quiero escucharlo decir que sí, o porque necesito distraerme de lo evidente: que no lleva ropa interior. Que debajo de esa fina tela hospitalaria no hay absolutamente nada.

—Creo que sigo vivo —dice con voz ronca, medio riendo—. Aunque no lo estaría si hubieras insistido en darme una segunda cucharada.

—Calla. No bromees con eso —le digo, cruzándome de brazos, pero no logro evitar la risa nerviosa. Mis piernas tiemblan. Aún tengo los ojos húmedos.

Dylan me mira. Con esos ojos turquesa suyos, entornados, brillando incluso bajo la luz fluorescente.

—¿Has llorado?

—No. —Miento fatal. Me limpio la mejilla con el dorso de la mano. Su mirada baja a mi gesto, luego sube de nuevo a mis labios. Y se queda ahí.

Trago saliva.

—Estoy bien, Tessa. Y en parte es gracias a ti.

—Estás bien porque llegaron los de la ambulancia a tiempo. No me agradezcas nada que casi te mato.

—Te lo agradezco igual.

Y entonces lo noto. Esa energía rara, densa, que se estira como un hilo invisible entre nosotros. La misma que apareció la primera vez que me rozó sin querer al pasar. Pero ahora es peor. O mejor. Más intensa. Más peligrosa. Porque ahora sé lo frágil que es todo. Lo rápido que puede irse.

Y ahí está él. Tumbado. Vulnerable. Con esa bata que se le ha deslizado un poco hacia un lado y deja ver parte de su pecho. Su piel. Las clavículas. La línea del cuello. Una gota de sudor que se ha quedado en la sien.

No debería estar pensando esto.

—¿Estás incómodo? —le pregunto, más por tener algo que decir que por verdadera preocupación.

—Un poco. Esta bata no tapa mucho. Y con esta temperatura...

—No me digas que tienes frío —me burlo—, si estás ardiendo.

—No exactamente por la temperatura de la habitación, es más bien por la de mi cuerpo al tenerte cerca.

Me clavo las uñas en la palma de la mano. Su voz ha cambiado. Es más baja. Más ronca. Más peligrosa.

—Dylan...

—¿Qué?

—Nada —respondo, con un suspiro, y me levanto como un resorte. Camino hasta la ventana de la habitación, me obligo a pensar en otra cosa. Facturas que tengo que pagar, la comida de Otto que olvidé comprar ayer... Cualquier cosa que no sea la imagen mental de él quitándose esa bata.

—¿Tessa?

—¿Sí?

—Te has sonrojado.

Me giro. Él sonríe, ladeado en la cama como si no estuviera conectado a una vía. Como si no hubiera estado al borde de una anafilaxia. Como si supiera exactamente en qué estoy pensando.

Y lo peor es que tiene razón.

—No hagas eso —le digo.

—¿Qué?

—Mirarme como si supieras lo que me pasa por la cabeza.

—¿Y lo sé?

Por mi parte hago voto de silencio.

Mi corazón late tan fuerte que me retumba en los oídos. Y entonces él añade, con un tono suave, casi en broma:

—Podrías meterte en la cama conmigo. Para asegurarte de que sigo bien.

No contesto. No puedo. Me odio por imaginarlo. Porque lo haría. Juro que lo haría. Pero si doy un paso más, ya no hay marcha atrás.

Y todavía no sé si estoy lista para eso.

Asi es que cambio de tema rápidamente.

—¿Y bien? —le pregunto—. ¿Contento? ¿Mi familia pasó la prueba?

—Más que pasada. Tienes suerte de tenerlos. Son adorables.

—Lo sé —respondo. Y entonces me giro para mirarlo de lado, con una sonrisa que no puedo contener—. Pero lo del vecino te pillé, ¿eh?

—¿Qué vecino? Ajá. Claro. Ese con ojos claros y sonrisa de anuncio.

—Te pusiste celoso.

Dylan no dice nada, pero sus labios se tensan.

—No pongas esa cara. Fue hasta divertido. Me sentí como en esas películas en las que el tipo se pone celoso y luego finge que no ha pasado nada.

—No me puse celoso —responde con demasiada rapidez.

—¿No? Entonces, ¿por qué creo que lo amenazaste en silencio y él salió casi corriendo?

Él resopla.

—Ah, eso, fue una reacción instintiva.

—¿Instintiva?

—No sabía quién era. Ni qué hacía sonriéndote así. Y tú, tú también te reías demasiado.

—¿Y qué tiene eso de malo?

Se calla. Yo también.

Y hay algo en sus ojos, una tensión que no sé si nace del juego que estamos fingiendo, o de algo que está empezando a ser demasiado real.

—No tiene nada de malo —dice al fin, en voz baja—. Pero a veces me olvido de que esto es solo un acuerdo. Y entonces, sí reacciono como si no lo fuera.

Trago saliva. Porque yo también me olvido. Cada vez más seguido. Y eso sí que da miedo.

—Dylan…

—No hace falta que digas nada —me interrumpe.



Capítulo 24

Tessa

He insistido en cancelar la cita con la organizadora, pero Dylan dice que está totalmente recuperado y que no podemos retrasar nada. Asi que aquí estamos en casa reunidos con esta mujer que me saca de quicio.

—Entonces, la ceremonia sería en el jardín principal… justo antes del atardecer —dice la *wedding planner* con su voz aflautada, la misma con la que, sospecho, debe pedir cafés con leche de avena y que le pongan frases motivadoras dibujadas en la espuma.

—Perfecto —responde Dylan, sin apartar los ojos del plano que ella le muestra.

Y ella, claro, no aparta los ojos de él.

En realidad, no le importa una mierda el plano. Lo que está examinando como si fuera una obra de arte del Museo del Louvre es la línea de la mandíbula de Dylan, su reloj carísimo y esa camisa remangada que le deja ver los antebrazos. Maldita sea, estoy por arrancarle el pelo y sacarla a patadas de aquí.

—También podríamos decorar la entrada con velas y farolillos de cristal. Algo sencillo pero elegante. Como tú, Dylan —dice sonriendo. Y parpadea. Dos veces. Muy despacio.

¿Esto es real?

—Qué bien suena eso —responde él, sin darse cuenta del nivel de descaro de ella.

—¿Tú qué opinas, Tessa? —pregunta al fin, sin ni siquiera mirarme.

Ah. Así que ahora me recuerda. Qué detalle por su parte.

Cruzo las piernas y sonrío como una reina a punto de lanzar su decreto.

—Opino que si sigues mirándolo así, la próxima vez te traigo una fotografía enmarcada de él.

La *wedding planner* se queda petrificada al escucharme, y Dylan me mira con los ojos muy abiertos.

—O mejor —añado, ya lanzada—. Sácale una foto ahora mismo. Así te la pones de fondo de pantalla en el móvil y ya no tienes que disimular. Venga adelante. —La animo.

Dylan se atraganta con el café. Literalmente. Y luego se ríe. Se ríe tanto que tiene que levantarse y salir a la terraza, como si necesitara aire.

La rubia se queda roja, luego blanca. Luego rosa empolvado.

—Yo… lo siento mucho, Tessa. No era mi intención incomodar. Es que, es tan guapo.

—Sí, lo es —respondo sin suavidad—. Pero también es mi prometido. ¿Lo sabías? Porque a veces pareces olvidarlo.

—Lo sé. No volverá a pasar. Te lo prometo —dice, recogiendo sus papeles con las manos temblando.

Cuando Dylan vuelve, aún se le escapan risas. Me lanza una mirada traviesa.

—¿Todo bien aquí dentro?

—Perfectamente —responde ella, bajando la vista al cuaderno como si fuera un examen sorpresa.

—Me alegra. Porque creo que acabamos de elegir la *wedding planner* más profesional del mundo —dice Dylan, y cuando me mira, veo esa chispa en sus ojos. Una que me dice que, aunque esto sea una farsa… él ha disfrutado viéndome defender lo que no es mío.

Roxanne ya se ha despedido, y nos acabamos de quedar solos.

—Marcus y Emma han estado hablando mucho últimamente —digo, sin mirarlo, mientras acomodo dos tazas en la encimera—. ¿Te has dado cuenta?

Dylan, que está en la otra punta de la cocina, revisando su móvil no responde enseguida.

—Ajá —responde finalmente con desinterés.

Levanto una ceja.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—¿Qué quieres que diga?

—No sé… ¿"Qué bien, me alegro"? ¿"Emma es una chica genial"? Algo que no suene como si no te importara nada.

Suspira. Larga y pesadamente. Deja el móvil sobre la isla y se cruza de brazos.

—Porque no me alegro. Y no me parece una buena idea.

—¿Por qué dices eso?

—No hay futuro en eso, Tessa.

Me quedo quieta. Con la cucharilla del azúcar a medio camino de la taza.

—¿Y por qué no?

—Porque no —responde él, tajante, con ese tono suyo de "yo siempre tengo la razón". Y me saca de quicio.

—Eso no es una explicación.

—Digamos que son de mundos distintos. —Se encoge de hombros—. No funcionaría.

Me río, pero sin una pizca de humor.

—Claro. Porque en tu cabeza se mide a las personas por el dinero que tienen, entonces nosotras somos de un mundo y vosotros los Lancaster de otro, y Emma sigue siendo la amiga de Tessa que vive de alquiler y compra en rebajas, ¿no?

—Eso no es lo que yo he dicho.

—Pero lo piensas.

—No es por dinero —gruñe, acercándose un paso. Su mirada se endurece—. Es porque Marcus no se toma nada en serio. Nunca lo ha hecho. Y te aseguro que Emma no va a ser la primera excepción que él haga.

—No la conoces como yo, ella es una chica genial por la que un hombre sería capaz de hacer excepciones —le espeto.

—Y tú no conoces a mi hermano —dice, clavándome los ojos. Luego añade, más bajo—: Emma se va a hacer daño ella sola. Y lo sabes.

Algo en su tono me enciende una chispa en el pecho. De furia.

—¡No tienes ni idea, Dylan!

—¡Y tú tampoco, Tessa!

—¡Eres un arrogante! —Y lo empujo con ambas manos, sin pensarlo.

Él retrocede medio paso. Solo uno.

Y en un segundo está sobre mí.

Me agarra de las muñecas. Fuerte. Su cuerpo peligrosamente se acerca al mío. Su aliento cálido me golpea la cara.

—No vuelvas a hacer eso —dice con voz grave, tensa, como si contuviera algo más que rabia.

Lo miro a los ojos. Esa mirada… esa maldita mirada.

—¿Me estás amenazando? —susurro, con el corazón desbocado —. ¿Qué vas a hacerme?

No contesta.

Solo me sostiene la mirada.

Y empieza a acercarse.

Lentamente. Centímetro a centímetro.

Sus manos aún rodean mis muñecas, pero ya no es rabia lo que veo en sus ojos. Ahora es algo mucho peor. Mucho más caliente. Más adictivo.

Su mirada baja a mi boca. Y vuelve a subir a mis ojos.

Siento las piernas temblarme.

No debería desearlo.

No debería estar tan dispuesta.

—Dylan…

—¿Sí?

—Estás muy cerca.

—Lo sé —responde, y su voz es puro peligro. Fuego contenido que ahora mismo podría incendiarlo todo.

Si se acerca un poco más, voy a arder.

Y no estoy segura de querer apagarme.

Siento su respiración contra mi piel. La tensión es tan densa que podría cortarse con un cuchillo. Mis muñecas siguen atrapadas en sus manos, y su mirada, esa mirada cargada de algo que no puedo ni quiero nombrar, me hace perder el control por completo.

—Dylan... —susurro, y mi voz se pierde entre la necesidad y el miedo. Necesito dar un paso atrás. No puedo dejar que esto se convierta en algo que no puedo controlar.

Él no responde. Solo se acerca más, su aliento caliente encuentra mi cara, y entonces, cuando ya siento su boca demasiado cerca de la mía, se oye un ruido en la puerta.

—¿Por qué nadie me abre la puerta? —La voz de Marcus, rompe la atmósfera en mil pedazos.

—¿Tienes un minuto? —pregunta, sin ni siquiera un hola.

—Eso depende —respondo—. ¿Vas a confesar que te has enamorado de mi mejor amiga y vienes a pedirme consejo?

Marcus frunce el ceño. Su lenguaje corporal, tan relajado como siempre, no encaja con lo incómodo que se ve de pronto.

—No digas tonterías —dice, pero no me mira a los ojos.

Me cruzo de brazos y me apoyo contra la encimera.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Solo vine a preguntarte… —hace una pausa— ¿Qué sabe Emma de mí?

Lo miro, entrecerrando los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes. ¿Le hablas de mí? ¿Dice algo cuando no estoy?

—¿Algo de ti, como qué? ¿Qué te quiere?

Él ladea la cabeza.

—¿Ha dicho eso?

Suelto una carcajada.

—¡No! Pero ahora sé que te interesaría saberlo, lo cual es bastante revelador.

Marcus rueda los ojos y se pasa la mano por el cuello, incómodo.

—No me interesa saber lo que siente. Solo quiero asegurarme de que no se haga ilusiones.

—Oh, claro, Marcus. Qué noble de tu parte. ¿Y por qué exactamente podría hacerse ilusiones?

—Porque soy encantador y peligroso, y eso le gusta a todas las mujeres. —Me lanza una media sonrisa arrogante, pero está nervioso, lo noto. Su fachada habitual se resquebraja solo un poco.

—¿Y eso te preocupa? ¿Que Emma se encariñe contigo?

—Solo digo que… no sería justo para ella.

—¿Y tú quieres ser justo? —me burlo—. Desde cuándo te importa eso.

—Desde que… —se detiene. Se frota la nuca otra vez, como si las palabras se resistieran a salir—. Mira, no soy lo que ella necesita.

—¿Ah, no? ¿Y tú qué sabes de lo que necesita? —pregunto con los brazos aún cruzados. Estoy medio divertida, medio indignada.

Marcus me lanza una mirada intensa, muy distinta a la que suele usar con todo el mundo.

—Tessa, Emma es buena. Buena de verdad. Y yo no… no funciono en relaciones. No soy ese tipo de persona.

—Y sin embargo, aquí estás, hablando conmigo sobre ella —le digo, sin apartar la vista.

Se hace un silencio por su parte.

—No te hagas el mártir, Marcus. Si de verdad no sientes nada, te alejas y ya. Pero si estás aquí, es porque te importa más de lo que quieres admitir. —Eso lo dice Dylan.

Él suspira y se sienta en el respaldo del sofá, mirando al suelo.

—Me importa. Pero eso no significa que sea buena idea.

Me acerco un poco.

—¿Y si ella quiere arriesgarse? —digo.

—¿Y si termina decepcionada? —dice él.

—¿Y si no?

Marcus no contesta. Se limita a mirarme como si no tuviera las respuestas que tanto necesita. Pero sus ojos están llenos de algo que seguramente no había mostrado antes.

Y es entonces cuando lo entiendo.

Marcus no está huyendo de Emma. Está huyendo de lo que podría sentir si se queda cerca de Emma.

Y al rato desaparece.



Capítulo 25

Tessa

—Tienes una mancha —dice Dylan de repente, mientras me observa desde el umbral de la cocina.

—¿Qué? —pregunto sin entender, todavía distraída por el vino, por el postre, por su risa de hace apenas unos minutos antes de que se marchase Marcus.

—Aquí. —Da dos pasos y con un gesto seguro me roza la blusa, justo sobre el pecho izquierdo—. Del vino.

Bajo la mirada. Y sí. Una diminuta gota roja como sangre ha dejado su huella justo sobre la tela blanca.

—No pasa nada —respondo, incómoda, llevándome la mano al lugar—. La lavaré.

Pero él ya ha cogido un trapo húmedo y está a mi lado. Demasiado cerca.

—Déjame —dice en voz baja—. Aún está fresca, saldrá fácil.

Apoya el trapo sobre mi pecho con cuidado, y su otra mano descansa en mi cintura, como si necesitara equilibrio. El roce es mínimo, casi profesional. Casi. Pero su respiración roza la mía. Su cuerpo se inclina sobre el mío. Y yo dejo de pensar.

Mi corazón late como si intentara abrirse paso entre mis costillas. Su mano frota despacio. Demasiado despacio.

Lo miro. Y lo veo mordiéndose el labio inferior.

—Quizá… —dice, bajando la voz— la limpie mejor si no está puesta.

Y antes de que pueda reaccionar, sus dedos desabotonan mi blusa. Uno a uno. Con lentitud. Con malicia.

No lo detengo.

No puedo ya.

Cuando la abre, el aire frío me acaricia la piel, pero no tanto como su mirada. Me recorre. Me devora.

Se detiene en mis pechos, los que sobresalen por el sujetador negro que elegí sin pensar esta mañana. Y entonces veo cómo su respiración se agita. Y cómo algo más se alza bajo su pantalón. Su mano sigue sosteniendo el trapo, pero ya no lo usa. Ya no lo necesita.

Está congelado. O quizá luchando contra lo que ambos sabemos que va a ocurrir.

—Dylan… —susurro, sin saber si estoy advirtiendo, o pidiendo.

Pero él no responde. Solo se acerca. Y cuando su boca se pega a la mía, me doy cuenta de que no hay marcha atrás.

La mentira ya no es tan mentira. Y el deseo
es la única verdad que arde entre los dos.

Su boca roza la mía apenas un segundo.
Pero es suficiente para incendiarme.

Dylan se aparta un centímetro. Me mira. Busca mi permiso. O quizá una excusa para no detenerse.
No pienso dársela.

Le agarro la camisa. Se la quito sin cuidado. Él no se resiste. Su torso queda frente a mí, cálido, tenso, tan real como el temblor que me sacude por dentro.

—¿Estás segura? —pregunta, con la voz ronca y los ojos tan oscuros que parecen de otra persona.

No respondo. Le beso el cuello. Y luego bajo por su clavícula. Eso basta.

Dylan me coge de la cintura, me alza con facilidad, como si pesara menos de lo que es real. Me sienta sobre la encimera de la cocina. Mis piernas se abren para recibirlo sin pensar. Se coloca

entre ellas y vuelve a besarme. Ahora de verdad. Con lengua. Con urgencia con hambre.

Mi blusa cae al suelo. El sujetador le sigue.

Sus manos acarician mis pechos como si fuesen algo sagrado, como si cada curva, cada jadeo que arranco de su garganta, lo llevaran más cerca de la perdición. O de la salvación. No lo sé. Yo solo sé que lo quiero. Ahora. Aquí.

Le desabrocho el pantalón, impaciente, y él me ayuda a quitárselo. Nos reímos cuando uno de sus calcetines se queda atascado. Pero luego, cuando su piel choca contra la mía, el mundo desaparece.

—Tessa… —jadea mi nombre mientras me recuesta sobre la encimera, su cuerpo cubre el mío, su boca se detiene sobre mi pecho, su mano entre mis muslos.

Cierro los ojos. Gimo.

Y cuando por fin se desliza dentro de mí, suave y lento, siento que ya no hay mentira que sostenga esta farsa. Esto no es falso. Esto es verdad, esta atracción es tan real como el aire que respiramos.

Con cada embestida que da, yo pronuncio un gemido muy alto. Y cuando él se hunde en mí con fuerza y yo me arqueo contra su cuerpo, grito su nombre, y es en ese instante en que entiendo que lo nuestro, aunque empezara como un juego
ya no tiene vuelta atrás.

Cuando termina, permanece sobre mí. Respirando. Temblando. Y yo lo rodeo con los brazos. En silencio. Sin excusas que adornen porqué lo acaricio.

Esta vez, lo que sentimos se ha dicho sin palabras. Y eso, me aterra. Sobre todo porque lo he sentido yo.

Aún estoy desnuda sobre la encimera cuando él se aparta.

No dice nada al principio. Se pone los pantalones. Se abrocha la camisa sin mirarme. Y de repente algo se rompe. Sí, se rompe la magia del momento, se parte en dos mi corazón.

—Tenemos que hablar —dice al fin, con un tono de voz casi culpable.

Mi corazón da un vuelco al escucharle.

—¿Sobre qué?

Él se pasa una mano por el pelo. Veo que está tenso, nervioso.

—Sobre esto. Lo que ha pasado. —Me mira por fin—. No deberíamos haberlo hecho, no estaba en el trato. Es más, era tu prohibición. Y yo la he pisoteado.

Siento una punzada en el estómago.

No sé si por sus palabras o por la forma en que las dice.

—Los dos la hemos pisoteado —le digo.

—No, no debería de haber ocurrido.

—¿Y qué propones? —pregunto, bajando de la encimera y recogiendo mi blusa del suelo.

—Que… —lo veo dudar—, que rompamos el contrato.

Me detengo en seco.

—¿Qué has dicho?

—No tiene sentido seguir fingiendo si las cosas se están saliendo de control. ¿Qué puede ser lo siguiente, Tessa? ¿Qué me dejes plantado el día de la boda?

—¿Por qué iba hacer eso?

—De la misma manera que yo me salto tus exigencias tú puedes saltarte las mías.

—No te entiendo —respondo al fin, porque sé que hay algo más que no dice.

—Quiero compensarte. Si quieres, te pago el doble de lo que acordamos o más. Lo que sea.

Y entonces lo pienso. Solo lo pienso. Pero el pensamiento me golpea con tanta violencia que siento que me ahogo: *¿Acaba de insinuar que me pagará por acostarse conmigo? ¿Por esta noche? ¿Por sentir lo que ha sentido? ¿Por besarme como si de verdad me quisiera?*

No digo nada. No puedo. Porque si hablo, voy a gritar. Voy a llorar. Voy a decirle que es un imbécil. Que esto no ha sido una transacción. Que no soy un servicio de acompañamiento de lujo.

Pero no lo hago. No soy esa versión de mi ahora.

Me limito a recoger mi ropa. A vestirme con la misma dignidad con la que debería haberle apartado cuando esto empezó.

—Vale —murmuro, en voz baja, sin mirarlo—. Haz lo que quieras.

—Tessa… —su voz suena confundida, incluso dolida—. ¿Por qué te molestas?

No lo sabe. ¿De verdad no lo entiende? Así que asiento. Lo dejo creer que está todo bien. Que no me ha destrozado un poquito por dentro. Y me giro, dándole la espalda.

Cuando escucho la puerta cerrarse detrás de mí, dejo caer los hombros. Me abrazo a mí misma. Y por primera vez desde que empezó esta farsa…

no tengo claro si estoy jugando o si el juego se ha terminado y yo acabo de perder.

Me alejo de él sin que se note demasiado mi huida, no quiero que salga corriendo detrás de mí, y busco mi teléfono.

—¿Puedes venir? —le susurro a Emma cuando ella descuelga, con un hilo de voz que no parece mío—. O… ¿puedo ir yo?

—¿Dónde estás? —pregunta al instante—. ¿Estás bien?

No lo estoy. Ahora sí que siento que no estoy bien, asi que ya no me molesto en fingir que sí.

—Voy para tu casa —digo—. No quiero estar aquí.

Emma me abre la puerta con el pelo recogido en un moño y una manta en los brazos. No hace preguntas. Solo me abraza. Y ese gesto —tan simple, tan directo— hace que se me desborden las lágrimas que me he estado tragando desde que Dylan me dijo que me pagaría más por haber tenido sexo conmigo.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta mientras me acomoda en el sofá y me pasa una taza caliente entre las manos.

—Me he enamorado —confieso con un nudo en la garganta—. Me he enamorado del hombre del que finjo estar enamorada. ¿Y sabes qué es lo peor? Que él cree que todo esto sigue siendo una mentira.

Emma no dice nada al principio. Solo se queda ahí, acariciándome el pelo mientras lloro como una niña que al que han

roto su juguete favorito.

—Se ha ido todo al traste —murmuro al cabo de un rato—. Me ha ofrecido dinero. Dijo que rompamos el contrato, que me pagará el doble por los inconvenientes. ¿Sabes cómo me sentó eso, Emma? Como si me estuviera comprando. Como si todo lo que pasó… lo de esta noche, no significara nada. Poque los inconvenientes no son otros que el sexo perfecto que hemos tenido de nuevo.

—Maldita sea, Tessa… —Emma niega con la cabeza, incrédula—. ¿Le dijiste algo?

—No. No podía. Me habría roto más.

Me encojo bajo la manta, temblando, no sé si de frío o de tristeza.

—No puedo seguir con esta mentira. Si sigo, si llego al altar con él, Emma, será el acto más doloroso que habré soportado en toda mi vida. Porque no lo haré como parte de un trato. Lo haré amándolo de verdad. Y él solo verá lo otro, ese juego al que hemos jugado todo este tiempo. Una amiga. Una socia. Nunca me verá como yo quiero que me vea.

Emma suspira y se sienta a mi lado.

—Lo que tienes que hacer es hablar con él —dice al fin—. No puedes seguir tragándote esto tú sola. No puedes esconder lo que sientes solo porque tienes miedo de que él no sienta lo mismo. Y si resulta que lo siente… bueno, al menos no vivirás con la duda. Con esta angustia.

Cierro los ojos. Y por una milésima de segundo, me permito imaginar cómo sería si él sintiera lo mismo. Si todo esto no fuera solo una fantasía.

Pero la realidad es más fría que eso.

—No estoy preparada para escuchar la verdad, Emma —susurro —. No puedo.

Ella me besa la frente con ternura.

—Entonces quédate aquí esta noche. Mañana será otro día.

Y me quedo. Porque no puedo volver a esa casa. No puedo dormir en una cama que todavía huele a él. No puedo enfrentarme a la mentira que se parece demasiado al amor.



Capítulo 26

Dylan

El vaso de *whisky* no hace efecto. Ni el segundo. Ni el tercero. Quizá porque lo que espero es que me borre de un plumazo esta sensación que tengo dentro de mí de vacío. Quizá porque hoy no me importa romper mis propias normas.

La barra del bar está medio vacía, como yo.

El camarero me mira con cierta compasión desde el otro lado, pero no dice nada. Solo limpia un vaso y espera que yo decida si quiero uno más.

Quiero. Maldita sea, claro que quiero.

Saco el móvil. Pulso su nombre. Tessa. La llamada suena… una vez. Dos. Tres.

—¿Dylan? —su voz suena como si viniera de otro mundo, tan familiar y tan lejana que me atraviesa.

No le digo hola. No le pregunto si está bien. Solo respiro hondo y digo lo que me está matando desde hace horas:

—Se rompe el compromiso.

Después cuelgo.

Ni siquiera me doy tiempo de oír su reacción. Porque si lo hago, me retracto. Y esta vez, tengo que ser fuerte. Aunque me esté rompiendo por dentro.

—Eso fue estúpido, ¿verdad? —le digo al camarero, dejando el teléfono como si quemara sobre la barra—. Muy estúpido.

—No sé, dime tú —responde, con una ceja arqueada.

—La amo —confieso, con la lengua espesa y la garganta seca—. Dios… ¡la amo! Pero no puedo seguir con esta mentira. Porque yo, el idiota que siempre fue de hielo, el que no se dejaba tocar por nada ni por nadie me he convertido en un tipo que se deshace solo con mirarla. Y eso, no estaba en el contrato.

El camarero asiente, como si ya hubiera escuchado todo antes.

—¿Y qué piensas hacer?

—No sé. Morirme tal vez cuando se vaya.

O besarla hasta que se olvide de todas las estupideces que he hecho. O pedirle que me perdone por no haber sabido decirle lo que siento sin esconderme detrás de un papel firmado.

Suelto una risa vacía. Me arde el pecho. Me pesa el cuerpo.

—¿Sabes qué es lo peor? —le digo, arrastrando las palabras—. Que cuando se va, cuando no está cerca, no queda nada de mí. Solo esto. Un idiota borracho en una barra cualquiera, hablando con un camarero que probablemente quiere que me largue a mi casa para que él pueda terminar su turno y cerrar de una maldita vez.

Intento sacar las llaves del coche. Me cuesta. Pero las tengo.

—Bueno, me voy.

—Ajá, claro que sí —responde el camarero, quitándomelas de un tirón rápido—. Tú no vas a ningún lado.

—Eh… ¡Devuélvemelas! Tengo que… ir a casa.

—No lo creo —dice mientras ya marca algo en su móvil—. Tengo a alguien mejor para llevarte. Un tal Ethan. ¿Te suena?

Suspiro.

Claro que sí. El hermano de la mujer que acabo de perder.

Ethan llega quince minutos después. En vaqueros y con cara de preocupación.

—¿Qué coño haces, Dylan?

No tengo respuesta. Solo me río.

—La cagué, *bro* —le digo, señalando al vaso—. Pero este me entiende.

Ethan me mira, luego al camarero, y finalmente me levanta estirando de mí como si yo pesara más de lo que en realidad peso.

—Vamos a casa.

—¿Está Tessa allí?

—No lo sé —responde sin mirarme.

Minutos más tarde entramos en casa, me deja en el sofá como a un mendigo borracho. Me quita los zapatos y me pone una manta encima. Y justo cuando se gira para irse veo como saca su teléfono. Tarda bastante hasta que ella responde.

El mundo da vueltas. No sé si es por el alcohol, que creo que es probable. Solo sé que desde que colgué esa maldita llamada, no me reconozco. Soy un idiota. Un cobarde. Y para colmo un borracho.

Me hundo un poco más en el sofá, con los ojos cerrados y la garganta ardiendo. Escucho pasos y después una voz familiar hablando cerca. Ethan. Está hablando por teléfono con Tessa, y en este momento no me quejo de esa maldita costumbre que tiene de hablar con manos libres con todo el mundo. Me esfuerzo por escuchar, por entender.

—¿Tessa? ¿Estás bien?

Abro los ojos. El tono de su voz me hace incorporarme ligeramente, apoyando los codos en las rodillas. Me estalla la cabeza. Siento la boca como papel de lija. Pero no me atrevo a hablar. Solo escucho.

—No —responde ella, su voz suena rota al otro lado del altavoz —. Estoy en casa de Emma.

Dios, suena fatal.

—¿Qué ha pasado? ¿Es por Dylan?

Una pausa. Y luego su respuesta, como una daga que me atraviesa el estómago.

—Ha roto conmigo.

Aprieto los ojos con fuerza. Joder.

Joder. No quería hacerle daño. Solo… salvarnos a los dos antes de que esto doliera aún más.

—¿Así, de repente? —pregunta Ethan, confundido.

Ella no responde. Puedo imaginarla encogida, con la voz hecha trizas.

—¿Estás con Emma ahora mismo? —insiste Ethan.

—Sí. ¿Por qué?

—Pásamela, por favor. Quiero hablar con ella un segundo. Pásamela.

Escucho ruidos. El roce de algo. Y entonces, la voz tranquila de Emma.

—Hola, Ethan.

—¿Emma? ¿Ella está bien?

—Está destrozada. Pero se desahoga. Está conmigo. A salvo de ese cerdo forrado de billetes que tienes como amigo.

Respiro hondo. Es un consuelo saber que la va a cuidar. Un castigo también.

—Gracias… —dice Ethan, y luego añade, más bajo, como si olvidara que tengo oídos—. Encontré a Dylan borracho en el bar. Diciendo que la amaba. Que no podía seguir fingiendo. No entiendo nada. Porque mi hermana me acaba de decir que la llamó para romper con ella. Ahora está hecho polvo, dormido en el sofá como si alguien le hubiera arrancado el alma.

Emma suspira al otro lado.

—Pues eso es exactamente lo que ha hecho con Tessa: vaciarla.

Me llevo una mano a la frente. Me arde.

Vaciarla. Qué palabra más cruel y qué acertada para este momento, me digo.

—¿Crees que deberíamos hablar con ella mañana?

—No lo sé. Está dolida. Dice que lo peor no es que se haya roto el compromiso. Lo peor es que no haya tenido el valor de decírselo a la cara.

Cierro los ojos. Porque tiene razón.

Porque yo, Dylan Lancaster, el tipo que siempre da la cara, esta vez ha huido.

—Él la ama, Emma. Lo veo. Lo escuché decirlo No tiene sentido.

—El amor sin valor no sirve de nada, Ethan. No si no sabes cuidar a quien amas —responde ella.

El silencio se instala de nuevo. Y la náusea me sube por el pecho, junto con una punzada de miedo.

¿Y si ya no puedo arreglarlo?

—¿Me prometes que la cuidarás esta noche? —pregunta Ethan.

—Como si fuera mi hermana.

—Gracias. Yo me quedo con este imbécil a ver si mañana habla.

—Suerte con eso.

Cuelga.

Y Ethan guarda el móvil, se queda mirándome desde el umbral del salón.

—¿Has escuchado suficiente? —pregunta con tono seco.

No contesto. Solo asiento, con los ojos húmedos. Y entonces, en voz baja, como un secreto lanzado al aire le digo:

—No sé en qué momento la cagué tanto, Ethan.

Él suspira, se sienta a mi lado y apoya la cabeza contra el respaldo.

—Mañana me lo explicas. Si no me lo cuentas, te lo saco a golpes.

Me río, pero no tiene gracia.



Capítulo 27

Dylan

El olor a café me saca del sueño antes de que pueda huir. No es el aroma suave y reconfortante de Tessa. Es fuerte, amargo.

Parpadeo. La cabeza aún me da vueltas y la garganta la siento como papel de lija. Enfrente de mí, Ethan. Taza en mano. Mirada implacable.

—Bebe —me dice, tendiéndome el café—. Te hará falta estar despierto.

Lo cojo, aunque mis manos tiemblan. El primer sorbo es como un puñetazo en el estómago. Justo lo que necesito. Porque sé lo que viene.

—¿Qué coño ha pasado entre tú y mi hermana?

Directo.

Ni un buenos días. Ni una pizca de paciencia.

—No voy a endulzártelo, Ethan —respondo, dejándome caer hacia atrás en el sofá—. Porque no hay forma de contar esto sin parecer un cabrón.

Él no se inmuta. Solo cruza los brazos, esperando. Como un juez dispuesto a dictar sentencia.

Suspiro.

—Todo empezó con una propuesta. Una estúpida, egoísta y muy bien pagada propuesta.

Él frunce el ceño.

—¿Qué propuesta?

—Mis padres. Necesitaba convencerlos de que había cambiado. Que ya no era el crío que desperdiciaba millones, que por fin estaba listo para casarme, sentar la cabeza… heredar. Y necesitaba una novia perfecta. Alguien que pareciera… real. Creíble.

—¿Y se te ocurrió usar a mi hermana para eso?

Trago saliva. Mierda. Decirlo en voz alta suena mil veces peor.

—Le ofrecí un trato. Cien mil dólares. Se los iba a pagar cuando todo terminara.

—¿Un contrato? —gruñe. Ya está de pie. Ya lo veo venir—. ¿Convertiste a mi hermana en una maldita actriz por dinero?

—¡No! —me levanto también—. Al principio sí, vale. Pero después… Ethan, yo me enamoré de ella. Perdidamente. Y te juro por Dios que cada beso, cada noche, cada risa… fueron reales.

Su puño me impacta en la mandíbula antes de que pueda terminar la frase. Caigo hacia un lado del sofá, escupiendo un sabor metálico. No me defiendo. No puedo porque tiene todo el derecho de golpearme.

—¿Tienes idea de lo que le hiciste? —grita, con los ojos inyectados—. ¿De cómo lloraba anoche? ¿De cómo me pidió perdón por no haber visto antes en qué se había metido?

—¡La amo, joder! —grito desde el suelo—. ¿Tú crees que no me estoy muriendo por dentro? ¿Tú crees que no me duele cada vez que cierro los ojos y veo su cara al otro lado del teléfono?

Ethan no dice nada. Solo respira fuerte.

Yo me incorporo, con la boca sangrando y los ojos igual.

—Lo rompí todo porque me di cuenta de que no podría dejarla marchar. Y eso, Ethan… eso no estaba en el contrato. No estaba previsto enamorarme.

Silencio. Unos segundos eternos. Y entonces, Ethan habla. Más bajo.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No lo sé.

—Pues ya estás tardando en descubrirlo. Porque si no lo arreglas tú, lo haré yo. Y te juro que si vuelve a llorar por tu culpa, el

siguiente golpe no será para ponerte un ojo morado.

Me quedo quieto. Atónito. Porque no me amenaza, lo siento como que me da una oportunidad.

Y no pienso desaprovecharla.

—¿Y ahora qué hago? —le pregunto a Ethan, frotándome la mandíbula adolorida.

Él se queda mirándome unos segundos. Ya no parece a punto de golpearme otra vez, pero tampoco se ha desinflado del todo. Me estudia. Como si quisiera asegurarse de que mis intenciones son de verdad.

—Ve a verla —dice al fin—. Está en casa de Emma, lo mencionó anoche.

—Perfecto. Iré —me levanto sin pensarlo.

—Dylan —me advierte con un gesto de mano—. No va a ser tan fácil. Su amiga te va a cerrar la puerta en la cara. O peor: puede que Tessa no quiera ni salir a verte.

Asiento. Lo sé. No espero un recibimiento cálido. Ni siquiera una mirada. Pero no puedo quedarme quieto.

—Entonces creo que tengo a alguien que puede convencerla para que lo haga —le respondo con una media sonrisa, mientras agarro el móvil y me encamino a la puerta—. Gracias por el café. Y por el puñetazo. Lo necesitaba.

—Más te vale que lo arregles —dice Ethan antes de que cruce el umbral—. Porque si no lo haces, te juro que no vas a volver a levantarte tan fácilmente.

—Hecho.

Cierro la puerta tras de mí y marco el número de Marcus mientras bajo por las escaleras de dos en dos. Él responde al tercer tono, con esa voz grave y arrastrada que me hace pensar que aún está medio dormido.

—¿Sabes qué hora es? —gruñe.

—Demasiado tarde para lo que he hecho. Y demasiado temprano para lo que necesito que hagas tú.

—¿Qué has hecho ahora, Dylan?

—La he jodido. Con Tessa. Rompí con ella anoche. La humillé sin querer, la herí. Y ahora está en casa de Emma, hecha polvo, sin

querer verme.

—Mierda… —dice en voz baja.

—Necesito que vayas. A casa de Emma. Que hables con ella. Que le digas que me reciba. Que me deje explicarle todo, aunque me odie después. Solo… solo necesito que me escuche.

Marcus no responde enseguida. Pero lo oigo suspirar, lo oigo moverse, como si ya se estuviera vistiendo.

—Llego en veinte.

—Gracias, hermano.

—Solo porque tú hiciste el ridículo anoche y alguien tiene que ponerle cordura a esta historia.

Sonrío con un deje amargo, agradecido. Cuelgo. Y arranco el coche. No sé si va a salir bien. Pero al menos no voy a quedarme con la duda de qué habría pasado si no hubiera luchado por ella.

Hoy no quiero ser ese hombre que se oculta tras un traje caro, solo un hombre, con el corazón hecho pedazos, dispuesto a reconstruirlo con las manos si hace falta.



Capítulo 28

Dylan

El coche frena frente a la casa de ladrillo rojizo. Hay flores en las ventanas y una bicicleta apoyada contra la verja. No es difícil imaginar a Tessa aquí dentro, llorando. O enfadada. O simplemente con el corazón hecho pedazos por mi culpa.

Marcus está en la puerta, con las manos en los bolsillos, la mandíbula apretada y los ojos clavados en el suelo, como si le costase llamar a esa puerta.

—Pero una pregunta, ¿no se supone que esto era una mentira para todos? — me suelta sin más, al verme bajar del coche y cerrar la puerta de un portazo—. ¿O acaso te lo has creído demasiado, y resulta que te has enamorado?

Yo levanto la vista despacio. Y dejo ver mi derrota.

—Así es. Me enamoré de ella. Y como un imbécil, rompí con Tessa antes de que ella se alejara de mí y me rompiera por completo. Ahora está hecha polvo, y no entiendo nada, Marcus. Nada. No entiendo por qué le duele tanto si todo esto empezó con una mentira.

Mi hermano me mira en silencio durante un segundo. Luego niega con la cabeza, con una mueca seca.

—¿Qué es lo que no entiendes? ¿De verdad no te habías dado cuenta? ¿No lo viste venir? Dylan, esa mujer está profundamente

enamorada de ti. No me jodas.

Yo frunzo el ceño, como si sus palabras me rasgaran por dentro.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la mujer que no cae ante Marcus Lancaster, es porque ya está pillada por otro. Créeme, hermano. No hay más motivo que ese. Y Tessa no me miró ni una sola vez con ojos de juego. Solo tenía ojos para ti.

Me quedo inmóvil. Literalmente. Como si se hubiera detenido el mundo en seco.

—¿Ella… me ama?

—¿Y tú qué crees? ¿Que te mira como a un amigo? Que duerme contigo, se ríe contigo y luego se marcha destrozada, ¿solo porque le gustabas un poco? Vamos. Que tú seas idiota no significa que ella también lo sea.

Me paso las dos manos por el pelo, respirando hondo, sacudiendo la cabeza como si de repente todo encajara y doliera aún más.

—La he hecho sufrir. Quise protegerme, y al final la lastimé justo como juré que nunca lo haría.

—Entonces deja de hablar y entra a arreglarlo —dice señalando la puerta—. Yo me encargo de Emma. Pero tú… tú ve a por la única mujer que ha conseguido domarte sin tocarte un solo pelo.

Respiro hondo. Asiento.

Y doy el primer paso hacia lo único que ya no es un contrato: la verdad, el amor. Tessa.

Marcus se queda frente a la puerta, con los brazos cruzados y la seguridad de siempre plantada en el pecho. Yo, en cambio, tengo el corazón latiéndome tan rápido que por un instante pienso que me va a dar algo.

—Yo me encargo de Emma —dice él con una media sonrisa—. En cuanto se abra la puerta entras.

Asiento. Una sola vez. No puedo hablar. La garganta me arde con una mezcla de miedo y esperanza. Me acerco a la puerta, y justo antes de tocar el timbre, Marcus se gira hacia mí.

—Dylan —me dice, más bajo—. No la cagues.

Trago saliva. No pienso hacerlo.

El pasillo huele a té caliente. A vainilla. A hogar. Camino detrás de Emma, que ha fruncido el ceño cuando ha abierto la puerta y me ha visto a mí y detrás a Marcus. Pero él ha logrado convencerla muy rápido. No sé cómo, ni con qué palabras, pero lo ha hecho.

Ahora estoy aquí, parado frente a la puerta de la habitación donde ha dormido Emma. Detrás de esa madera, que me separa de ella. De Tessa.

La mujer por la que he roto mi maldito contrato. La única que ha conseguido destruir todas mis reglas y convertirme en un hombre distinto.

Toco dos veces. Nada.

—Tessa —digo, sin alzar la voz—. Soy yo. No vengo a arreglar nada con palabras bonitas. Vengo porque me estoy muriendo por dentro.

Pasan unos segundos. Silencio.

—Si no me abres, te lo diré igual. Desde aquí. Te amo, Tessa. No sé cuándo empezó, ni si fue antes o después de que firmaras ese maldito contrato, pero te amo. Y no puedo seguir fingiendo que esto es un juego. No lo fue nunca.

La puerta se abre muy despacio.

Y ahí está ella. Con los ojos hinchados, la nariz roja, y una camiseta demasiado grande. Y la mirada más triste que he visto en mi vida.

—¿Tú me amas? —me susurra.

—Sí. Como un loco. Como un hombre que no sabía lo que era estar vivo hasta que tú entraste en mi vida. Como un idiota que pensó que alejándote te estaba protegiendo, cuando en realidad solo estaba destruyéndonos a los dos.

Ella no dice nada. Pero sus labios tiemblan.

—Perdóname —le pido dando un paso al frente—. No por haber empezado esto como un trato. Sino por haber intentado terminarlo como si solo hubiera sido eso.

Tessa me mira durante mucho rato.

Y entonces… se abalanza sobre mí. Me abraza con tanta fuerza que me rompe. Literalmente hundo la cara en su cuello, la siento

temblar contra mi pecho, y en este momento sé que no la voy a dejar ir jamás.

—No vuelvas a hacer eso —me dice entre sollozos—. No vuelvas a romper conmigo.

—No. Te lo juro. Nunca más.

Y en ese instante, sé que lo único que he necesitado siempre para ser feliz no eran las bendiciones de mis padres, ni sus contratos, ni sus reuniones familiares. Solo la tenía que encontrar a ella.

Y ahora, por fin, la tenía.



Capítulo 29

Dylan

Nunca pensé que sería yo el primero en casarme.
Ni el primero en llorar por amor. Ni el primero en mirar al altar como si se tratara de un maldito milagro. Pero aquí estoy. De pie.
Con un traje hecho a medida, pero el corazón completamente desbordado por los nervios que siento en este momento. Y un nudo en la garganta que ni mil discursos bien escritos podrían deshacer.

La finca está perfecta. Un cielo azul, sin una sola nube ha aparecido hoy. Flores blancas por todas partes. Maderas cálidas, detalles en dorado, y una brisa ligera que mueve los pétalos como si todo formara parte de una película que había esperado toda mi vida protagonizar y aún no lo sabía.

Pero lo más perfecto… lo más jodidamente perfecto… es ella.

Tessa.

Aparece a lo lejos del brazo de Ethan. Y en ese instante, sé que nunca voy a olvidar este momento.

Vestido blanco, ligero, casi etéreo. Cabello suelto, con ondas suaves. Una mirada directa. Un ligero temblor en los labios. Y una lágrima traicionera que veo como rueda por su mejilla… por mi culpa, para mí, por nosotros.

Juro por Dios que me he quedado sin aire.

—Estás temblando —le susurro cuando llega a mi lado.

—No lo estoy —me dice con una sonrisa—. Pero no me importa. Si me voy a desmayar, que sea aquí y ahora.

Se ríe. Esa risa suya que siempre me ha salvado.

El oficiante empieza a hablar, pero yo lo escucho solo a medias, porque solo la miro a ella. Pienso en todo lo que hemos atravesado para llegar aquí. En todos los errores, en todas las veces que le he hecho daño sin saber que se lo hacía, en cada segundo en el que me odié por no saber amarla bien desde el principio.

Cuando llega mi turno, la voz me tiembla.

—Tessa… —trago saliva—. Nunca creí en esto. En el amor. En las bodas. En las almas gemelas. Hasta que tú entraste con tu sarcasmo, tu manera de comer helado, de masticar y hablar al mismo tiempo, y tus ojos, esos ojos que me miran de verdad. Tú me rompiste los esquemas. Me desarmaste. Y, sobre todo, me construiste de nuevo. Prometo que no me olvidaré nunca de lo que has hecho conmigo. Ni de quién soy ahora que estás a mi lado. Te amo. Para siempre. Y más allá de cualquier contrato.

Ella deja escapar una lágrima. Y yo, aunque me resisto, también.

Cuando dice sus votos, ya estaba completamente destruido. No recuerdo cada palabra, pero sí recuerdo esto:

—…y si vuelves a romper conmigo, Dylan Lancaster, juro que nunca te tomaré en serio.

La carcajada fue general. Hasta el oficiante tuvo que limpiarse una lágrima de la risa. Y ahí supe que esa era la mujer con la que quería discutir, reír, llorar y vivir, todos los días.

Nos besamos entre vítores. Entre aplausos.
Entre flashes y confeti.

Y mientras la sostengo entre mis brazos, con su perfume llenándome los pulmones, pienso que si esto es un sueño, por favor, que nadie me despierte jamás.



Capítulo 30

El vals de los novios había terminado hacía minutos, pero la pista seguía llena. Abuelos, primos, amigos y desconocidos giraban al ritmo de una versión instrumental de una canción que pocos lograban vocalizar ya. Tessa no dejaba de reír. Dylan no dejaba de mirarla.

Y en medio de esa atmósfera soñada, algo chocó.

Literalmente.

—¡Ay! —exclamó ella.

—¿Te he pisado? —preguntó Liam, apartándose de inmediato, horrorizado.

—¿Te he pisado? ¡Me has aplastado el dedo, caballero del apocalipsis! —replicó la joven, frunciendo el ceño. Su vestido verde oscuro brillaba con los focos y su moño, antes impecable, estaba ligeramente deshecho. Pero lo que no se movía era su actitud: retadora, como una loba en tacones.

—Perdón, *princesa* —dijo él, irónico, con una media sonrisa arrogante—. La culpa es de tus pies, que invaden mi espacio vital.

—Mis pies estaban perfectamente colocados, Lancaster. Quizás si dejaras de mirar tu reflejo en la ventana cada tres segundos no chocarías con nadie…

—Tienes razón. Debería mirar al suelo más seguido. Sobre todo para no pisar a bailarinas profesionales.

Ella se giró para irse. Él la sujetó por la muñeca.

—¿Tienes miedo? —susurró Liam, arrastrando cada palabra como si fuera un reto.

—¿Miedo? ¿De seguir discutiendo contigo?

—Un baile.

—¿Esa es tu madera de disculparte?

—Era para darte tiempo y que recapacitases por cómo me has hablado.

La orquesta comenzó un tema más movido, casi *swing*. Liam le tendió la mano, con ese gesto engreído tan suyo. Ella lo miró de arriba abajo y resopló, pero aceptó.

Y en cuanto dieron el primer paso, él tropezó.

—¿Te ríes? —le preguntó él.

—Muchísimo —respondió ella.

Al cabo de uno o dos minutos la pista de baile desapareció. La música se volvió secundaria. El roce de sus manos, la tensión en sus cuerpos, las miradas cruzadas entre un paso y otro… lo decían todo.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—¿Ahora quieres saberlo?

—Es para saber a quién estoy enseñando a bailar.

—Lara —dijo ella.

—Lara…

Ambos sonrieron.

El resto de la noche, cada vez que los novios los miraban, seguían bailando. O discutiendo. O las dos cosas.

Y en algún momento… muy tarde, casi al amanecer, alguien juraría haberlos visto besarse detrás del arco de luces que decoraba la entrada principal. Pero nadie lo confirmó. Y ninguno de los dos lo negó.



Capítulo 31

Tessa

—No puedo dejar de mirar —confesé—. ¿Crees que se matan o se besan al final?

—¿Por qué no las dos cosas?

Solté una risita. Emma tenía razón. Lara y Liam eran una tormenta en formación. Y de pronto, ya no estaba tan segura de que la única historia de amor inolvidable de aquella noche fuera la mía.

Estoy dándole el último bocado a una trufa de chocolate —porque sí, hoy todo está permitido, especialmente el dulce— cuando siento que unos dedos fuertes se deslizan por mi cintura y me giran con suavidad.

—Haz las maletas. Nos vamos esta noche —susurra Dylan en mi oído, con esa voz baja que me hace perder el norte sin necesidad de *GPS*.

Me río, girándome para ver su cara.

—¿Esta noche? ¿Tan pronto?

—No pienso esperar ni un solo día más para tenerte solo para mí —responde, mientras sus ojos me recorren con descaro.

—Dios mío… —resoplo, llevándome las manos a la cabeza de golpe—. ¡Elegí un sitio frío! ¡Frío, Dylan! ¡Hielo, mantas y bufandas!

Él se ríe. Esa risa que me calienta más que cualquier destino tropical.

—Ah, sí. Recuerdo ese pequeño detalle —dice, ladeando la cabeza fingiendo gravedad—. Pero al parecer, no iba a soportar verte tapada en mi luna de miel. Así que hice un pequeño cambio de planes sin decirte nada.

—¿Qué? —Lo miro, sin poder creérmelo—. ¿Tú?

—Mmm... sí, yo. —Me guiña un ojo mientras se inclina para besarme justo en la comisura de los labios—. Así que recuerda incluir ropa de baño en la maleta. Mucha, poca, lo que tú quieras, porque la verdad es que no voy a dejarte salir de la habitación mucho tiempo.

Parpadeo. Una, dos veces.

—Dylan Lancaster… ¿acabas de organizar un secuestro romántico?

—Con todas las letras. Deberías saberlo, señora Lancaster: jamás planeé dejarte escapar, y mucho menos ahora.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Él me rodea con sus brazos y yo apoyo la frente en su pecho, escuchando su corazón. Tranquilo. Fuerte. Mío.

—¿Y a dónde vamos? —pregunto con la voz algo temblorosa por la emoción.

—Ya lo verás. Solo promete no llevar nada que no pueda quitarte en menos de diez segundos.

—¿Diez?

Me rio, y él también. Pero en sus ojos no hay ni una pizca de broma cuando me besa despacio, como si no tuviéramos toda la vida por delante para seguir repitiendo esa misma escena.

Y entonces lo entiendo: esta noche empieza el verdadero viaje. Y yo no pienso llevar abrigo.



Capítulo 32

Emma se había alejado un poco del centro de la pista para recuperar el aliento. Las risas, el champán y la música formaban un remolino delicioso a su alrededor. Todo el mundo parecía irradiar felicidad... excepto ese hombre que ahora se acercaba con una copa en cada mano y una ceja levantada.

—¿Ya huyes? —dijo Marcus, deteniéndose frente a ella—. Pensé que las mujeres como tú podían soportar más tiempo despierta.

Emma entrecerró los ojos. Tomó una de las copas sin preguntarle si era para ella.

—Te recuerdo, por si lo has olvidado, cosa que dudo, que puedo estar toda una noche sin dormir si merece la pena.

—¿Me estás intentando decir algo? —dijo Marcus, con una sonrisa torcida—. Me ha parecido que querías que nos marchásemos de aquí. Entiendo que no debe ser fácil concentrarse cuando estás tan cerca de mí.

—Vámonos —dijo Marcus.

—¿A dónde? —preguntó ella.

—A donde siempre estamos bien. A tu casa.

Ella lo miró sin responder. No porque no supiera qué quería decir, sino porque necesitaba verlo decirlo.
Y él no apartó la mirada.

—Emma.

Ella lo sabía. Sabía que lo que tenían no encajaba en fiestas de etiqueta ni en ningún otro lugar que no fuese el sofá de su casa o la cama de su casa. Lo suyo era otra cosa. Algo que crecía sin necesitad de hablar. En cafés a media tarde, en sábanas revueltas y en discusiones absurdas a las tres de la mañana.
Era piel, y mirada. Era eso que no se dice porque se siente demasiado. Una atracción sexual que quemaba cuando se acercaban

Y aun así, Emma dudó. Porque por un segundo se imaginó siendo su amiga, y compartiendo una vida con aquel hombre.

Pero Marcus le tendió la mano. No insistió. No la empujó. Solo la miró con esa mezcla de seguridad y vulnerabilidad que solo él podía conjugar a la perfección.

—Podemos irnos sin hacer ruido. Nadie lo notará.

—Tessa lo notará.

—Tessa lo entenderá. Sabe que yo no encajo aquí.

Emma suspiró. Su mirada recorrió las mesas decoradas, las luces, la pista de baile donde una canción lenta acababa de empezar. Y entonces lo decidió.

No dijeron nada más. Solo caminaron hacia la salida, con las manos casi rozándose pero sin llegar a cogerse. Como dos personas que saben que la fiesta que realmente importa empieza cuando se cierran todas las puertas ajenas.

Y sí. El mundo entero podía seguir bailando, que ellos ya habían encontrado su lugar.



Capítulo 33

Habían pasado diez días desde la boda de Dylan y Tessa

Emma abrió la puerta con el gesto tenso, sin maquillaje, el cabello recogido a la ligera y una mirada difícil de descifrar.

—Hola, Marcus.

—Hola —respondió él, arqueando una ceja. Tenía ese aire de suficiencia habitual, aunque al verla más seria de lo normal, dejó la sonrisa a medio camino—. ¿Está todo bien?

—Pasa, por favor —dijo ella, haciéndose a un lado.

Marcus caminó hasta el salón. Se detuvo al entrar, contemplando la estancia con mirada distraída. Ella le ofreció algo de beber.

—¿*Whisky*? ¿O prefieres agua esta vez? —preguntó, intentando sonar tranquila.

—Agua. Por si la conversación es complicada —replicó él, intentando bromear.

Emma sonrió. Le sirvió un vaso y se sentaron. Él se acercó, y con la familiaridad de quien ya ha cruzado ciertas líneas, inclinó el rostro para besarla, pero ella lo detuvo con la mano en su pecho.

—No, espera. Antes, necesito que me escuches.

Marcus frunció el ceño, bajó las manos lentamente y se incorporó con gesto atento.

—Tengo algo importante que decirte. Y no pienso darle demasiadas vueltas —soltó Emma, cruzando los brazos como

escudo.

Respiró hondo. Y luego, sin rodeos dijo:

—Estoy embarazada.

Un silencio agudo se instaló entre ambos. Marcus no se movió. Ni parpadeó siquiera.

Emma, que había esperado una reacción brusca, una carcajada nerviosa, un comentario frívolo, se encontró completamente desarmada cuando él respondió, con voz tranquila:

—Entonces me haré cargo de ese niño.

Ella parpadeó, como si no hubiera oído bien.

—Marcus…

—No pienso desaparecer. Ese bebé es mío, Emma. Y no voy a mirar a otro lado —añadió, sin alterarse.

—No es eso —dijo ella, levantándose, caminando por su salón—. No te llamé para que respondas como si fuera una obligación. Solo quería que lo supieras. Para cuando me veas con la barriga, que entiendas por qué. No te estoy pidiendo nada.

—Pero yo quiero estar. No se trata solo de ti.

—Sí, Marcus, sí se trata de mí —replicó ella, girándose y mirándolo—. Se trata de mí porque soy yo quien va a criarlo, quien va a vivir cada segundo de esto. Y me he dado cuenta de algo importante.

Él frunció el ceño, cruzando los brazos.

—¿Qué?

—Que no eres el hombre que quiero a mi lado —dijo, con un nudo en la garganta—. Que por mucho que me atraigas, por mucho que me hagas reír, no confío en ti lo suficiente para construir algo duradero.

Marcus se levantó, dolido, sorprendido por la sinceridad.

—¿Me estás apartando así, sin más? No puedes.

—No. Estoy eligiendo lo que es mejor para mí. Y para este bebé. No quiero una relación que se sostenga sobre un: me hago cargo. No quiero caridad ni responsabilidades impuestas.

—No es caridad, joder. ¡Es mi hijo!

—Pero, no puedes estar en su vida, porque de esa manera para mí sería muy difícil. ¿Lo entiendes? Yo ya tomé una decisión.

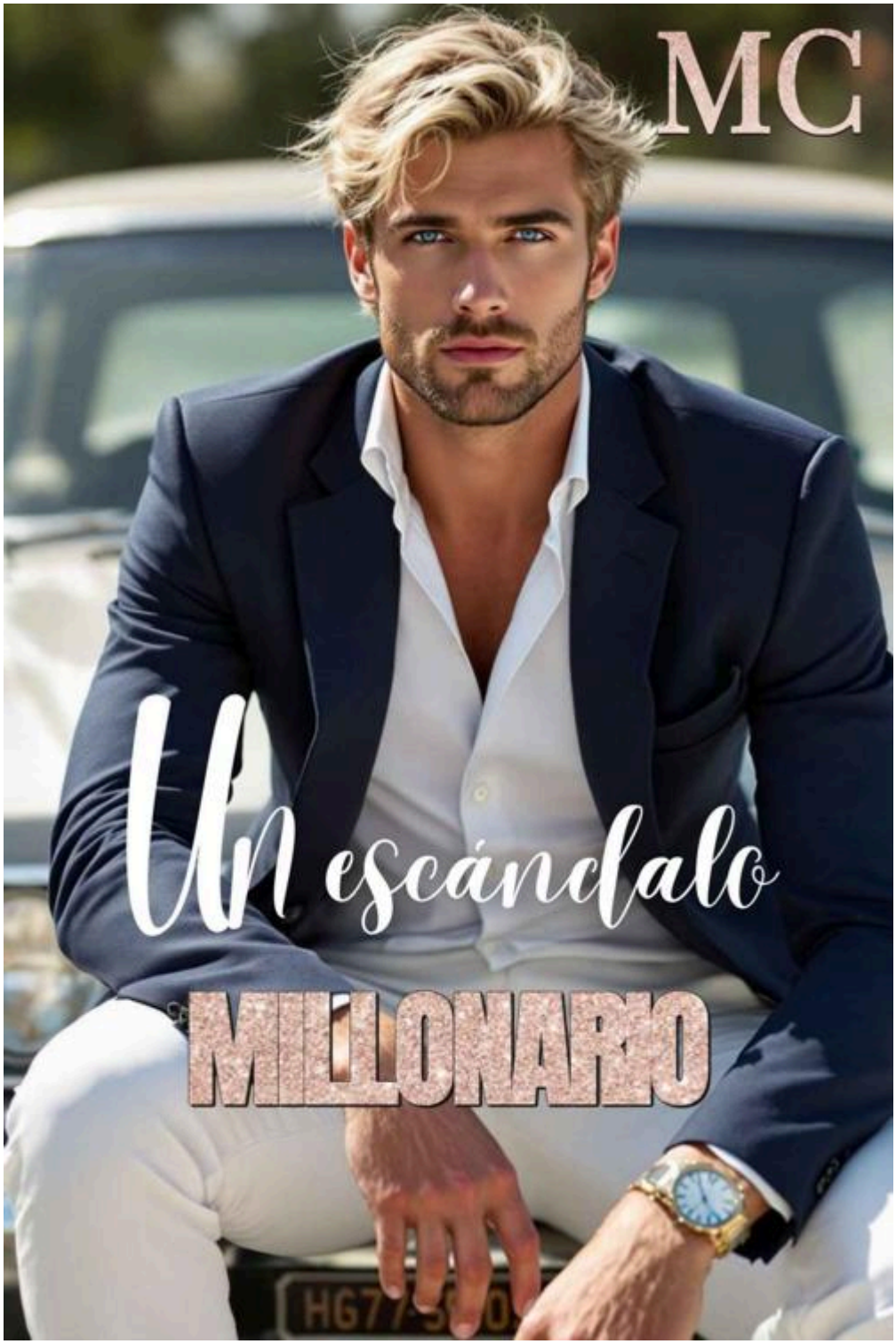
Marcus la miró fijamente, como si esperara encontrar en sus ojos una grieta que le permitiera entrar, pero no la encontró.

Después de unos segundos eternos, se levantó y aunque quiso sonar tranquilo no fue como él esperaba.

—Entonces te llevaré a los tribunales. Y cuando nazca, estaré ahí. Te guste o no.

—Joder, Marcus, ¿por qué no haces tan difícil?

Y así, en silencio, él salió por la puerta.



Epílogo

—¡Dylan, por favor! —me río mientras intento zafarme de sus brazos, que me envuelven como si yo fuera un osito de peluche y él, un oso hambriento—. ¡Déjame ir al baño!

—Ni hablar —dice contra mi cuello, con la voz ronca de recién levantado—. Llevo tres días compartiéndote con recepcionistas, camareros y taxistas. Ahora eres solo mía.

—Eso suena ligeramente psicópata —murmuro entre carcajadas, intentando rodar hacia el borde de la cama.

—Románticamente psicópata —aclara él, apretándome más fuerte.

En ese momento, el móvil vibra sobre la mesilla. Una vez, dos, insistente.

—Debe ser tu madre —dice, gruñendo con resignación—. ¿Quieres que le diga que estás ocupada?

—Dámelo —estiro el brazo todo lo que puedo hasta alcanzarlo.

Cuando leo el nombre en la pantalla, me extraño, es Emma.Frunzo el ceño. ¿Por qué me llamaría ahora? Sabe que estamos de viaje. Algo no va bien.

—Es Emma —le digo a Dylan, ya seria.

—¿Quieres que salga?

—No —le lanzo una mirada—. Quédate, pero compórtate.

Pulso para descolgar.

—¿Emma?

Silencio al otro lado. O casi. Porque escucho un leve sollozo.

—¿Tessa?

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—No… sí. No lo sé —suspira. Está intentando no llorar—. He hablado con Marcus.

Mi corazón da un vuelco. Me incorporo sobre la cama, y Dylan, atento, deja de bromear.

—¿Qué ha pasado?

—Estoy embarazada, Tess.

Cierro los ojos. Aprieto los labios. Trago saliva.

—¿Estás segura?

—Sí. Me hice tres pruebas. Y ya he pedido cita con la ginecóloga. No te llamaba para llorarte, solo necesitaba decírtelo.

—Oh, Emma —susurro—. ¿Y Marcus?

—Dice que se hará cargo. Que estará ahí. Pero, yo no quiero eso. No quiero estar con alguien que simplemente responde. No es lo que necesito. No así.

—¿Y tú qué quieres?

—Ahora mismo, no lo sé. Pero solo quería que lo supieras. Porque me siento muy sola ahora.

—Nunca vas a estar sola. Te lo prometo. Voy a llamar a mi prima Lara, ¿te acuerdas de ella? Le diré que vaya a rescatarte por mí, es especial animando a las personas. Ya verás que en nada estás riéndote a carcajadas.

Emma suspira con alivio. Y en el fondo, sé que solo con llamarme, ya ha dado un paso enorme.

—Gracias, Tess. Disfruta de tu luna de miel, ¿sí?

—Solo si prometes contarme todo cuando regrese.

—Hecho.

Colgamos.

Me quedo en silencio unos segundos, con el teléfono en el regazo. Dylan me acaricia la espalda.

—¿Emma?

—Está embarazada —susurro.

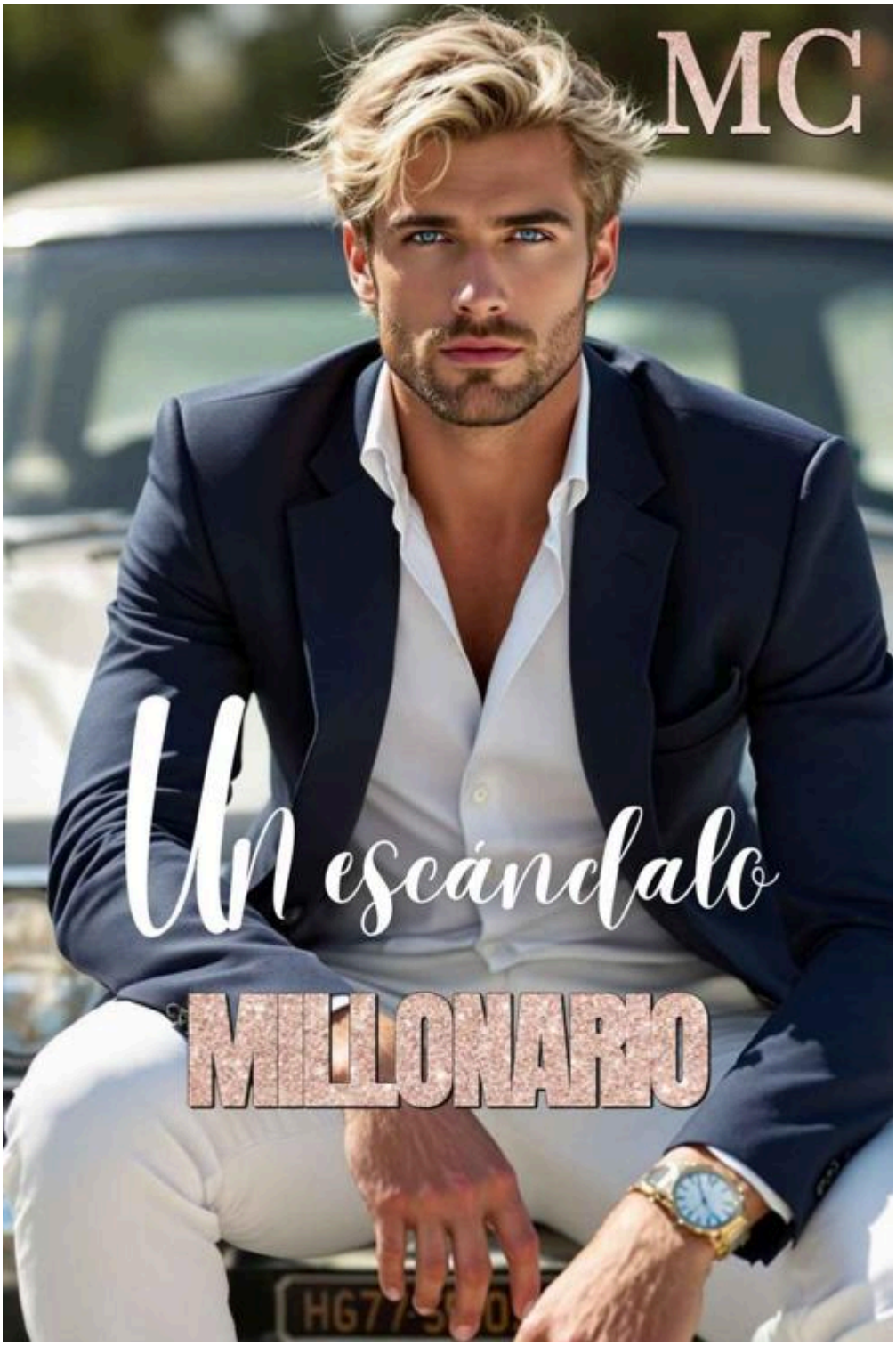
Él asiente con lentitud, como si digiriera la noticia. Después, sin decir nada, me acerca hacia él, me rodea con sus brazos y me besa la frente.

—¿Y ahora sí te puedo retener en la cama? —pregunta con una sonrisa suave, sin malicia.

Yo resoplo, me recuesto contra su pecho y dejo que el peso de la noticia repose un poco antes de afrontar lo que venga.

Porque esta historia aún no ha terminado.

Continuará...



Un escándalo millonario

Serie: Solteros Millonarios #2

Una noche. Un secreto. Y un embarazo que puede arruinarlo todo.

Emma sabía que Marcus Lancaster era un problema desde el primer momento en que se cruzaron. Arrogante, encantador, con una sonrisa peligrosa y un cuerpo que parece diseñado para el pecado. Lo suyo no debía durar más de una noche… pero el destino tenía otros planes para ella.

Ahora Emma está embarazada. Y Marcus, el soltero más escandaloso de la ciudad, está decidido a formar parte de la vida del hijo que no sabía que quería.

Pero Emma no está dispuesta a entregarle su vida, porque sabe que si acepta a que esté presente en la vida del bebé, lo tendrá muy difícil para olvidarse de él.

Marcus Lancaster es rico, pero hay cosas que el dinero no puede comprar. Como la confianza. Como el amor. Como la paz que ella necesita.

Solo hay un problema: Marcus no está acostumbrado a perder. Y esta vez, se va a dejar el alma para conseguir lo que quiere.